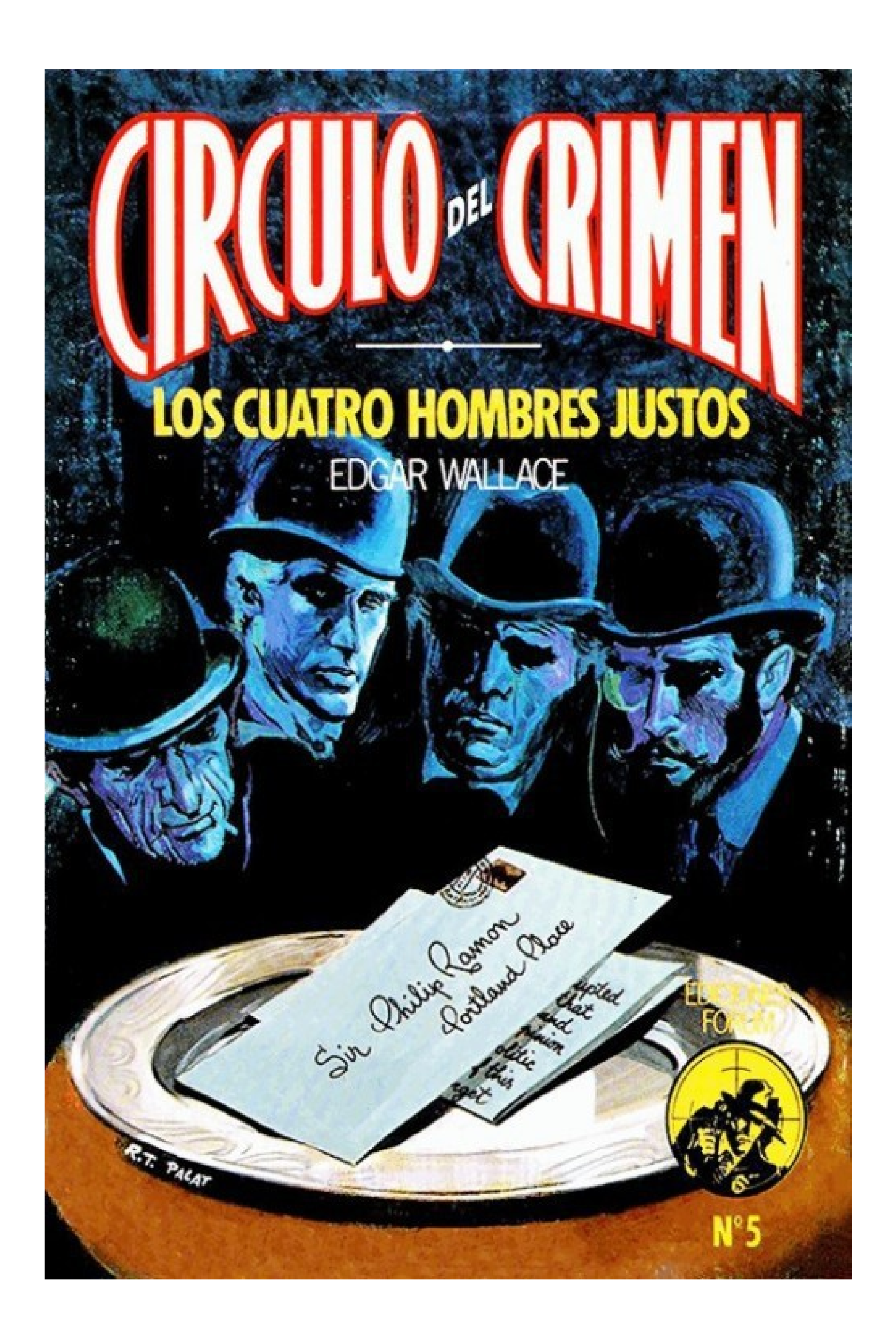

CIRCULO DEL CRIMEN
LOS CUATRO HOMBRES JUSTOS
EDGAR WALLACE
Sir Philip Ramon
Portland Place
R.T. PALAT
EDICIONES FORUM
Nº 5

LOS CUATRO HOMBRES JUSTOS

EDGAR WALLACE



EDICIONES FORUM

(THE FOUR JUST MEN)
Colección dirigida por Antonio Picazo y Angeles Aledo
Asesor: César A. Díaz

Córcega, 273-277. Barcelona-8
Traducción: Juan Santisteban
Ilustraciones portada: R. T. Palat
Interiores: F. Rubio
I.S.B.N.: 84-85604-15-6 (obra completa)
I.S.B.N.: 84-85.604-21-0
Depósito legal: M. 2.807-1983
Distribución: COEDIS.
Valencia, 242. Barcelona-7

Composición: Fernández Ciudad, S. L.
Impresión: Gráficas Futura, Sdad. Coop. Ltda.

EDGAR WALLACE



Edgar Wallace nació en 1875 en Greenwich. (Gran Bretaña) y murió en Hollywood en 1932. Era hijo ilegítimo de una actriz y fue adoptado por un vendedor ambulante de pescado, George Freeman Dejó la escuela a los doce años y desempeñó diversos oficios, entre ellos vendedor de periódicos, mozo de cuadra y aprendiz de imprenta. Ingresó en el ejército a los dieciocho años: sirvió en la guerra de Sudáfrica y actuó como reportero.

Su producción literaria fue prodigiosa en número: escribió más de doscientas novelas y miles de artículos periodísticos. Entre las primeras se cuentan «El círculo carmesí», «El arquero verde», «El campanero», «La mansión secreta», etc.

RESEÑA

CUATRO hombres, que se dan a sí mismos el calificativo de «justos», acuerdan acabar con la vida del ministro de Asuntos Exteriores británico decidido a aprobar una ley que ellos consideran inaceptable.

Toda la policía londinense está al acecho, las normas de vigilancia son máximas. Rodeado por un cinturón de seguridad, el ministro se encierra en una habitación inaccesible, pero aun así el crimen se lleva a cabo…

Al publicar la primera edición de esta novela, Edgar Wallace no publico la solución y ofreció una generosa recompensa a quien supiera encontrarla. El reto sigue en pie: ¿cómo se cometió el crimen, sin dejar huella alguna en una habitación totalmente aislada?

REPARTO

LEON GONZALEZ, POICCART, GEORGE MANFRED, TERRI (ALIAS SAIMONT): Los Cuatro Hombres Justos.

MANUEL GARCIA: Líder carlista.

SIR PHILIP RAMON: Ministro de Asuntos Exteriores británico.

FALMOUTH: Superintendente de policía.

WELBY: Corresponsal del *Megaphone*.

HAMILTON: Secretario privado de Sir Philip Ramón.

BILLY MARKS: Ratero londinense.

QUINN WILLIAMS: Joven pueblerino, afincado en Nueva York.

RUTH (BRICKY) COLEMAN: Empleada de un salón de baile.

STEPHEN GRAVES-. Miembro de la alta sociedad.

HELEN KIRSCH: Joven neoyorquina.

ARTHUR HOLMES: Agente de bolsa.

JOAN BRISTOL: Empleada de un club nocturno.

GRIFF: Amigo de la anterior.

INTRODUCCION

«En cierta ocasión», refiere Edgar Wallace, «entrevisté a Mark Twain, y, tras un rato de charla, me dijo: Me gustaría que redactase su artículo en tercera persona; pues, si hace cita verbal de mis palabras, me hará hablar como nunca he hablado en mi vida (…), y desde que he pasado a la categoría de entrevistado, entiendo lo que quería decir. Siento escalofríos al leer algunas de las declaraciones atribuidas a mí, salvajes en su extravagancia y baladreras en su inmodestia.

»No es culpa del periodista: tiene que redactar deprisa y producir una impresión, e imagino que la impresión que yo he creado es la de que estoy más orgulloso de la cantidad que de la calidad de mis obras, lo que no es cierto. Trabajo con rapidez porque no sé trabajar de ningún otro modo. No soy capaz de sentarme día tras día a una hora programada y escribir con pulcra caligrafía un número determinado de páginas, interrumpiendo mi labor del modo que la comencé, al toque de un reloj. O trabajo veloz e ininterrumpidamente, o no trabajo en absoluto. Soy, también, un deliberado holgazán. Me digo: Esta semana no trabajaré lo más mínimo, y, por curioso que parezca, la semana que escojo no es precisamente una llena de atractivas citas.»

Wallace parece hablar por boca de su personaje Peter Dewin cuando le hace afirmar, no sin cierta turbación: «Algo extraño sucede en mí, Daphne: cuando mi mente comienza una labor, no hay modo de detenerla»[1]*.*

Edgar podía concentrarse en su tarea literaria al tiempo de atender las demandas afectivas de sus hijos,. para quienes siempre estuvo abierta la puerta de su estudio; podía redactar un artículo en una libreta apoyada sobre sus rodillas a la vez de supervisar el ensayo de una de sus producciones teatrales. Ni la eficiencia de sus secretarios, entre los que se encontraba un campeón europeo de mecanografía, bastaba a veces para pasar al papel con la debida prontitud sus

grabaciones en el dictáfono. Compuso su libro El hombre diablo, de ochenta mil palabras, casi de un tirón, durante un fin de semana, haciéndose servir una taza de té cada media hora para combatir el sueño.

Este ritmo de trabajo, normal en él, dio lugar a envidias. Remendones de la cultura, del calibre de quienes provocan un bostezo por palabra cada vez que intentan analizar en qué consiste el arte de la palabra, hicieron el razonamiento de turno: «Si yo, que he bebido en los clásicos, he necesitado domingos en negro y noches en blanco para redactar un borrador sobre las capas sociales en la obra de Jane Austen, ¿cómo es posible que ese condenado Edgar Wallace, que en lugar de ateneos frecuenta hipódromos, sea tan prolífico? Sólo cabe una explicación: lo que escribe carece de interés literario.» Y como carecía de interés literario, no lo leyeron. Y lo curioso es cómo, si no lo leyeron, pudieron saber que carecía de interés literario.

Cuando preguntaron a Igor Stravinsky si era difícil conseguir estar inspirado, respondió: «Difícil, no. O es muy fácil o es imposible.» Cuando germinaba una idea en la mente de Edgar Wallace, todo su chorro de conciencia se sometía al servicio de esa idea, seleccionando de entre su rica experiencia vital aquellos elementos convenientes a la composición de su nueva obra literaria, a medida que ésta iba adquiriendo forma. No preparaba sinopsis de lo que iba a escribir. «Un relato debe narrarse él mismo, y con harta frecuencia la situación culminante o el personaje central cobra forma a partir de algún giro accidental de la trama», afirma Wallace en un artículo. Se advierte en estas palabras cierta reacción contra la tendencia excesiva de los autores detectivescos a construir sus tramas empezando por el final y sacrificando el frescor del relato a un mero esquema. No obstante, conviene dejar claro que, en lo tocante a la explicación central del misterio criminal, Edgar Wallace la tenía preparada de sobra desde el principio. Basta con leer Los Cuatro Hombres Justos o El círculo carmesí[2] para comprobarlo. Más Wallace, antes que novelista encasillable en un género determinado, es un narrador. El interés de libros como los citados está más en el escalonamiento de los trances que en el misterio a secas. Y no olvidemos que también triunfó con obras muy distintas a las policíacas, como su centenar largo de narraciones de ambiente africano o el guión original de la célebre película King Kong.

Si tuviéramos que poner una etiqueta a la producción de Wallace, corriendo los riesgos que toda etiqueta conlleva, podríamos utilizar la de «literatura mítica». Tom de los Scouts, Sanders, Bosambo, el capitán

Tatham, King Kong, Mr. Reeder, King Kerry (El hombre que compró Londres), «Huesos», Evans y un largo etcétera se encuentran entre los mitos no criminales de Wallace; El Círculo Carmesí, Los Cuatro Hombres Justos, El Arquero Verde y otros pertenecen a la galería de sus delincuentes míticos. Algunos de estos mitos encarnan temores colectivos (King Kong o El Círculo Carmesí); otros, añoranzas.

«Cada uno de nosotros tiene una vida secreta, conocida únicamente por unos pocos íntimos», afirma Wallace[3]. «La vida secreta de un individuo exteriormente dichoso puede ser mucho más venturosa o infortunada de lo que parece al observador superficial, pero posee una identidad propia e independiente de aquella con la que estamos familiarizados.

»Más existe también una tercera vida, oculta a los ojos del marido o de la esposa, del padre y de la madre…, la vida de sueños que todos vivimos. Es a este ego al que recurre el autor de obras de ficción.

»No hay ninguno de nosotros que no sea autor de ficción y que no haya urdido alguna trama en la que figure como héroe. Esta capacidad para soñar es nuestra salvación en un mundo de realidades feas. Normalmente somos perfectamente capaces de salir de nosotros mismos: soñamos soluciones para nuestros apuros monetarios, felices desenlaces a situaciones desdichadas, recompensas para labores penosas, vacaciones a cambio del trabajo. Pero en ocasiones los hechos desnudos son tan amenazadores que somos incapaces de realizar el esfuerzo preciso para accionar el engranaje onírico. Estamos hipnotizados por el presagio del fracaso, por el pánico del desastre. Es entonces cuando el autor de ficción se convierte en el doctor por excelencia. Es él quien pone en marcha el tren de pensamientos que se dirige al destino deseable…»

En King Kong hace soñar a las masas que la Belleza (encarnada en la joven Ann) acaba por destruir el peligro de una hecatombe presentida durante las crisis sociales de la época (peligro encarnado en el monstruo).

Críticos más familiarizados con narrativa psicológica o realista que con la de tipo imaginativo, tienden a enjuiciar con ligereza las narraciones detectivescas de Edgar Wallace, tachando a sus personajes de bidimensionales. El error de estos críticos procede de aplicar unos criterios que, siendo válidos en otros géneros, son inadecuados para apreciar la dimensión artística de un libro del tipo de Los Cuatro Hombres Justos. Tanto se puede pecar de imaginativo en una novela realista, como de realista en una novela imaginativa. Cada género tiene

sus leyes. Sería una sandez, por ejemplo, comparar el Crimen y castigo de Dostoiewsky con una novela policíaca de Edgar Wallace, por la sencilla razón de que se proponen metas completamente diferentes.

«Personalmente pienso», dice Edgar Wallace[4]*, «que en la construcción de una trama de misterio no ha habido ninguna mejora sobre el método de Wilkie Collins, exceptuando el hecho de que el auge de la prensa y la prevalencia del inglés periodístico, que a mi juicio es un inglés muy bueno, ha desplazado al recargado estilo literario que el lector Victoriano demandaba.*

»Las historias de misterio, tal y como yo entiendo su modo de escribirlas, difieren de la novela ordinaria como un número de music-hall difiere del habitual drama teatral. En el drama uno dispone de todo un acto para crear una atmósfera, presentar los personajes y plantear el argumento. Un intérprete de music-hall dispone de contados segundos para impresionar a la audiencia con su personalidad y producir una atmósfera.»

Wallace es conciso. Adquirió entrenamiento en este arte durante su labor periodística. Un par de frases pueden bastarle para dar una pincelada pintoresca a un personaje:

> *«… ¿Si conozco a los Cuatro?—sus hombros subieron hasta sus orejas—. ¿Quién no? Hubo un caso en Málaga, ¿sabe? (…) Terrí no es un gran criminal…»*[5].

Los signos (…), unidos a la precedente expresión «sus hombros subieron hasta sus orejas», nos producen la impresión de que el hablante es muy expresivo y locuaz, pero no necesitamos soportar esa locuacidad.

A veces, esta concisión es intraducible. Recuerdo, por ejemplo, la dificultad que me planteó la palabra sniffing durante la traducción de El Círculo Carmesí. Había un personaje «con un perpetuo sniffing». El término es el gerundio de un verbo que significa, entre otras acepciones, «olfatear, aspirar por la nariz, husmear al modo de un perro». Esta característica cuadraba con la psique del individuo, un abogado rastrero (como un perro) que, en la práctica de su profesión, estaba continuamente al acecho (husmeaba) de informes obtenidos ilícitamente.

Wallace utiliza materiales de la realidad pintorescos o improbables, combinándolos imaginativamente. Su Tony Perelli está inspirado en Al

Capone; su célebre Mr. Reeder es una caricaturización de un investigador real, al decir de Percy Hoskins[6]*; su Sanders es sir Henry H. Johnston, etc.*

«Por lo que respecta a la improbabilidad de mis historias criminales, la verdadera dificultad al escribir estriba en encontrar algo auténticamente improbable», afirma Wallace en uno de los artículos citados. «Todos los días hay casos en los tribunales que, de ser escritos en forma de ficción, serían tachados de imposibles.»

Mucho de su material lo extrajo de Old Bailey, el tribunal de lo criminal en Londres, así como de su frecuente trato con miembros del hampa. Su Hombre Diablo existió realmente: fue el célebre criminal Charles Peace. Escribió numerosas historias de crímenes reales. Su concepto del criminal es pesimista, influido por una antropología de signo lombrosiano: cree poco en la reforma.

«A la vez que crea, Wallace se recrea», dijo alguien. Al escribir, disfrutaba por lo menos tanto como su público al leerlo. Y de esta delectación surge un humor fresco, nunca corrosivo: el humor de quien siempre reaccionó con una sonrisa ante los más amargos avatares de la vida. Este humor ha quedado oscurecido por su faceta de autor detectivesco, mas ha sido apreciado por algunos lectores. Es seguramente una de las cualidades que en él apreciaba el también humorista P. G. Wodehouse, quien en una carta dirigida a un tal Townend escribió: «¿Puede conseguir algo para leer estos días? Estuve ayer en la biblioteca del Times y salí con las manos vacías. No había nada que me apeteciese. Para rellenar el tiempo hasta que Edgar Wallace escriba otro libro…» James Joyce escribía a Stanislaus: «¿Lees alguna vez el Daily Mail? Un tipo llamado Edgar Wallace escribe en él a veces una columna burlesca: es muy divertida»[7]*.*

Wallace puede ser saboreado por un público muy variado en edades y en cultura. Cuando el señor Pound, director del Strand Magazine, fue abordado en la calle por una niña que quería su autógrafo, se sintió agradablemente sorprendido. Mas sufrió una desilusión cuando la niña le explicó: «Es porque usted conoce a Edgar Wallace.» Entre los fans de Edgar figuran personajes tan dispares como el compositor Delius y Crippen, el célebre médico asesino. Anwar-el-Sadat, el asesinado presidente de Egipto, aprendió alemán traduciendo un libro de Wallace publicado en este idioma, y Rudolph Hess, el lugarteniente de Hitler, estuvo concentrado en una novela de este autor cuando debería haber estado estudiando los documentos de su caso. Konrad Adenauer, el presidente Roosevelt y Jorge V de Inglaterra se encontraban entre sus

lectores más entusiastas.

Una curiosa cualidad de Edgar Wallace es la sensación de presencia actual que produce en quien lo lee. Con motivo de la publicación en Selecciones del Reader's Digest de su artículo «Inolvidable Edgar Wallace»[8], *Nigel Morland recibió numerosas cartas con fragmentos como éstos*:

«¿Sabe? Cuando finalizo un libro de Edgar Wallace siempre siento una especie de sensación de que él se halla en algún lugar próximo, y cuando suelto una carcajada por algún pasaje divertido escrito por él, tengo la certeza de que Edgar ríe también…»

«Sé que suena terriblemente tonto, pero cuando releo alguno de mis muy queridos libros de Edgar Wallace y lo cierro con un sentimiento de placer, estoy seguro de ver a Edgar con el rabillo del ojo, sonriéndome.»

«No puedes negar que está alrededor. Siempre que hablas de Edgar Wallace recibes la impresión de que está contigo.»

* * *

En la presente edición se ofrece por vez primera a los lectores de habla española el primer libro que escribió Edgar Wallace: Los Cuatro Hombres Justos (The Four Just Man). Lo publicó el propio Wallace en su modesta editorial Tallis Press, en 1905. En la primera edición no incluyó el capítulo de la solución, habiendo ofrecido públicamente quinientas libras en premios a las personas que ofreciesen una explicación correcta al problema detectivesco planteado.

Los Cuatro Justos son un mito: son hombres capaces de juzgar a sus semejantes. La dicotomía de conceptos irreconciliables humano - justo adquiere identidad literaria en un grupo de tres hombres de diferentes nacionalidades (el cuarto había muerto anteriormente a la acción del libro), los cuales, imbuidos de la idea de la justicia social, ponen sus vidas y sus fortunas al servicio de la misma. Creen en una justicia de orden natural, marcada en la conciencia del hombre universal, la cual no se cumple debido a la corrupción de las autoridades. No explica Wallace en qué se basaban los Cuatro para arrogarse el derecho divino de quitar la vida. Simplemente nos dice que ellos estaban convencidos de ser instrumentos de la

Providencia. Y para corroborarlo, deja que sea la Providencia la que tenga la última palabra, sirviéndose de una rosa… Pero no adelantemos los acontecimientos.

Filmografía[9]

Hay dos películas de cine y una serie televisiva basadas en los Cuatro Hombres Justos.

La primera película (The Four Just Men) data de 1921, siendo su director George Ridgewell, y los actores Cecil Humphreys, Teddy Arundell, C. H. Croker-King, Charles Tilson-Chowne, Owen Roughwood, George Bellamy y Robert Vallis. Fue producida por Stoll.

La segunda película, de igual título, es de 1939. La dirigió Walter Forde, siendo los guionistas Roland Pertwee, Angus McPhail y Sergei Nolbandov. Entre los actores estaban Hugh Sinclair, Griffith Jones, Francis L. Sullivan (los Hombres Justos, cuyos nombres están cambiados), Frank Lawton (Terri), Alan Napier (el ministro de Asuntos Exteriores), At hole Stewart (comisario adjunto de Scotland Yard), George Merrit (Falmouth) y Garry Marsh (Billy). En los Estados Unidos se tituló The Secret Four (Los Cuatro Secretos).

La serie de televisión estuvo protagonizada por Vittorio de Sica, Dan Dailey, Jack Hawkins y Richard Conte. Es poco fiel a los textos.

Teatro

George Warren escribió una versión teatral de la novela. Fue estrenada en el teatro Colchester Royal en agosto de 1906, siendo el productor H. A. Saintsbury, quien además interpretó el papel de Manfred. El director fue J. Bannistair Howard.

JUAN SANTISTEBAN

PROLOGO EL OFICIO DE TERRI



SI, PARTIENDO DE LA PLAZA de Mina, bajáis la estrecha calle donde, de diez a cuatro, pende indolentemente la gran bandera del consulado de los Estados Unidos; cruzáis la plaza donde se alza el Hotel de Francia, rodeáis la iglesia de Nuestra Señora y proseguís a lo largo de la pulcra y estrecha vía pública que es la arteria principal de Cádiz, llegaréis al Café de las Naciones.

A las cinco suele haber pocos clientes en el amplio local sostenido por columnas, y generalmente las redondas mesitas que obstruyen la acera frente a sus puertas permanecen desocupadas.

El verano pasado (en el año del hambre)[10] cuatro hombres sentados en torno a una de las mesas hablaban de negocios.

León González era uno, Poiccart otro, George Manfred era un notable tercero, y Terrí, o Saimont, era el cuarto.

De este cuarteto, únicamente Terrí no requiere ser presentado al estudioso de historia contemporánea. Su historial se encuentra archivado en el Departamento de Asuntos Públicos. Allí está registrado como Terrí, alias Saimont.

Podéis, si sois inquisitivos y obtenéis el permiso necesario, examinar fotografías que lo presentan en dieciocho posturas: con los brazos cruzados sobre el ancho pecho, de frente, con barba de tres días, de perfil, con…, pero ¿para qué enumerarlas todas?

Hay también fotografías de sus orejas (de fealdad repelente, parecidas a las de los murciélagos) y una larga y bien documentada historia de su vida.

El señor Pao lo Mantegazza[11], director del Museo Nacional de Antropología de Florencia, ha hecho a Terrí el honor de incluirlo en su admirable obra (véase el capítulo sobre «Valor intelectual de un rostro»); de aquí que considere que, para todos los estudiantes de criminología y fisiognomía, Terrí no necesita presentación.

Estaba sentado a la mesa, visiblemente incómodo, pellizcándose las carnosas mejillas, alisándose las pobladas cejas, toqueteando la blanca cicatriz de su barbilla sin afeitar, realizando todos esos gestos que los de las clases más modestas hacen cuando de improviso se encuentran en términos de igualdad con personas de mayor rango social.

Pues aunque González, de ojos azul claro y manos siempre inquietas, y Poiccart, saturnino y suspicaz, y George Manfred, con su barba salpicada de gris y su monóculo, eran menos famosos en el mundo criminal, cada uno era un gran personaje, como pronto veréis.

MANFRED DEJO SOBRE LA MESA el *Heraldo de Madrid*, se quitó el monóculo, lo frotó con un inmaculado pañuelo y se echó a reír quedamente.

—Esos rusos son divertidos —comentó.

Poiccart frunció el entrecejo y cogió el periódico.

—¿Quién ha sido… esta vez?

—El gobernador de una de las provincias del sur.

—¿Asesinado?

El bigote de Manfred se encrespó en un desdeñoso gesto de mofa.

—¡Bah! ¡Cuándo se ha visto eso de asesinar a un individuo con

una bomba! Sí, sí; ya sé que se ha hecho antes…, pero es tan chabacano, tan primitivo… Es como minar la muralla de una ciudad para que se derrumbe y mate —entre otros— a tu enemigo.

Poiccart estaba leyendo la noticia dada por el corresponsal del periódico atentamente, sin prisa alguna, de acuerdo con su carácter.

—«El príncipe resultó gravemente herido y el presunto asesino perdió un brazo» —leyó, y frunció los labios con desaprobación. Las manos de González, nunca en reposo, se abrían y cerraban nerviosamente, lo que en él era síntoma de perturbación.

—Nuestro amigo —Manfred indicó a González con la cabeza, sonriendo—, nuestro amigo tiene una conciencia y…

—Sólo una vez —interrumpió León prontamente—, y no por deseo mío, recuérdalo, Manfred; recuérdalo, Poiccart —no se dirigió a Terrí—. ¿Os acordáis de que me opuse a tal medida?— parecía ansioso por librarse de toda posible acusación—. Fue un asunto deplorable, yo estaba en Madrid, y acudieron a mí unos obreros de una fábrica de Barcelona. Me contaron lo que pensaban hacer, y me quedé horrorizado por su ignorancia de las leyes más elementales de la química. Hice la lista de los ingredientes y sus proporciones, y les supliqué…, ¡oh, sí!, les supliqué casi de rodillas, que empleasen otro método. «Amigos míos», les dije, «estáis jugando con algo que incluso los químicos temen manejar. Si el dueño de la fábrica es un canalla, bien está que lo exterminéis; pegadle un tiro, aguardadlo después de que haya comido y se encuentre amodorrado y torpe, y presentad una petición con la mano derecha y… con la mano izquierda… haced así»

León apretó el puño y lo proyectó contra un adversario imaginario.

—Pero no estaban en condiciones de escucharme.

Manfred agitó la copa de cremoso líquido que descansaba junto a su codo y asintió con la cabeza. Sus grises pupilas reflejaban una chispa de humor.

—Recuerdo… Varias personas murieron, y el principal testigo en el proceso contra el experto en explosivos fue el hombre contra quien iba dirigida la bomba.

Terrí se aclaró la garganta como si fuese a hablar, y los otros tres lo miraron con curiosidad. Había cierto resentimiento en su voz.

—No pretendo ser un hombre tan brillante como ustedes, señores. La mitad de las veces no sé de qué están hablando… Ustedes hablan de gobiernos, de reyes, de constituciones y de procesos. Si un tipo me hace a *mí* alguna injuria, yo le machaco los sesos —vaciló—. No sé cómo expresarlo…, pero quiero decir… Bueno, ustedes matan a gente a quien no odian, a individuos que no les han hecho daño alguno. Ahora bien, no es ése mi sistema…



VOLVIO A VACILAR como intentando coordinar sus ideas; miró atentamente el centro de la calzada, sacudió la cabeza y volvió a sumirse en el silencio.

Los otros tenían la mirada fija en él.

Finalmente se miraron unos a otros y sonrieron. Manfred sacó una abultada pitillera del bolsillo, extrajo un cigarrillo mal liado, lo desenrolló y volvió a liarlo con destreza, y rascó una cerilla contra la suela de su bota.

—Tu - sis - te - ma - mi - que - ri - do - Te - rrí —dijo emitiendo el humo al compás de las sílabas—, es un sistema de necios. Matas por beneficiarte materialmente. Nosotros matamos en pro de la justicia, lo que nos eleva por encima de la masa de matones

profesionales. Cuando vemos a un hombre injusto oprimiendo a sus semejantes; cuando presenciamos una ofensa contra Dios o contra los hombres, y sabemos que por las leyes dictadas por los mismos hombres, el autor de esa ofensa puede escapar a su castigo…, nosotros castigamos.

—Escucha —intervino el taciturno Poiccart—. Hubo una vez por allí arriba —ondeó la mano señalando con infalible instinto hacia el norte— una chica preciosa y un sacerdote (un sacerdote, fijaos). El, abusando del ascendiente moral que su ministerio le confería, la sedujo… Los padres de la joven hicieron un poco la vista gorda porque el mal ya estaba hecho… pero la muchacha sentía tanto asco de sí misma y tanta vergüenza, que no se atrevía a volver a su hogar, así que él la hizo caer en el lazo y la retuvo en una casa. Cuando el fruto de su unión salió a la luz, la arrojó a la calle, y yo me encontré con ella. La joven no *significaba nada para mí, pero me dije: «He aquí una injusticia que la ley no es capaz de enmendar adecuadamente.» Así que una noche fui a casa del sacerdote con el sombrero echado sobre los ojos y le dije que quería que asistiese a un viajero moribundo. Él no hubiera venido a aquellas horas, pero añadí que el moribundo era persona rica y de alta prosapia. Montó en el caballo que yo llevaba, y cabalgamos hasta una casita de la montaña… Ya dentro, eché la llave a la puerta y él se volvió en redondo… ¡Estaba atrapado, y lo comprendió! «¿Qué va usted a hacer?», preguntó con voz jadeante. «Voy a matarlo, padre», dije, y él me creyó. Le conté la historia de la muchacha… Chilló cuando me moví hacia él, pero podía haberse ahorrado el aliento. «Permítame ver a un sacerdote», suplicó; y le tendí… un espejo.*

Poiccart se detuvo para tomar un sorbo de su café.

—Lo encontraron en la carretera al día siguiente sin ninguna señal que indicase cómo había muerto —concluyó sencillamente.

—¿Y cómo fue? —inquirió Terrí inclinándose anhelosamente hacia adelante, mas Poiccart no respondió, limitándose a sonreír torvamente.

Terrí enarcó las cejas y con suspicacia miró uno a uno a sus contertulios.

—Si ustedes saben matar del modo que aseguran, ¿por qué han recurrido a mí? Yo era feliz en Jerez, trabajando en las bodegas… Allí hay una chica…, Juana Samárez… —se enjugó la frente y volvió a mirarlos de uno en uno—. Cuando recibí su recado, pensé que me gustaría matarlos (quienesquiera fuesen ustedes). Comprendan que soy

feliz… y está por medio la chica… y he olvidado la vieja vida…

—Oye —le atajó imperiosamente Manfred—, no es a ti a quien corresponde pedir explicaciones. Sabemos quién eres y lo que eres; sabemos más cosas de ti que la misma policía, y podríamos enviarte al garrote[12]*.*

Poiccart asintió con un leve movimiento de cabeza. González miró a Terrí con curiosidad, como estudioso de la naturaleza humana que era.

—Necesitamos un cuarto hombre —continuó Manfred— para algo que deseamos hacer. Hubiéramos preferido contar con alguien animado por el puro deseo de justicia. A falta de eso, hemos de contentarnos con un criminal, un asesino si prefieres.

Terrí hizo un gesto como para decir algo, mas fue incapaz de hablar.

—Alguien a quien con una palabra podamos enviar a la muerte si nos falla. No correrás ningún riesgo. Obtendrás una generosa recompensa. Es posible que no te pidamos que mates. Escucha —prosiguió Manfred al ver que Terrí había abierto la boca para hablar—. ¿Conoces Inglaterra? Ya veo que no… ¿Conoces Gibraltar? Bueno, es la misma gente. Es un país que está hacia allá —las expresivas manos de Manfred señalaron hacia el norte—. Es un país curioso y tristón, con gente curiosa y tristona. Allí hay un hombre, un miembro del gobierno, y hay otros hombres de los que el gobierno no ha oído nunca hablar. ¿Te acuerdas de un tal García, Manuel García, líder del movimiento carlista? Está en Inglaterra. Es el único país donde podría estar a salvo. Y desde allí está dirigiendo el movimiento en España, el gran movimiento. ¿Sabes de qué hablo?

Terrí hizo un gesto de asentimiento.

—Este año, así como el anterior, ha sido un año de hambre. La gente ha estado muriéndose en los portales de los templos, desfalleciendo en las plazas. Han presenciado cómo a un gobierno corrompido ha sucedido otro gobierno corrompido; han visto cómo los millones del tesoro público han ido a parar a los bolsillos de los políticos. Este año algo ocurrirá. El antiguo régimen debe desaparecer. Y el gobierno lo sabe. Sus dirigentes saben dónde radica el peligro, saben que su salvación sólo es posible si García cae en sus manos antes de que la revolución alcance sus objetivos. Más García, por el momento, está a salvo, y lo seguiría estando indefinidamente a no ser por un miembro del gobierno inglés que está a punto de presentar un proyecto legislativo que pronto puede convertirse en

ley. Y si esto sucede, García podrá contarse entre los muertos. Tú debes ayudarnos a evitar que el proyecto se convierta en ley. Es por eso por lo que hemos recurrido a ti.

Terrí parecía desconcertado.

—Pero ¿cómo? —tartamudeó.

Manfred extrajo un papel del bolsillo y se lo entregó a Terrí.

—Esto, según creo —articuló con parsimonia—, es una copia exacta de la ficha que la Policía tiene de ti.

Terrí asintió. Manfred, inclinándose más hacia el papel, indicó una palabra situada hacia la mitad del mismo.

—¿Es ése tu oficio? —preguntó.

Terrí parecía intrigado.

—Sí —afirmó.

—¿Sabes de verdad algo de ese oficio? —inquirió Manfred escrutándole el rostro.

Los otros dos se echaron hacia adelante para captar mejor la respuesta.

—Sé todo cuanto hay que saber de ese oficio —aseveró Terrí—. A no ser por una… equivocación, podría haber ganado mucho dinero.

Manfred emitió un suspiro de alivio y dirigió a sus compañeros un gesto de asentimiento.

—Entonces —dijo animadamente—, el ministro inglés es hombre muerto.

1. UNA CRONICA PARA LOS PERIODICOS

EL 14 DE AGOSTO DE 19…, apareció un pequeño párrafo al pie de una página interior del periódico más moderado de Londres, diciendo que el ministro de Asuntos Exteriores se sentía sumamente incomodado por haber recibido varias cartas de amenaza, y estaba dispuesto a dar una recompensa de cincuenta libras a cualquier persona que facilitase información conducente a la detención y condena subsiguiente de la persona o personas…, etcétera.

Los escasos ciudadanos que leían el periódico más moderado de Londres pensaron, en su ponderoso estilo Club del Ateneo, que era un hecho notorio que un ministro del Gobierno se sintiese incomodado por algo; más notorio, todavía, que hiciese público su incomodo, y mucho más notorio aún que se imaginase por un solo instante que la oferta de una recompensa pudiera poner fin a dicho incómodo.

Los redactores de periódicos menos moderados pero de mayor circulación, echando cansadamente una ojeada a las insulsas columnas del *Old Sobriety*, leyeron el párrafo con inusitado interés.

—¡Eh! ¿Qué es esto?—exclamó Smiles, del *Comet*.

Recortó el párrafo con unas inmensas tijeras y lo pegó sobre una hoja de papel de copia, encabezándolo así:

«¿Quién es el autor de las amenazas contra Sir Philip?»

Pensándolo mejor (el *Comet* era de la oposición), redactó un párrafo de introducción en el que sugería, humorísticamente, que las cartas procedían de un electorado inteligente, cansado de los titubeantes métodos del gobierno.

El jefe de redacción del *Evening World* (un canoso caballero de movimientos deliberados) leyó el párrafo dos veces, lo recortó con

cuidado, volvió a leerlo y, colocándolo debajo de un pisapapeles, no tardó en olvidarse del asunto.

El jefe de redacción del *Megaphone*, que es un rotativo realmente sagaz, recortó también el párrafo después de leerlo, presionó un timbre, hizo llamar a uno de los periodistas, todo sin respirar, por así decirlo, e impartió unas cuantas instrucciones escuetas.

—Vete a Portland Place, procura entrevistar a Sir Philip Ramón, y asegúrate de la certeza de lo que dice este párrafo… Averigua por qué es amenazado y con qué lo amenazan. Si puedes, consigue una copia de una de las cartas. Si no logras ver a Ramón, haz la entrevista a un secretario.

Y el obediente reportero se marchó al punto.

Regresó al cabo de una hora con ese estado de misteriosa agitación peculiar de todo periodista que ha conseguido una noticia sensacional en exclusiva. El jefe de redacción, *diligente, fue a ver al director del periódico, y este gran personaje dijo: «Muy bueno, desde luego muy bueno»…, que era una alabanza del más alto orden.*

He aquí aquello que era «desde luego muy bueno», extraído de las columnas que aparecieron en el Megaphone al día siguiente:

> UN MINISTRO DEL GABINETE EN PELIGRO AMENAZAS DE MUERTE CONTRA EL MINISTRO DEL EXTERIOR «LOS CUATRO HOMBRES JUSTOS» COMPLOT PARA IMPEDIR LA APROBACION DEL ACTA DE EXTRADICION DE EXTRANJEROS REVELACIONES EXTRAORDINARIAS

Se ha levantado una nube de comentarios a raíz de la aparición, en la edición de ayer del *National Journal*, del siguiente párrafo:

> «El ministro de Asuntos Exteriores (sir Philip Ramón) ha estado recibiendo, durante las últimas semanas, unas cartas de amenazas, al parecer todas procedentes de una misma fuente y escritas por la misma mano. Estas cartas son de naturaleza tal que no pueden ya ser ignoradas por más tiempo por el ministro de Asuntos Exteriores de Su Majestad, quien por dicho motivo ofrece una recompensa

de Cincuenta Libras (£ 50) a la persona o personas que aporten alguna información conducente a la detención del autor de estas cartas anónimas.»

Era tan desusado este anuncio, teniendo en cuenta que las cartas anónimas y de amenaza forman con frecuencia parte de la correspondencia diaria de todos los hombres de estado y diplomáticos, que el *Daily Megaphone* inició, inmediatamente, una investigación respecto a la causa de un proceder tan inusitado.

Un representante de este periódico visitó la residencia de sir Philip Ramón, quien muy cortésmente consintió en ser entrevistado.

—En efecto, se trata de una medida poco usual —admitió su excelencia, en respuesta a una pregunta de nuestro enviado especial—, pero se ha adoptado con el consentimiento pleno de mis compañeros de gabinete. Tenemos razones para creer que hay algo detrás de esas amenazas, y me aventuraría a afirmar que el asunto no tardará mucho en estar en manos de nuestra policía… He aquí una de las cartas —y sir Philip sacó una cuartilla de una carpeta, teniendo la amabilidad de permitir a nuestro representante que copiase su texto.

La misiva carecía de fecha, y aparte del hecho de que la escritura mostraba las florituras características de la caligrafía de los latinos, estaba redactada en inglés correcto.

La carta dice así:

Excelencia:

El Acta que la Cámara está a punto de aprobar es injusta… Está calculada para entregar a un gobierno corrompido y vengativo unos hombres que en Inglaterra han encontrado asilo contra las persecuciones de los déspotas y los tiranos. Sabemos que en Inglaterra la opinión pública se halla dividida con respecto a la conveniencia de este Acta, y que sólo de Su Excelencia depende que se vote afirmativamente el Acta de Ofensas de Políticos Extranjeros.

Por consiguiente lamentamos tener que prevenirle que, a menos que su gobierno retire esa ley, será necesario quitar a Su Excelencia de en medio, y no sólo a Su Excelencia, sino a toda persona que insista en la aprobación de esta injusta medida.

(firmado) LOS CUATRO HOMBRES JUSTOS

—El Acta de referencia —continuó sir Philip— es, por supuesto, la de Extradición de Extranjeros (Ofensas Políticas), Acta que, a no ser por las tácticas dilatorias de la oposición, se habría aprobado en la última sesión.

Sir Philip siguió explicando que este Acta estaba destinada a entrar en vigor a causa de la inseguridad de la sucesión real en España.

—Es imperativo que ni en Inglaterra ni en ninguna otra nación se refugien propagandistas que, escudados en la seguridad y la impunidad de su asilo político, puedan encender hogueras en Europa. Por ello, en todos o casi todos los países europeos ha sido propuesta una ley similar a la que pretendo que vote la Cámara. De hecho, se ha acordado que todas ellas entren en vigor simultáneamente a la nuestra, según lo expuesto en la última sesión.

—¿Por qué concede usted tanta importancia a estas cartas? —preguntó el representante del *Daily Megaphone.*

—Porque estamos seguros, y así lo han afirmado tanto nuestra policía como la policía del continente, de que sus autores son individuos dignos de ser tomados muy en serio.

Los CUATRO HOMBRES JUSTOS, como se firman, son bien conocidos como grupo en los países más diversos. Nos gustaría mucho saber quiénes son individualmente. Con razón o sin ella, consideran que la justicia, tal como se administra en la Tierra, es inadecuada, y se han propuesto corregir las deficiencias de las leyes. Fueron ellos quienes asesinaron al general Trelovitch, el líder de los regicidas serbios; ellos ahorcaron a Conrad, el contrabandista de armas francés, en la *Place de la Concorde*…, con un centenar de policías en los alrededores. Mataron de un tiro a Hermon le Blois, el filósofo-poeta, en su estudio, por corromper a la juventud mundial con sus razonamientos.

El ministro del Exterior entregó a nuestro enviado especial una lista de los crímenes cometidos por este extraordinario cuarteto.

Nuestros lectores recordarán las circunstancias de cada uno de esos crímenes, y se hará notar que hasta la fecha (tan celosamente ha guardado la policía de las diversas nacionalidades el secreto de

los Cuatro Hombres) ninguno de ellos ha sido relacionado con los demás; y ciertamente ninguna de las circunstancias que, de haber sido publicadas, hubieran seguramente revelado la existencia de esta banda, ha sido dada a la publicidad hasta el día de hoy.

El *Daily Megaphone* se halla ahora en situación de publicar la lista de los dieciséis asesinatos perpetrados por los cuatro hombres.

Hace dos años, después de matar a Le Blois, debido a un pequeño fallo de sus bien coordinados planes, un detective reconoció a uno de los cuatro como a la misma persona que había visto salir de la casa de Le Blois en la Avenida Kléber. El investigador lo siguió durante tres días, con la esperanza de poder capturar a los cuatro juntos. El perseguido acabó por darse cuenta de que lo vigilaban, y escapó en pos de la libertad. Lo acorralaron en una cafetería de Burdeos (venían siguiéndolo desde París). Antes de que lo mataran acabó a tiros con un sargento de gendarmes y dos policías más. Le sacaron una fotografía, que se hizo circular por toda Europa, mas hasta ahora se ignoran todos los datos concernientes a su persona, incluyendo su nacionalidad.

—Pero ¿aún siguen siendo cuatro?

Sir Philip dijo encogiéndose de hombros:

—O han reclutado a otro o el grupo está incompleto.

El ministro añadió a modo de conclusión:

—Si hago estas declaraciones a través de la prensa es para hacer constancia del peligro que se cierne, no ya sobre mí, sino sobre cualquier estadista que haga resistencia a esa siniestra fuerza. Tengo una segunda razón, y es que el público pueda, merced al conocimiento de estos hechos, colaborar con los responsables del mantenimiento de la ley y el orden en el cumplimiento de su tarea, así como vigilar para prevenir la comisión de ulteriores actos ilegales.

Las pesquisas que seguidamente se practicaron en Scotland Yard[13] no aportaron nueva información sobre el asunto, a excepción del hecho de que el Departamento de Investigación Criminal se halla en contacto con los dirigentes de la policía continental.

La siguiente es una relación completa de los asesinatos perpetrados por los Cuatro Hombres Justos, acompañada de aquellos particulares que la policía ha logrado descubrir en relación con el móvil de los crímenes. Agradecemos al Ministerio de Asuntos

Exteriores el permiso concedido para la reproducción de la lista.

Londres, 7 de octubre de 1899.—Thomas Cutler, sastre, hallado muerto en circunstancias sospechosas. El jurado dictó un veredicto de «homicidio premeditado cometido por persona o personas desconocidas».

(Móvil del asesinato, según la policía: Cutler, individuo con cierta posición social, cuyo nombre verdadero era Bentvitch, era un explotador de carácter particularmente ofensivo. Tres condenas por el Decreto de Factorías. La policía cree que para su asesinato existía una causa más íntima que el trato dado por Cutler a sus empleadas.)

Liège, 28 de febrero de 1900.—Jacques Ellerman, prefecto: muerto de un disparo al regresar del Teatro de la Opera. Ellerman era persona de notorio mal vivir, y al investigarse sus asuntos tras su muerte se descubrió que había desfalcado casi un cuarto de millón de francos de los fondos públicos.

Seattle (Kentucky), octubre de 1900.—Juez Anderson. Hallado muerto en su alcoba, estrangulado. A Anderson lo habían procesado tres veces bajo cargos de asesinato. Era el líder de la facción Anderson en la pugna Anderson-Hara. En conjunto, había matado a siete miembros del clan Hara. Las tres veces que se le acusó resultó absuelto. Se recordará que en la última ocasión, acusado de la alevosa muerte del redactor jefe del *Seattle Star*, estrechó las manos de los jurados y los felicitó.

Nueva York, 30 de octubre de 1900.—Patrick Welch, conocido sobornador y ladrón del erario público. Fue en cierta ocasión Tesorero de la ciudad; espíritu promotor del infame Sindicato de Pavimentación de Calles, puesto al descubierto por el *New York Journal*. Hallaron a Welch ahorcado en un bosquecillo de Long Island. En un principio la muerte se achacó a suicidio.

París, 4 de marzo de 1901.—Madame Despard. Asfixiada. Su muerte también se consideró suicidio hasta que llegó a manos de la policía francesa cierta información. De madame Despard nada bueno puede decirse. Era una destacada «negociante de espíritus»[14].

París, 4 de marzo de 1902 (exactamente un año más tarde).—*Monsieur* Lanfin, ministro de Comunicaciones. Hallado muerto en su cupé, en el Bois de Boulogne. Arrestaron al cochero, mas finalmente lo pusieron en libertad. El hombre juró no haber oído ningún disparo ni tampoco grito de socorro de su amo. En aquellos

momentos llovía, y había poca gente en el Bois.

(*Seguían otros diez casos, todos ellos semejantes a los ya citados, estando entre ellos los de Trelovitch y Le Blois.*)

INDUDABLEMENTE ERA UNA NOTICIA SENSACIONAL. El redactor jefe, sentado en su despacho, volvió a leer el artículo y ponderó:

—Desde luego, muy bueno.

El periodista (que se apellidaba Smith) también lo releyó, enrojeciendo de placer al pensar en las consecuencias de su labor.

El ministro del Exterior lo leyó en la cama, mientras tomaba su té matinal, y se preguntó con ceño fruncido si no habría hablado demasiado.

El jefe de la policía francesa lo leyó (traducido y telegrafiado) en Le Temps, y maldijo furiosamente al charlatán inglés que estaba trastornando sus planes.

En Madrid, en el Café de la Paz, en la Puerta del Sol, Manfred, cínico, sonriente y sarcástico, leyó unos extractos del artículo a tres hombres… dos de ellos muy divertidos, y el otro con la mandíbula apretada, el rostro pálido y el miedo a la muerte retratado en sus ojos.

2. LOS FIELES CONGRESISTAS

ALGUIEN— ¿TAL VEZ el señor Gladstone?[15]*— dejó sentado que no hay nada tan peligroso, nada tan feroz, nada tan terrible como una oveja enloquecida. De manera similar, como ya sabemos, no hay persona tan indiscreta, tan neciamente habladora, tan asombrosamente inhábil, como el diplomático que por un motivo u otro se sale de sus carriles.*

Llega un momento, para el individuo que ha sido adiestrado en el arte de caminar con cautela entre las trampas ladinamente tendidas por las potencias hermanas, en que la práctica y los preceptos de muchos años se olvidan, y se comporta humanamente. La gente común no ha conseguido averiguar a qué obedece esto, si bien la minoría de psicólogos que, generalmente, puede explicar los procesos mentales de sus conciudadanos, posee sin duda razones adecuadas y convincentes para justificar esos actos de desequilibrio.



Sir Philip Ramón poseía un temperamento peculiar. Dudo que nada en el ancho mundo lograra disuadirle de sus propósitos, una vez que su mente había tomado una resolución. Era de carácter fuerte, con la mandíbula firme y cuadrada y la boca de generosas dimensiones, y poseía en las pupilas ese matiz azul metálico que uno espera descubrir en los ojos de los criminales más despiadados y, especialmente, en los generales más afamados. No obstante esto, Sir Philip Ramón temía, como pocos se lo imaginaban, las consecuencias de la tarea que se había impuesto a sí mismo.

Existen miles de caballeros que son físicamente héroes y moralmente medrosos, hombres que se tomarían a chanza la idea de la muerte… y a los cuales aterra cualquier tribulación. Los tribunales escuchan a diario la relación de, la vida de tales personas… y de su muerte.

El ministro del Exterior poseía dichas cualidades a la inversa. Algunos honestos representantes de la especie humana no vacilarían en describir al ministro como un cobarde, pues temía al dolor y a la muerte.

—Si este asunto le preocupa tanto —decía amablemente en aquellos momentos el Premier[16] (el debate tenía lugar dos días después de la publicación del artículo en el Megaphone, en el Consejo ministerial) —¿por qué no renuncia al Acta? Al fin y al cabo, la Cámara tiene asuntos más importantes en que ocuparse. Además, estamos llegando al término de la legislatura.

Un murmullo de aprobación corrió en torno a la mesa.

—Tenemos multitud de excusas para renunciar a ella. Se produciría una horrible matanza de seres inocentes… hay que seguir adelante con el Acta de Desempleo de Braithewaite; y en cuanto a la opinión pública, sólo Dios sabe cuál será.

—¡No, no!—el ministro de Asuntos Exteriores hizo retumbar la mesa de un puñetazo—. El asunto seguirá su curso. Estoy decidido. Estamos quebrantando la fe de las Cortes españolas, la fe de Francia, la fe de todos los países en nosotros. He prometido la aprobación de esta medida… y hemos de seguir adelante con ella, aunque haya un millar de Hombres Justos y un millar de amenazas.

El Premier se encogió de hombros.

—Discúlpeme por lo que voy a decirle, Ramón —intervino Bolton, el Fiscal—, pero no puedo sustraerme a la impresión de que al dar tantos detalles a la prensa obró con bastante indiscreción. Sí, ya sé que todos accedimos a darle plena libertad para tratar el asunto de acuerdo con sus deseos, pero lo cierto es que nunca imaginé que se comportaría usted de un modo tan…, ¿cómo lo denominaría?… cándido.

—Mi discreción en este asunto, Sir George, no es materia que me preocupe discutir —replicó Ramón en tono inflexible.

POCO DESPUES, EN TANTO atravesaba Palace Yard con el ministro de Hacienda, de aspecto tan juvenil, el Fiscal de la Corona, picado por la cortante salida de Sir Philip, murmuró sin que viniera a cuento:

—El viejo borrico…

Y el juvenil guardián de las finanzas inglesas sonrió.

—A decir verdad —dijo a continuación—, Ramón se encuentra en un terrible aprieto. La historia de los Cuatro Hombres Justos es tópico común a todas las tertulias, y un sujeto con quien me encontré en el Carlton a la hora del almuerzo casi me convenció de que hay realmente algo que temer. Lo dijo con mucha seriedad.

Acaba de regresar de Sudamérica y allí ha sido testigo de parte de la labor de esos hombres.

—¿De qué se trataba esta vez?

—Un presidente o algo así de una de esas podridas republiquillas bananeras… Hace unos ocho meses… Bueno, lo publican también en la lista… Lo ahorcaron… La cosa más extraordinaria del mundo. Lo sacaron de la cama a media noche, lo amordazaron, le vendaron los ojos, se lo llevaron a la cárcel, consiguieron entrar, lo colgaron en el cadalso público…, ¡y huyeron!

El Fiscal de la Corona comprendió la dificultad que conllevaban tales actos, e iba a pedir más detalles cuando un subsecretario se dirigió al ministro de Hacienda y se lo llevó.

—Absurdo —musitó el Fiscal, malhumorado.

Hubo vítores en favor del ministro del Exterior cuando su coche cruzó por entre la multitud agrupada en las proximidades de la Cámara. Ramón no se inmutó en lo más mínimo, pues la popularidad no se hallaba entre sus metas más ansiadas, precisamente. Intuía que tales aclamaciones obedecían a que la masa conocía el peligro que le acechaba; y este conocimiento le helaba la sangre, además de irritarlo. Le habría gustado pensar que la plebe tomaba a broma la existencia de aquel misterioso cuarteto… Le hubiese procurado alguna paz mental el poder pensar: «La gente ha rechazado la idea.»

Pues aunque la popularidad o la impopularidad quedaba fuera de su esquema esencial de valores, poseía una inquebrantable fe en los instintos primitivos de la masa. En el vestíbulo de la Cámara se vio asediado por una ardiente muchedumbre de individuos de su partido, unos movidos por curiosidad, otros preocupados, todos pidiendo a voces las últimas noticias… y todos también temiendo a la lengua agria del ministro.

—Oiga, Sir Philip —le interpeló el parlamentario robusto y falto de tacto que representaba a West Brondesbury—, ¿qué es eso que hemos oído de unas cartas amenazadoras? Supongo que no hará caso de tales menudencias… ¡Yo recibo dos o tres todos los días!

El ministro se zafó impacientemente del grupo, pero Tester, otro de los parlamentarios, lo cogió del brazo.

—Mire… —empezó a decir.

—Váyase al diablo —dijo simplemente el ministro de Asuntos

Exteriores, dirigiéndose rápidamente a su despacho.

—Desde luego, ese hombre tiene un carácter imposible —se quejó el honorable parlamentario—. Está claro que el viejo Ramón tiene canguelo. Mira que pregonar a los cuatro vientos lo de las cartas amenazadoras! Oh, yo creo que…

UN GRUPO DE MIEMBROS de la Cámara reunidos en el salón de fumadores discutía la cuestión de los Cuatro Justos de modo completamente carente de originalidad.

—Es demasiado ridículo para hablar siquiera de ello —declaró uno en tono grandilocuente—. Aquí tenemos a cuatro individuos, un cuarteto mítico, dispuestos a presentar batalla a todas las fuerzas e instituciones de la nación más civilizada de la tierra.

—A excepción de Alemania —hizo notar Scott, otro de los miembros, prudentemente.

—Oh, por amor de Dios, dejemos a Alemania fuera de esto —rogó con aspereza el otro—. Realmente me gustaría, Scott, poder discutir algún asunto en el que no pudiera sacarse a relucir la superioridad de las instituciones alemanas.

—Es imposible —objetó el entusiasta Scott dando rienda suelta a su tema favorito—. Recuerde que sólo en acero y en hierro, la producción por trabajador se ha incrementado en un cuarenta y tres por ciento, y que sus envíos a…

—¿Piensa que Ramón retirará ese proyecto de ley? —inquirió el anciano parlamentario de Aldgate East, cortando aquella balumba de datos estadísticos.

—¿Ramón? Oh, no, antes preferiría morir.

—Bueno, se trata de una circunstancia realmente anómala —comentó Aldgate East; y tres distritos, un suburbio londinense y una población del interior afirmaron con la cabeza y «pensaron que lo era».

—En los viejos tiempos, cuando Bascoe era un parlamentario joven —Aldgate East señaló a un senador de edad avanzada, encorvado y con el cabello y la barba blancos, que caminaba penosamente hacia una butaca—, en los viejos tiempos…

—Tengo entendido que por aquel entonces el viejo Bascoe vivía con una querida… —dijo un inoportuno.

—En los viejos tiempos —prosiguió el parlamentario de Aldgate East—, antes de la cuestión feniana… [17].

—... hablando de civilización —proseguía por su parte el animoso Scott—, Rheinbaken dijo el mes pasado en la Cámara Baja: «Alemania ha llegado al punto en que...»

—Yo, en el lugar de Ramón —continuaba Aldgate East, siguiendo la línea de sus pensamientos—, sé exactamente lo que haría. Iría a la Policía y les diría: «Oigan...»

Una campanilla sonó furiosa y prolongadamente, y los parlamentarios se precipitaron por el corredor. «Votación... tación.»

Tras haber aprobado, satisfactoriamente, la Novena Cláusula del Acta de Mejoramiento de Medway, diciendo las sagradas palabras: «O como podrá determinarse más adelante», añadidas por la triunfante mayoría de veinticuatro, los fieles congresistas volvieron a la interrumpida discusión.

—Lo que yo digo, y lo que siempre he dicho de cualquier miembro del gabinete —sostuvo un destacado individuo—, es que él debe, si es un auténtico hombre de Estado, dejar a un lado toda consideración de sus propios sentimientos personales.

—¡Bravo! —aplaudió uno.

—Sus propios sentimientos personales —repitió el orador—. Debe anteponer sus deberes para con el Estado a todas las demás..., ejem..., *consideraciones. ¿Recuerdan lo que le dije a Barrington la otra noche, cuando discutíamos a fondo el tema de los Presupuestos? Le dije: «Un caballero que se precie de recto y honorable no debe, no puede, dejar de contar con los fuertes y casi unánimes deseos del gran cuerpo electoral. La acción de un ministro de la Corona debe estar gobernada por el fiable criterio del gran cuerpo electoral, cuyos magníficos sentimientos... no, «cuyos más elevados instintos»... No, no fue esto... En fin, dejé bien sentado cuál es el deber de un ministro —concluyó el renqueante orador.*

—Pues yo... —empezó Aldgate East, y en ese momento se aproximó un ujier con una bandeja en la que se veía un sobre gris verdoso.

—¿A alguno de ustedes, caballeros, se le ha caído esto? —inquirió.

Aldgate East cogió la carta y buscó sus gafas.

—«A lbs miembros de la Cámara de los Comunes» —leyó, mirando acto seguido por encima de sus lentes al corro que le rodeaba.

—Bah, algún prospecto de propaganda —gruñó el corpulento parlamentario de West Brondesbury, que acababa de sumarse al grupo —. Yo recibo cientos... Sólo anteayer...

—Demasiado delgado para ser un prospecto —objetó Aldgate East, sopesando la carta en su mano.

—Entonces, una patente de medicina —insistió el de Brondesbury—. Cada mañana recibo una…: «No queme la vela por ambos extremos…», esa clase de simplezas. La semana pasada un tipo me envió…

—Abra el sobre —sugirió alguien, y Aldgate East obedeció. Leyó unas líneas y se tornó rojo.

—Maldita sea! —jadeó, y leyó en voz alta:

> *Ciudadanos:*
>
> *El Gobierno intenta aprobar una ley que pondrá en manos del Estado más corrompido de los tiempos modernos a unos hombres que son sólo patriotas y están destinados a ser los salvadores de su país. Le hemos manifestado ya al ministro encargado de adoptar tal medida, el título de la cual aparece en el margen, que a menos que retire dicho proyecto, morirá con toda seguridad a nuestras manos.*
>
> *Somos reacios a dar este paso extremo, sabiendo que en los demás aspectos es un caballero valeroso y honrado, y es precisamente por el deseo de poder evitar el cumplimiento de nuestra promesa por lo que rogamos a los miembros de la Madre de los Parlamentos que utilicen toda su influencia para obligar al señor ministro a retirar este Acta.*
>
> *Si fuésemos asesinos vulgares o rudos anarquistas podríamos con toda facilidad, tomar venganza ciega e indiscriminada contra todos los miembros de esa asamblea, y en prueba de esto, para que todos comprendan que nuestra amenaza no es vana, les suplicamos que miren debajo de la mesa que se halla junto a la entrada de ese salón. Encontrarán un artefacto suficientemente cargado como para destruir la mayor parte de ese edificio.*
>
> *(firmado) LOS CUATRO HOMBRES JUSTOS*
>
> *Postdata: No hemos colocado ningún detonador ni mecha en dicho dispositivo, por lo que pueden manejarlo con toda impunidad.*

A medida que la lectura avanzaba, todos los semblantes iban

palideciendo.

El tono de la carta resultaba asaz convincente, por lo que todas las miradas se dirigieron instintivamente a la mesa que había junto a la puerta.

Sí, allí había algo, algo cuadrado y negro, y la masa de legisladores se echó hacia atrás. Por un momento permanecieron como hechizados… y luego se precipitaron, como enloquecidos, hacia la salida.

—¿ERA ALGUNA BROMA de mal gusto? —preguntó el Primer Ministro ansiosamente.

El experto de Scotland Yard, llamado apresuradamente, negó con la cabeza.

—Es tal como afirma la carta —aseguró con gravedad—. Incluso falta la mecha.

—¿Y realmente hubiera podido…?

—Hubiera podido hacer volar este edificio, señor —fue la respuesta.

El Premier, con rostro descompuesto, comenzó a pasear de un lado a otro de su despacho privado.

Se detuvo de pronto para mirar contrariado por la ventana, que ofrecía una vista de una terraza abarrotada de excitados y gesticulantes políticos que evidentemente trataban de hablar todos a la vez.

—Muy, muy serio…, muy, muy serio —musitó. Después, en voz alta—: Hemos hablado ya tanto que lo mismo da que hablemos un poco más. Daremos a los periódicos tantos detalles como crean necesario sobre lo ocurrido esta tarde… y también el texto de la carta.

Pulsó un botón y apareció, quedamente, su secretario.

—Escriba al Comisario ordenándole que ofrezca una recompensa de mil libras a quien aporte información válida para el arresto del individuo que dejó ese artefacto en la Cámara, junto con el indulto y una recompensa para cualquier cómplice.

El secretario se retiró y el experto de Scotland Yard permaneció a la espera.

—¿Han podido averiguar sus hombres cómo fue introducido ese dispositivo?

—No, señor; se ha interrogado por separado a todos los policías de servicio, pero no recuerdan haber visto entrar o salir de la

Cámara a ningún extraño.

El Premier frunció los labios, pensativo.

—Gracias —dijo simplemente, y el experto se retiró.

EN LA TERRAZA, ALGATE EAST y el parlamentario ciceroniano se repartían los honores.

—Yo debía de estar muy próximo a esa bomba —proclamó el segundo en tono impresionante—. Les aseguro que sólo pensarlo me congela la sangre. ¿Te acuerdas, Mellin? Estaba yo hablando de los deberes del Ministerio…

—Yo le pregunté al ujier —decía el parlamentario de Aldgate a un interesado corro— cuando trajo la carta: «¿Dónde la encontró?» «En el suelo, señor», respondió él. Yo creí que se trataría del anuncio de algún medicamento. No tenía intenciones de abrir el sobre, pero alguien…

—Fui yo —afirmó el robusto caballero de Brondesbury, orgullosamente—. Recordarán que estaba diciendo…

—Sabía que había sido alguien —prosiguió Aldgate East en tono indulgente—. Abrí el sobre y leí las primeras líneas. «Bendita sea», dije…

—Dijo usted «Maldita sea» —corrigió Brondesbury.

—Bueno, sé que exclamé algo muy acorde con las circunstancias —admitió Aldgate East—. Lo leí… y, como comprenderán, no logré captar todo su significado, por decirlo así. Bien…

LAS TRES BUTACAS RESERVADAS en el Star Music Hall, de Oxford Street, fueron ocupadas una tras otra. A las siete y media en punto llegó Manfred, discretamente ataviado; a las ocho se presentó Poiccart, con el aspecto de un próspero caballero de mediana edad; a las ocho y media apareció González, pidiendo en perfecto inglés un programa. Tomó asiento entre los otros dos.

Cuando la totalidad del público atronaba el teatro con vivas y aplausos al término de una canción patriótica, Manfred se volvió sonriente hacia León, y dijo:

—Lo he visto en los periódicos de la tarde.

León asintió al momento.

—Casi hubo problemas —dijo en voz baja—. Cuando yo entraba alguien dijo: «Tenía entendido que el viejo Bascoe vivía con una querida», y uno de los allí presentes estuvo a punto de acercárseme

para dirigirme la palabra.

3. MIL LIBRAS DE RECOMPENSA

DECIR QUE INGLATERRA se estremeció hasta sus cimientos (para reproducir la expresión de más de un artículo de fondo sobre el tema) a causa del singular acontecimiento acaecido en la Cámara de los

Comunes, no es sino exponer el asunto en términos exactos.

La primera noticia de la existencia de los Cuatro Hombres Justos había sido recibida con perdonable irrisión, especialmente por parte de aquellos periódicos que carecían de datos de primera mano.

Sólo el Daily Megaphone había sabido apreciar en su dimensión real el peligro que se cernía sobre el ministro responsable de la abominable Acta de Extradición. Ahora, sin embargo, hasta los más desdeñosos se vieron obligados a reconocer el significado de la comunicación que tan misteriosamente había llegado al corazón de la institución más celosamente custodiada de la Gran Bretaña. La historia del «Ultraje de la Bomba» llenaba páginas y más páginas de todos los periódicos del país, y la última osadía de los Cuatro fue anunciada en carteles a lo largo y lo ancho de las Islas Británicas.

Historias, en su mayoría apócrifas, sobre los hombres responsables de la última sensación, hacían su aparición día tras día, y no había mayor tópico en las tertulias que el tema del extraño cuarteto que parecía tener las vidas de los poderosos en la palma de sus manos.

Nunca, desde la época feniana, se había apoderado del pueblo inglés tanta aprensión como durante los dos días siguientes a la aparición en los Comunes de la «Bomba en Blanco», como la bautizó felizmente cierto diario.

Tal vez dicha aprensión no estaba debidamente justificada, ya que la creencia general, según se desprendía del tono y el texto de las cartas, era que los cuatro solamente amenazaban a una persona.

LA PRIMERA MANIFESTACION DE SUS INTENCIONES había despertado un interés general. Pero el hecho de que la amenaza hubiese partido de una pequeña población francesa, y que en consecuencia el peligro pareciera remoto, había restado en cierto modo fuerza a la misma. Tal era el vago razonamiento de algunas personas poco versadas en geografía, que ignoraban que Dax, pese a estar en Francia, no se halla más alejada de Londres que, por ejemplo, Aberdeen.

Pero el Terror Escondido se hallaba en la metrópoli misma. Diablos, reflexionaba Londres lanzando en torno miradas de soslayo, cualquier individuo con que nos cruzamos en la calle puede ser uno de los Cuatro, y nosotros sin enterarnos.

Grandes carteles, de aspecto fúnebre, resaltaban en las paredes y cubrían por entero los tablones de las comisarías.

MIL LIBRAS DE RECOMPENSA

> *DEBIDO A QUE el 18 de agosto, a las 4,30 de la tarde, fue depositado un artefacto infernal en la Sala de Fumadores de la Cámara de los Comunes, por persona o personas desconocidas.*
>
> *Y DEBIDO A QUE existen razones suficientes para creer que la persona o personas implicadas en la instalación de la mencionada bomba son los miembros de una organización criminal conocida como «Los Cuatro Hombres Justos», contra la cual existen órdenes de búsqueda y captura por asesinatos premeditados, en Londres, París, Nueva York, Nueva Orleans, Seattle (USA), Barcelona, Tomsk, Belgrado, Cristianía*[18]*, Capetown y Caracas.*
>
> *EN CONSECUENCIA, la recompensa indicada arriba será pagada por el Gobierno de Su Majestad a la persona o personas que den alguna información conducente a la captura de una o todas las personas que se autodenominan «Los Cuatro Hombres Justos» y se identifican con la banda antes mencionada.*
>
> *Y, ADEMAS, se concederá la recompensa y el indulto a cualquier componente de la banda que aporte esta información, siempre que tal persona no haya cometido ni haya sido*

cómplice, antes o después, de algunos de los siguientes crímenes.

(firmado) RYDAY MONTGOMERY,
Ministro del Interior de Su Majestad.
J. B. CALFORT, Comisario de Policía.

(Aquí seguía la lista de los dieciséis delitos atribuidos a los cuatro hombres.)

DIOS SALVE AL REY

DURANTE TODO EL DIA hubo pequeñas aglomeraciones de personas ante los cartelones, devorando con la vista la sustanciosa oferta.

Era un cartel de reclamo inusitado, diferente a aquellos a los que estaban tan acostumbrados los londinenses, ya que faltaba la descripción de los encartados; no había retratos por los que pudieran ser identificados, ni frases estereotipadas del estilo de «la última vez que fue visto llevaba un traje de sarga azul marino, gorra de tela y corbata a cuadros», en las que el observador pudiese basar su escrutinio callejero.

Era la búsqueda de cuatro hombres a los que nadie había visto de modo consciente jamás; la caza de una voluta de humo, un tanteo a oscuras de sombras imprecisas.

El superintendente Falmouth, que era persona de hablar llano (en cierta ocasión había dicho con brusquedad a un personaje real que él no tenía ojos en el cogote), expuso al comisario adjunto lo que opinaba de todo el caso.

—No es posible atrapar a unos hombres si no se tiene ni la más remota idea de quiénes son ni cómo son. Por lo que sabemos, lo mismo puede tratarse de mujeres que de chinos o de negros; pueden ser altos o bajos, pueden ser… ¡Ni siquiera conocemos su nacionalidad!… Han cometido crímenes prácticamente en todos los rincones del planeta. No son franceses necesariamente porque hayan matado a un tipo en París, ni yanquis por haber estrangulado al juez Anderson.

—La escritura… —insinuó el comisario, refiriéndose a un manojo de cartas que tenía en la mano.

—Latina; pero puede ser falsificada. Y suponiendo que no lo sea, tanto podría deberse a un francés, como a un español, o un portugués, o

un italiano, o un sudamericano… Y, como digo, podría ser una imitación, y probablemente lo es.



—¿Qué han conseguido ustedes hasta ahora? —quiso saber el comisario.

—Hemos arrestado a todos los tipos sospechosos que conocemos. Hemos limpiado a fondo el distrito de la Pequeña Italia, hemos barrido Bloomsbury, hemos despejado el Soho, y buscado en todos los suburbios. Anoche efectuamos una redada en un lugar de Nunhead… Allí hay un montón de armenios, pero…

El rostro del superintendente expresaba desesperanza.

—Cabría dentro de lo posible —prosiguió— que los encontrásemos en uno de esos hoteles donde se aloja la gente pera… si fuesen lo bastante idiotas como para vivir juntos; podemos estar seguros de que viven separados, y se reúnen una o dos veces al día en algún lugar de aspecto inocente.

Hizo una pausa y tamborileó abstraídamente con los dedos sobre la

mesa a la que estaban sentados él y su superior.

—Hemos visto a De Courville —prosiguió luego—. Vio a la gente de Soho y, lo que es más importante, a su chivato, que vive entre ellos… No es ninguno de ellos, juraría yo…, o al menos De Courville lo jura, y estoy dispuesto a aceptar su palabra.

El comisario movió patéticamente la cabeza.

—En buena se han metido en Downing Street[19] *—comentó—. Nadie está seguro de lo que puede suceder a cada instante.*

El señor Falmouth se puso de pie exhalando un suspiro y acarició el ala de su sombrero.

—¿Qué piensa la gente de todo esto? —preguntó el comisario.

—¿No ha leído los periódicos?

El encogimiento de hombros del comisario fue muy poco cortés para la prensa británica.

—¿Quién, en nombre del Cielo, puede tragarse en lo más mínimo lo que publican? —exclamó con petulancia.

—Pues yo soy uno —replicó calmosamente el superintendente—. Los periódicos casi siempre son dirigidos por el público; y por mi parte, opino que el modo más seguro de llevar un periódico sobre ruedas es escribir en él lo que el público va a decir. «Muy agudo… Coincide con lo que yo siempre he dicho.»

—Bien, pero ¿ha conseguido formarse una idea de la opinión popular?

El superintendente Falmouth asintió.

—Estuve conversando en un parque con un individuo esta misma tarde…, un caballero, a juzgar por su aspecto, y presumiblemente inteligente. «¿Qué opina usted de ese asunto de los Cuatro Hombres Justos?», le pregunté. «Oh, es algo muy extraño», me respondió. «¿Cree que hay algo cierto en ello?»…, y eso —concluyó el disgustado policía — es todo cuanto opina el público.

MAS SI EN SCOTLAND YARD reinaba la pesadumbre, todo Fleet Street[20] *era un hervidero de placentera excitación. Las noticias eran importantes: podían publicarse en dobles columnas, con grandes titulares; podían pregonarse en carteles; podían ilustrarse, diagramarse y hasta llenarse de estadísticas.*

«¿Será la Mafia?», preguntaba chillonamente el Comet, y pasaba a demostrarlo a continuación.

El Evening World, con su mentalidad editorial nostálgicamente

anclada en los años sesenta, sugería ligeramente una vendetta, y llegaba a mencionar «Los Hermanos Corsos[21]*».*

El Megaphone se atenía a la historia de los Cuatro Hombres Justos, y publicaba páginas enteras ricas en toda clase de detalles referentes a sus nefastas acciones. Desenterraba de polvorientos archivos, continentales y americanos, todas las circunstancias de cada asesinato; publicaba los retratos y las carreras de las personas asesinadas y, si bien no paliaba en absoluto la culpabilidad de los Cuatro, sí sacaba a la luz con justeza e imparcialidad las vidas de las víctimas, poniendo en claro la clase de personas que eran.

Aceptaba con reservas la riada de colaboraciones que afluía a su redacción; pues Un periódico marcado con el estigma «sensacionalista» obra con mayor precaución que sus competidores más «serios». En el país de la prensa, rara vez se detecta una mentira burda, pero una exageración interesante mueve a los periódicos rivales carentes de imaginación a histéricas denuncias.

Seguían afluyendo raudales de anécdotas sobre los Cuatro Hombres. Pues de repente, como por arte de magia, todo colaborador, todo caballero de letras especializado en notas personales, todo tipo de escritor, descubrió que toda su vida había conocido íntimamente a los Cuatro.

«Cuando estuve en Italia…», escribía el autor de Ven otra vez (Hackworth Press, 6s.: «ligeramente manchado», Libros de ocasión Farringdon, 2d.), recuerdo haber oído una curiosa historia respecto a esos Hombres Sanguinarios…»

O bien:

«Ningún rincón de Londres resulta más probable como escondrijo de Los Cuatro Villanos que Tidal Basin», escribía otro caballero, que firmaba «Collins» en la esquina superior derecha de su manuscrito. «Tidal Basin, en el reinado de Carlos II, era conocido como…»

—¿Quién es Collins? —se interesó el director del Megaphone, dirigiéndose al sobreatareado redactor jefe.

—Un rellenador —describió el otro indolentemente, dejando así de manifiesto que ni siquiera el periodismo más actual ha logrado expulsar al redactor polifacético de su reñido campo. Añadió—: Se ocupa de juicios, incendios, encuestas y esa clase de zarandajas. Últimamente se ha dedicado a la literatura y escribe cosas como Los rincones pintorescos del viejo Londres y épica inspirada en las

Famosas lápidas sepulcrales de Hornsey[22].

LO MISMO SUCEDIA en las redacciones de todos los periódicos. Cada cable que llegaba, cada informe que llevaban a la bandeja del redactor jefe, estaba ribeteado con los tintes de la inminente tragedia que ocupaba un primer plano en la mente de los ingleses. Incluso los reportajes sobre juicios hacían alguna que otra alusión a los Cuatro. El caso servía de justificación a las borracheras nocturnas y otros desórdenes de conducta.

—El chico ha sido siempre honrado —afirmaba la llorosa madre del joven pecador errante—. Han sido esas horribles historias sobre los Cuatro Desconocidos las que le han trastornado la cabeza —y el magistrado actuaba con benevolencia.

A juzgar por su conducta externa, sir Philip Ramón, el hombre más interesado en el desarrollo del caso, era el menos afectado por el mismo.

Se negó a conceder más entrevistas; rehusó discutir las posibilidades de su asesinato, ni siquiera con el Premier, y su respuesta a las cartas de aprecio que le llegaban desde todas las regiones del país fue simplemente una nota en el Morning Post en la que advertía a sus corresponsales que tuvieran la bondad de dejar de acosarlo con postales y notas que infaliblemente iban a parar a su papelera.

Había pensado añadir una declaración de su intención de seguir hasta el final con el Acta de Extradición, mas se contuvo por miedo a la teatralidad.

Con Falmouth, sobre quien naturalmente había recaído el deber de proteger contra todo mal al ministro del Exterior, sir Philip se mostraba desusadamente condescendiente, y hasta permitía incidentalmente que el astuto policía captara el terror en que vive quien ve amenazada su vida.

—¿Cree que existe un verdadero peligro, superintendente? —preguntó, no una vez sino docenas de veces; y el oficial, firme defensor de la infalibilidad de la fuerza policial, se mostraba muy tranquilizador.

«Porque», argüía para sus adentros, «¿qué se adelanta con atemorizar a un individuo que ya está medio muerto de miedo? Si no ocurre nada, verá que le he dicho la verdad, y si…, si…, bueno, no podrá llamarme mentiroso.»

Sir Philip era una constante fuente de interés para el detective, que seguramente había dejado entrever sus pensamientos una o dos veces, pues el ministro, observador agudo, al interceptar una mirada extraña del policía, dijo incisivamente:

—Se pregunta usted por qué todavía deseo que se apruebe el Acta de Extradición, sabiendo que estoy en peligro de muerte, ¿verdad? Bien, quizá le *sorprenda saber que no conozco el peligro, ni puedo tampoco imaginármelo. En mi vida, nunca he tenido conciencia del dolor físico, y a pesar de que mi corazón es bastante débil, no he sufrido jamás ni un dolor de cabeza. Ignoro por completo qué es la muerte, o qué angustias o sosiegos puede traerme. Estoy de acuerdo con Epicteto*[23] *en que el temor a la muerte se debe a nuestra presuntuosa premisa de que conocemos el más allá, y que no existe ningún motivo para temer que nuestra condición futura sea peor que la presente. No, no me asusta morir…, pero sí me asusta el estar muriendo.*

—Entiendo, señor —murmuró el superintendente, que no había entendido nada en absoluto.

—Pero —prosiguió sir Philip, que estaba sentado en su despacho de Portland Place—, si no logro imaginarme el exacto proceso de la descomposición del ser humano, sí puedo imaginarme y he experimentado el resultado de faltar a la palabra dada a las cancillerías, y ciertamente no tengo la intención de cerrar los ojos a una serie de futuros embrollos por miedo a algo que, al fin y al cabo, puede ser comparativamente trivial.

Este razonamiento bastaba de por sí para mostrar lo que la Oposición del momento se complacía en calificar como «la retorcida mente del recto ministro del Exterior».

Y el superintendente Falmouth, que escuchaba al ministro con toda muestra de atención, bostezó interiormente y se preguntó quién sería ese Epicteto.

—He adoptado todas las precauciones posibles, señor —aseguró durante la pausa que siguió al recitado del credo del ministro—. Supongo que no le molestará que durante una o dos semanas le sigan algunos de mis hombres. Deseo que permita que haya en su casa dos o tres agentes, cuando esté usted en ella, y que, naturalmente, haya algunos más en el Ministerio del Exterior.

Sir Philip dio su aprobación a tales medidas de seguridad, y más tarde, cuando él y el superintendente se dirigieron en el coche oficial a la Cámara, supo por qué unos ciclistas pedaleaban delante y a cada

lado del carruaje, y por qué dos cabriolés seguían detrás hasta llegar al Palace Yard.

A la hora de los debates, con la Cámara muy poco concurrida, sir Philip se levantó de su asiento y declaró que promovería una segunda lectura del Acta de Extradición de Extranjeros (Ofensas Políticas), el martes de la semana siguiente, o sea, al cabo de diez días.

AQUELLA TARDE, MANFRED se reunió con González en los jardines de North Tower, y elogió el hechicero esplendor que por la noche adquiere el parque del Crystal Palace[24].

Una banda de música constituida por guardias interpretaba la obertura de Tannhäuser, y los dos hombres charlaron de música.

Después…

—¿Qué hay de Terrí? —quiso saber Manfred.

—Poiccart estuvo con él todo el día; le está enseñando las vistas.

Ambos se echaron a reír.

—¿Y tú? —inquirió González.

—Yo he tenido un día muy interesante. Hablé con un detective deliciosamente ingenuo en Green Park, y me preguntó… ¡qué opinaba de nosotros!

González hizo cierto comentario sobre un pasaje de la obertura, y Manfred asintió sin dejar de llevar el compás con la cabeza.

—¿Estamos ya preparados? —preguntó quedamente León.

Manfred volvió a asentir, al tiempo que silbaba suavemente la melodía. Finalizado el triunfante «canto de los peregrinos», se unió al aplauso general.

—He alquilado un lugar —murmuró, batiendo palmas—. Estaremos mejor juntos.

—¿Está todo allí?

Manfred miró a su compañero, con un destello divertido en sus pupilas.

—Casi todo.

La banda empezó a interpretar el Himno Nacional y los dos amigos se pusieron de pie, quitándose el sombrero.

La gente que llenaba el descubierto auditorio comenzó a marcharse, fundiéndose en las sombras del anochecer. Manfred y su compañero decidieron imitarlos.

Miríadas de lámparas de gas iluminaban el parque con luces de

fantasía. En el aire flotaba un intenso olor a gas.

—Esta vez, no de esa manera, ¿verdad? —afirmó, más que preguntó, González.

—Ciertamente, no de esa manera —corroboró Manfred con decisión.

4. PREPARATIVOS

CUANDO EN EL Newspaper Propietor apareció un anuncio diciendo:

«EN VENTA: una tienda establecida hace años, dedicada a la grabación en cinc, con una maquinaria en perfectas condiciones y existencias de productos químicos.» todos los del ramo pensaron: «Es la tienda de Etherington.»

Para los no iniciados, un negocio de fotograbado es un lugar lleno de sierras zumbantes, virutas de plomo y taladros ruidosos, junto con grandes y brillantes arcos eléctricos.

Para los iniciados, un taller de fotograbado es un lugar donde se reproducen cuadros por medio de fotografías sobre planchas de cinc, usadas más tarde en las imprentas.

Para todos aquellos que conocían por dentro el mundo de la imprenta, la tienda de Etherington era la peor de su especie, donde se ofrecían las fotografías menos presentables a un precio ligeramente superior al normal.

La tienda llevaba en venta tres meses, por orden de sus acreedores, y, en parte, a causa de su distanciamiento de Fleet Street (ya que se hallaba en Carnaby Street), y en parte debido a la mala condición de su maquinaria (lo que demuestra que ni siquiera un síndico oficial posee sentido moral cuando pone anuncios), nadie había ofrecido ninguna cantidad para adquirirla.

Manfred, que se entrevistó con el síndico en la calle Carey, se enteró de que la tienda podía alquilarse o comprarse; que el arrendatario o comprador podía disponer inmediatamente de la tienda en cualesquiera circunstancias; que en el ático había unas habitaciones que sirvieron de vivienda a generaciones de vigilantes del negocio, y que a guisa de garantía sólo se precisaba una referencia bancaria.

—Ese tipo está algo chiflado —manifestó el síndico en una junta de acreedores—. Cree que se hará rico vendiendo fotograbados de Murillo a un precio asequible. Me explicó que va a formar una pequeña compañía para llevar adelante el negocio, y que tan pronto como la tenga formada adquirirá la tienda.

AQUEL MISMO DIA, Thomas Brown, tratante en cuadros; Arthur W. Knight, caballero refinado; James Selkirk, artista; Andrew Cohén, agente de finanzas, y James Leech, pintor, se inscribieron en el Registro de empresarios para formar una compañía limitada, con el objeto de iniciar un negocio como fotograbadores, para lo cual suscribieron varias acciones contra sus nombres.

(Entre paréntesis, Manfred era un gran artista.)

Y cinco días antes de la segunda lectura del Acta de Extradición, la compañía ocupó el local, como preparativo para la iniciación del negocio.

—Hace años, cuando vine por primera vez a Londres —explicó Manfred—, aprendí que el modo más seguro de ocultar la identidad de uno es constituirse en miembro de una compañía pública. Se esconde una gran respetabilidad detrás de la palabra «limitada», y la pompa y ceremonial que conlleva la dirección de toda empresa aleja las sospechas, aun cuando atraigan la atención.

González confeccionó un artístico letrero donde se informaba que el Sindicato de Reproducción de Obras de Arte empezaría a funcionar el 1 de octubre, y una elegante nota con las palabras «No hace falta mano de obra». Otro anuncio decía sucintamente que los posibles clientes y demás visitantes sólo serían atendidos mediante cita previa, y que todas las cartas debían ser dirigidas al gerente.

Era una tienda de fachada vulgar, con un sótano hondo ocupado por la deteriorada maquinaria dejada por el anterior propietario. Las dependencias de la planta baja habían servido de oficinas, y estaban ocupadas principalmente por archivadores mugrientos y muebles desvencijados.

Algunos casilleros estaban llenos de planchas viejas, otros atestados de facturas polvorientas, y otros repletos de todos esos papeles que se acumulan en una oficina cuyo administrativo cobra siempre con retraso.

El primer piso había sido el taller, el segundo un almacén, y el

tercero, el más interesante de todos, era donde se hallaban las enormes cámaras y los potentes arcos voltaicos tan necesarios en ese oficio.

En la parte trasera de la casa, en este último piso, estaban las tres pequeñas habitaciones que habían servido de vivienda al antiguo vigilante.

En una de dichas habitaciones, dos días después de la ocupación de la casa, tomaron asiento los cuatro hombres de Cádiz.

Aquel año había empezado pronto el otoño, y en la calle caía una llovizna fría, de manera que el fuego que ardía en la chimenea de estilo georgiano daba a la estancia cierto aire de confort.

Esta era la única habitación que había sido despejada de trastos, y se habían instalado en ella los mejores muebles del local; y en la mesa escritorio, manchada de tinta, que ocupaba el centro del aposento, se veían los restos de un almuerzo exquisito.

GONZALEZ ESTABA ENFRASCADO en la lectura de un librito de tapas rojas, y es de notar que llevaba unos lentes con montura de oro. Poiccart trazaba un boceto, apoyado en una esquina de la mesa, y Manfred fumaba un largo y delgado puro mientras estudiaba el catálogo de precios de un fabricante de productos químicos. Terrí (o Saimont, nombre que algunos prefieren) era el único que permanecía desocupado. Estaba sentado como un fardo ante el fuego, cruzando y descruzando los dedos de ambas manos, hecho un mar de confusiones, contemplando con aire ausente las chisporroteantes llamas de la chimenea.

La conversación avanzaba espasmódicamente, como sucede entre interlocutores cuyos pensamientos están distantes. Terrí concentró la atención de los otros tres sobre su persona al romper el silencio. Abandonando su examen del fuego, preguntó impulsivamente:

—¿Cuánto tiempo van a retenerme aquí?

Poiccart levantó la vista del dibujo y observó:

—Esta es la tercera vez que nos lo pregunta hoy.

—¡Hable en español!—gritó Terrí con fiereza—. Estoy harto de ese idioma nuevo.

—Esperarás a que esto termine —respondió Manfred, con el peculiar acento de Andalucía—; ya te lo dijimos.

Terrí soltó un gruñido y volvió a su contemplación del fuego.

—Estoy cansado de esta vida —mascullό—. Quiero poder andar sin ningún guardaespaldas…, quiero volver a Jerez, donde era un hombre libre. Siento de veras haberme largado de allí.

—También yo —declaró Manfred con voz sosegada—, aunque no tanto como tú, y espero que siga así por tu bien.

—¿Quiénes son ustedes? —estalló Terrí tras un silencio momentáneo—. ¿Qué son? ¿Por qué quieren matar? ¿Son anarquistas? ¿Qué dinero sacan de esto? Necesito saberlo.

Ni Poiccart, ni González, ni Manfred hicieron muestra del menor resentimiento ante la perentoria demanda de su reclutado. El rostro puntiagudo y bien afeitado de González se contrajo con placentera excitación, y sus fríos ojos azules se estrecharon.

—¡Perfecto! ¡Perfecto! —musitó examinando el rostro del otro —. Nariz afilada, frente estrecha y… articulorum se ipsos torquentium sonus; gemitus, mugitusque parum explanatis…

El fisiognomista hubiese continuado con el retrato hecho por Séneca del Hombre Iracundo, pero Terrí saltó de su silla como un muelle y fulminó a los tres con la mirada.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó lentamente—. ¿Cómo sé que no van a sacar dinero de todo esto? Quiero saber por qué me retienen prisionero, por qué no me permiten leer los periódicos, por qué no puedo salir solo a la calle ni hablar con alguien que sepa español. Usted no es de España, ni usted, ni usted… Su español es… Sí, pero sé que no son de mi país. Quieren que mate…, pero no me dicen cómo…

Manfred se puso de pie y posó una mano en el hombro del otro.

—Amigo —dijo, y no había sino bondad en su mirada—, refrena tu impaciencia, te lo ruego. Vuelvo a asegurarte que no matamos por obtener un beneficio monetario. Esos dos caballeros que ves aquí poseen una fortuna cada uno que supera los seis millones de peseta[25]s y yo aún soy más rico; matamos y seguiremos matando porque no soportamos los actos injustos para los que la ley carece de remedio. Si…, si… —vaciló, con los ojos impasiblemente fijos en el español—, si te matásemos, sería la primera vez que cometeríamos una mala acción.

Terrí estaba pálido, con la espalda pegada a la pared, semejante a un lobo acorralado, pasando su mirada, cargada de sospechas, de uno a otro.

—A mí… ¡A mí!—exclamó falto de aliento— …¿Matarme?

De los tres, sólo Manfred se movió, haciendo que su mano extendida señalase a Terrí.

—Sí, a ti —dijo subrayando las palabras con una afirmación de cabeza—. Y esto sería algo nuevo para nosotros, ya que hasta ahora hemos matado únicamente en beneficio de la justicia…, y matarte a ti sería un acto injusto.

Poiccart miró compasivamente al joven español.

—Por eso te escogimos a ti —murmuró—, porque siempre existe la posibilidad de la traición, y pensamos… que era mejor que fueses tú.

—Entiende esto —añadió Manfred calmosamente—: si nos eres leal, nadie tocará ni un solo cabello de tu cabeza; al contrario, recibirás una recompensa que te permitirá vivir holgadamente… Acuérdate de aquella chica de Jerez.

Terrí se sentó haciendo un encogimiento de hombros lleno de indiferencia, pero sus manos temblaban cuando prendió una cerilla para encender su cigarrillo.

—Te concederemos más libertad; podrás salir cada día. Dentro de pocos días regresaremos a España. En la prisión de Granada te llamaban el «silencioso». Esperamos que continúes siéndolo.

A PARTIR DE AQUEL MOMENTO, la conversación fue un enigma para Terrí, ya que los tres socios empezaron a expresarse en inglés.

—No causa demasiadas molestias —reconoció González—. Ahora que le hemos vestido como un inglés no llama la atención. Claro que no le gusta afeitarse todos los días, pero es necesario; además, por suerte es rubio. No le permito que me hable en la calle, cosa que le altera los nervios.

Manfred hizo derivar la charla hacia derroteros más graves.

—Enviaré dos advertencias más, una de ellas entregada en su propia fortaleza. Es un hombre con valor.

—¿Qué hay de García? —se interesó Poiccart.

Manfred sonrió.

—Lo vi el domingo por la noche… Un viejo excelente, fiero y retórico. Yo estaba sentado al fondo de una salita mientras él abogaba con elocuencia, en francés, por los derechos del hombre. Era un Juan Jacobo Rousseau, un Mirabeau, un Bright de mente abierta, y el auditorio se componía en su mayor parte de jóvenes

cockneys[26], que habían acudido para poder ufanarse de haber estado en el templo del Anarquismo.

Poiccart tamborileó sobre la mesa con impaciencia.

—¿Cómo se explica, George, que un elemento de bathos[27] se introduzca siempre en estas cosas?

Manfred volvió a sonreír.

—¿Te acuerdas de Anderson, el juez? Cuando le hubimos amordazado y atado al sillón, y le hubimos dicho por qué iba a morir; cuando apenas se veían más que los aterrados ojos del condenado a la vacilante luz de la lámpara, y tú, León y la pobre Clarice estabais enmascarados y en silencio, y yo acababa de condenarlo a muerte…, ¿recuerdas cómo llegó hasta aquella habitación el olor a cebollas fritas, procedente de la cocina de abajo?

—También recuerdo —intervino León— el caso del regicida.

—Te refieres al corsé —asintió Poiccart.

Todos prorrumpieron en una carcajada.

—Siempre habrá un elemento cómico —afirmó Manfred—. El bueno de García con los destinos de una nación en sus manos, una diversión para dependientes…, una tragedia y el olor a cebolla frita, una estocada y la ballena del corsé… Sí, lo trágico y lo cómico son inseparables.

Terrí fumaba un cigarrillo tras otro, contemplando el fuego con la cabeza entre las manos.

—Volviendo al asunto que tenemos entre manos —dijo González—, supongo que ya no tenemos que hacer nada hasta… el día señalado, ¿verdad?

—Nada.

—¿Y después?

—Aún queda lo de nuestras reproducciones de obras pictóricas.

—¿Y después? —insistió Poiccart.

—Hay un caso en Holanda, el de un tal Hermannus Van der Byl, que podemos tratar; será muy sencillo y no habrá necesidad de advertencias.

Poiccart endureció su semblante.

—Me alegro de que hayas sugerido a Van der Byl, con el que hubiésemos debido tratar ya mucho antes. ¿El Gancho de Holanda o el Sanguinario?

—Si tenemos tiempo, el Gancho, desde luego.

—¿Y Terrí?

—Yo me ocuparé de él —dijo González tranquilamente—. Iremos a Jerez…, donde está su chica —añadió sonriendo.

El objeto de aquella discusión terminó su décimo cigarrillo y lanzó un gruñido.

—Olvidaba deciros —agregó León— que hoy, cuando dábamos nuestro acostumbrado paseo para hacer ejercicio, Terrí se mostró considerablemente interesado por los carteles que veía por doquier, y particularmente curioso por saber por qué los leía tanta gente. Tuve que improvisar una mentira, aunque me repugna mentir… —González hablaba con total sinceridad—. Urdí una historia sobre las apuestas en las carreras, y quedó satisfecho.

Terrí había captado su nombre a pesar de la pronunciación botanizada, y los miró inquisitivamente.

—Te dejamos para que distraigas a nuestro amigo —dijo Manfred incorporándose—. Poiccart y yo tenemos que llevar a cabo unos experimentos.

LOS DOS ABANDONARON LA HABITACION, recorrieron un estrecho pasillo y se detuvieron al final, donde había dos puertas: una pequeña al trente, y otra mayor a la derecha, cerrada con una barra fijada por un candado. Esta última correspondía al estudio. Manfred abrió la pequeña con un llavín y, tras penetrar en la estancia, encendió una bombilla, que emitió una luz borrosa a través de la capa de polvo que la cubría. Alguien había hecho algún intento de restaurar el orden a partir del caos. Dos estanterías habían sido despejadas de cachivaches, que habían sido sustituidos por hileras de pequeños frascos numerados. Había sido arrimada una tosca mesa a la pared, debajo de los estantes, y sobre el tapete verde que cubría la superficie de la mesa se veía un revoltijo de probetas graduadas, tubos de ensayo, condensadores, balanzas de precisión y dos extraños aparatos de cristal que recordaban generadores de gas.

Poiccart arrimó una silla a la mesa y levantó cautelosamente una taza metálica que había en un plato cubierto de agua. Manfred, mirando por encima del hombro de su amigo, comentó cuán consistente estaba el líquido que llenaba a medias el recipiente de metal. Poiccart hizo una inclinación, agradeciendo el comentario

como un cumplido.

—Sí —exclamó con satisfacción—, es un éxito rotundo. La fórmula es perfecta. Tal vez la necesitemos algún día.

Volvió la vasija a su baño y, metiendo una mano por debajo de la mesa, cogió de un cubo un puñado de hielo pulverizado, con el que rodeó cuidadosamente el recipiente.

—Considero esto como el *multum in parvo* de los explosivos —dijo, cogió uno de los frasquitos del estante, lo destapó y vertió unas gotas de un líquido blancuzco en la taza de metal.

—Esto neutraliza los componentes —aclaró Poiccart, exhalando un suspiro de alivio—. No soy nervioso, pero éste es el primer momento de tranquilidad que he tenido en estos dos últimos días.

—Uff… —se quejó Manfred, llevándose el pañuelo a la nariz—, huele a demonios.

Del vaso se elevaba una sutil voluta de humo.

—Nunca reparo en esos pormenores —replicó Poiccart al tiempo que introducía una varilla de cristal en el preparado. La sacó del vaso y examinó las rojizas gotitas que goteaban de su extremo.

—Todo está perfecto —declaró.

—¿Ya no es un explosivo? —quiso saber Manfred.

—Ahora es tan inofensivo como una taza de chocolate.

Poiccart limpió la varita con un paño, colocó el frasco en su sitio y se volvió hacia su compañero.

—¿Y ahora…?

Por toda respuesta, Manfred abrió una anticuada caja fuerte que había en un rincón de la estancia. De su interior extrajo una caja de madera pulimentada y, levantando la tapa, reveló su contenido.

—Si Terrí es tan hábil trabajador como dice, éste es el cebo que atraerá a sir Philip Ramón a su muerte —comentó.

Poiccart miró el contenido de la caja.

—Muy ingenioso —fue todo su comentario. Luego agregó—: ¿Sabe Terrí, o sospecha, el revuelo que todo esto ha levantado?

Manfred cerró la caja y la volvió a su lugar, antes de responder.

—¿Sabe acaso que él es el cuarto Hombre Justo?—preguntó, y añadió lentamente—: Creo que no…, lo cual es preferible. Mil libras son muchas pesetas, y además está lo del indulto… y la chica de Jerez —añadió pensativamente.



SMITH, EL PERIODISTA tuvo una brillante idea y fue con ella a su superior.

—No está mal —concedió el redactor jefe, lo que significaba que era una idea excelente—, no, señor, no está mal.

—Se me ocurrió —explicó el halagado periodista— que alguno de los cuatro podría ser un extranjero que no entienda una sola palabra de inglés.

—Cabe dentro de lo posible —asintió el redactor jefe—. Gracias por la sugerencia. La tendremos en cuenta esta noche.

Este diálogo explica que, en la edición del *Megaphone* de la mañana siguiente, apareciese la nota de la recompensa en francés, italiano, alemán… y español.

5. EL ULTRAJE AL «MEGAPHONE»

EL REDACTOR JEFE del *Megaphone*, al volver de cenar, se topó con el director del periódico en la escalera. El director, hombre de rostro juvenil, interrumpió sus cábalas sobre un nuevo proyecto (el *Megaphone* era la sede de los nuevos proyectos), y se interesó por el asunto de los Cuatro Hombres Justos.

—La excitación popular va en aumento —informó el redactor jefe—. La gente no habla de otra cosa que del próximo debate sobre el Acta de Extradición, y el Gobierno está adoptando todo género de medidas para prevenir un ataque a Ramón.

—¿Cuál es, no obstante, la creencia general?

El interrogado se encogió de hombros.

—En realidad, nadie cree que vaya a suceder nada, a pesar de la bomba.

El director, tras meditar unos instantes, preguntó de pronto:

—¿Qué piensas tú?

El redactor jefe se echó a reír.

—Pienso que nunca llevarán a cabo la amenaza; por esta vez, los cuatro han dado con un hueso duro de roer. Si no hubieran avisado a Ramón hubieran podido hacer algo, pero estando éste ya en guardia…

—Ya lo veremos —terminó el director, y se fue a su casa.

El redactor jefe, mientras subía por la escalera, se preguntó por cuánto tiempo los Cuatro serían noticia en su periódico, y casi deseó que realizaran el atentado, aunque resultase fallido, cosa que consideraba inevitable.

Su despacho estaba cerrado y a oscuras. Sacó la llave del bolsillo, la insertó en la cerradura, la hizo girar, abrió la puerta y entró.

—Me pregunto… —musitó, alargando la mano hacia el

interruptor de la luz…

Hubo un destello cegador y unas fugaces llamaradas, y el cuarto volvió a sumirse en la oscuridad.

Sobresaltado, salió al corredor y pidió a voces una luz.

—¡Que venga el electricista! —tronó—. ¡Se ha fundido uno de esos malditos plomos!

Una linterna reveló que la habitación estaba llena de un humo acre, y el electricista descubrió que habían sacado todas las bombillas de sus casquillos y las habían dejado sobre el escritorio.

De uno de los brazos de la lámpara pendía un fino alambre en espiral, a cuyo extremo había una cajita negra, de la que surgía el humo.

—Abrid las ventanas —ordenó el jefe de redacción.

Trajeron un cubo con agua y metieron cuidadosamente la cajita en él.

Fue entonces cuando el redactor jefe reparó en el sobre de color gris verdoso que yacía sobre la mesa. Lo cogió, le dio la vuelta, lo abrió y observó que la solapa todavía estaba húmeda.

> Distinguido señor (*decía la nota*):
>
> *Cuando encienda la luz este atardecer, probablemente se imaginará por un momento que es víctima de uno de esos «ultrajes» a que tanto le gusta referirse. Le debemos nuestras disculpas por las molestias que podamos haberle causado. La sustitución de una lámpara por un «enchufe» conectado a una pequeña carga de magnesio en polvo es el motivo de su desconcierto. Le rogamos crea que hubiera sido igual de sencillo conectar una carga de nitroglicerina, con lo que usted hubiese sido su propio verdugo. Hemos dispuesto esta artimaña como prueba de nuestra inflexible intención de cumplir nuestra promesa respecto al Acta de Extradición. No existe ningún poder en la tierra que pueda salvar a sir Philip Ramón de la destrucción, y le rogamos a usted, como controlador de un gran medio de difusión, que haga uso de su influencia para inclinar la balanza hacia el lado de la justicia, invocando a su Gobierno para que desapruebe una medida tan injusta, para que se salven no sólo las vidas de muchas personas inofensivas que han hallado un refugio en su país, sino también la vida de un ministro de la Corona, cuya única culpa, a nuestros ojos, es su*

celo en favor de una causa injusta.

(firmado) LOS CUATRO HOMBRES JUSTOS

—¡Uiu! —silbó el redactor jefe, pasándose un pañuelo por la frente y mirando la empapada caja que flotaba tranquilamente sobre el agua del cubo.

—¿Le ocurre algo, señor? —preguntó el electricista.

—Nada, nada —fue la seca respuesta—. Termine su trabajo, ponga esas bombillas en su sitio y váyase.

El obrero, picado por la curiosidad, contempló la flotante caja y el pedazo de alambre.

—Esto es algo raro, señor— comentó—. Si quiere saber mi opinión…

—No le he pedido su opinión. Acabe su trabajo y márchese —le atajó el redactor jefe del Megaphone.

—Le ruego que me perdone; no quería molestarlo —se disculpó humildemente el artesano.

MEDIA HORA DESPUES, el redactor jefe del Megaphone estaba discutiendo la situación con Welby.

Welby, que era el más destacado corresponsal extranjero en Londres, sonrió amablemente y confesó su asombro.

—Siempre he creído que esos tipos hablan en serio —afirmó con entusiasmo—. Es más, tengo el pleno convencimiento de que cumplirán su promesa. Cuando estuve en Génova —Welby obtenía mucha de su información de primera mano—. ¿O fue en Sofía?…, conocí a un sujeto que me habló del caso Trelovitch. El general Trelovitch era uno de los que asesinaron al rey de Servia[28], como tú recordarás.

Bien, una noche salió de su cuartel para asistir al teatro… Aquella misma noche lo hallaron muerto en una plaza pública con una espada atravesándole el corazón. En aquel caso hubo dos detalles dignos de mención —el corresponsal del extranjero los indicó con los dedos—. Primero, el general asesinado era un notable espadachín, y todas las evidencias mostraban que no lo habían matado a sangre fría, sino en un duelo; segundo, el muerto llevaba un corsé, como suelen llevarlo muchos militares agermanados, y uno de sus atacantes reparó en el hecho, seguramente al propinarle una estocada, y le obligó a quitárselo;

sea como sea, lo cierto es que hallaron dicha prenda muy cerca del cadáver.

—¿Se supo por entonces que aquello era obra de los Cuatro? —inquirió el redactor jefe.

Welby negó con la cabeza.

—Ni siquiera yo tenía idea entonces de que existieran. ¿Y tú qué has hecho después del susto que te llevaste?

—He interrogado a los porteros, a los botones y a cuantos estaban de servicio en aquellos momentos, pero la llegada y la marcha de nuestro misterioso amigo (no creo que fuera más de uno) sigue sin explicación. La verdad es, Welby, que estoy bastante desorientado. La goma del sobre todavía estaba húmeda. La carta debió de ser escrita dentro del edificio y metida en el sobre momentos antes de entrar yo en mi despacho.

—¿Estaban abiertas las ventanas?

—No; las tres estaban cerradas con pestillo, y hubiera sido imposible penetrar en la habitación por ese medio.

EL DETECTIVE QUE SE PRESENTO para obtener un informe de las circunstancias del caso fue de la misma opinión.

—La persona que dejó la nota debió de salir de esta habitación como mucho un minuto antes de llegar usted —concluyó, y se hizo cargo de la carta.

Siendo un detective joven y entusiasta, antes de dar por terminada la investigación efectuó un registro sumamente meticuloso de la estancia, levantando alfombras, golpeando paredes, inspeccionando armarios y tomando laboriosas e innecesarias medidas con una regla graduada.

—Muchos policías se burlan de las historias de detectives —explicó al divertido redactor jefe—, pero yo he leído todas las obras de Gaboriau y Conan Doyle[29], y creo en la observación de los pequeños detalles. No halló ceniza de cigarrillos o algo por el estilo, ¿verdad? —preguntó anhelosamente.

—Siento decirle que no —dijo el jefe de redacción gravemente.

—Lástima —se condolió el detective, y tras envolver la «máquina infernal» y el alambre, se despidió.

Poco después el redactor jefe comunicó a Welby que el discípulo de Holmes había dedicado media hora a examinar el suelo con su magnífica lupa.

—Encontró medio soberano que perdí hace semanas. No hay mal que por bien no venga.

Nadie se enteró en toda la tarde de lo ocurrido en el despacho del jefe de redacción, a excepción de éste y Welby. Hubo cierto rumor en el departamento de los redactores, referente a un pequeño incidente ocurrido en el *sancta sanctorum.*

—Al jefe se le fundió un plomo en su despacho y se llevó un susto de aúpa —anunció el periodista que se cuidaba de las listas de embarque.

—Pues a mí —dijo el experto en climatología, levantando la vista de su mapa del tiempo— también me ha ocurrido algo parecido. Una de estas noches…

El redactor jefe había dirigido unas firmes palabras al detective antes de la marcha de éste.

—Sólo usted y yo conocemos lo sucedido aquí, de modo que si se filtra la noticia sabré que es culpa de Scotland Yard.

—Le aseguro que nadie sabrá nada por boca nuestra —repuso el detective—. Ya estamos metidos en aguas demasiado calientes.

—Está bien —aprobó el jefe de redactores, pero aquel «está bien» sonó como una amenaza.

Así que Welby y el redactor jefe guardaron secreto el incidente hasta media hora antes de que el periódico entrara en prensa.

Este proceder puede extrañar al profano, mas la experiencia ha demostrado a la mayoría de quienes controlan los periódicos que las noticias tienen una malhadada tendencia a filtrarse al exterior antes de ser publicadas.

Se sabe de linotipistas avarientos «pues hasta los linotipistas pueden ser avarientos) que han obtenido copias de importantes noticias en exclusiva y las han arrojado por una oportuna ventana, haciéndolas caer junto a un paciente individuo que está al acecho en la calle y que sin dilación corre a la redacción de un diario rival, vendiendo la noticia por más de su peso en oro.

Pero a las once y media de la noche, la colmena del *Megaphone* empezó a zumbar, siendo entonces cuando los redactores supieron lo del «ultraje».

Fue una gran noticia, otro triunfo en exclusiva del *Megaphone*, cuyos titulares, que llenaban media página, decían:

OTRA VEZ LOS CUATRO HOMBRES JUSTOS

ASALTO EN LA REDACCION DEL «MEGAPHONE»
INGENIO DIABOLICO

Otra carta amenazadora. Los Cuatro cumplirán su promesa. Un documento sensacional. ¿Podrá la policía salvar a sir Philip Ramón?

—Sí, una excelente noticia —afirmó el jefe de redacción, complacido al leer las pruebas.

Estaba ya a punto de marcharse y conversaba con Welby junto a la puerta.

—No está mal —concedió el exigente corresponsal extranjero—. Pero opino que… ¡Hola!

El saludo iba dirigido a un botones que acompañaba a un desconocido.

—Este caballero desea hablar con alguien, señor… Está algo excitado, de modo que lo he dejado pasar. Es extranjero y no entiendo lo que dice…, así que se lo traigo a ustedes.

—¿Qué desea usted? —inquirió el redactor jefe en francés.

El desconocido hizo un gesto negativo con la cabeza, y pronunció unas palabras en otro idioma.

—Ah…, español —sonrió Welby—. Bien, ¿qué desea? —inquirió en dicho idioma.

—¿Es ésta la redacción de este periódico? —preguntó el español, exhibiendo un ajado ejemplar del *Megaphone.*

—Sí.

—¿Podría hablar con el jefe.

El redactor jefe miró al recién llegado con manifiesta desconfianza.

—Yo soy el jefe.

El desconocido miró hacia atrás por encima del hombro y luego se inclinó hacia adelante.

—Yo soy uno de los Cuatro Hombres Justos —declaró en tono titubeante.

Welby dio un paso hacia él y escrutó su rostro atentamente.

—¿Cómo se llama?

—Miguel Terrí, de Jerez —aclaró el desconocido.

ERAN LAS DIEZ Y MEDIA cuando, de regreso de un concierto, la berlina que conducía a Poiccart y a Manfred hacia el oeste de Londres cruzó la plaza de Hannover y dobló hacia Oxford Street.

Decía Manfred a su amigo:

—Una vez asegurado, mediante cualquier inocente consulta telefónica, de que el redactor jefe está ausente, entras en el edificio y preguntas por él. Te dirán que no está y tú insistirás en ver a alguien de las oficinas. Te guiarán hasta éstas… Expones tu caso con brevedad a cualquiera. Lo sentirán mucho, pero no podrán ayudarte. Son muy amables, pero no hasta el extremo de acompañarte a la salida, por lo que, haciéndote el despistado en busca de ésta, llegas hasta el despacho del redactor jefe y, tras cerciorarte de que no está, te escurres dentro, dispones todo según lo convenido, sales dejando la puerta cerrada en caso de que no haya nadie por allí, o despidiéndote en voz alta de un ocupante imaginario si alguien te ve… y *voilà*!

Poiccart mordió la punta de su cigarro.

—Emplea para el sobre una goma que no se seque antes de una hora o así, y eso aumentará el misterio —dijo calmosamente, y Manfred se mostró muy divertido.

—El sobre recién cerrado es un cebo irresistible para cualquier detective inglés —asintió.

El coche dejó Oxford Street para internarse en Edgware Road, y Manfred abrió la puertecita que los separaba del conductor.

—Nos apearemos aquí —indicó, y el hombre acercó el vehículo a la acera.

—Pensé que habían dicho Pembridge Gardens… —observó cuando Manfred abonaba el trayecto.

—Así fue —afirmó Manfred—. Buenas noches.

Se quedaron charlando en la acera hasta que el coche desapareció, y entonces volvieron sus pasos hacia Marble Arch, cruzaron hasta Park Lane, recorrieron aquella plutocrática calle y doblaron por Piccadilly. Cerca del Circus hallaron un restaurante con un mostrador largo y muchos pequeños reservados con mesas de mármol, en torno a las cuales había diversos clientes bebiendo, fumando y hablando. En uno de los reservados estaba González, solo, fumando un largo cigarrillo, con una expresión meditativa en su expresivo y bien rasurado rostro.

Al verlo, ninguno de los recién llegados evidenció el menor

signo de sorpresa…, si bien el corazón de Manfred se saltó un latido y las pálidas mejillas de Poiccart dejaron afluir dos manchas encarnadas.

Tomaron asiento, vino un camarero, pidieron unas consumiciones y, cuando el camarero se hubo alejado, Manfred preguntó en voz baja:

—¿Dónde está Terrí?

León hizo un ligerísimo encogimiento de hombros.

—Terrí se ha escapado —explicó calmosamente.

Durante un largo minuto ninguno habló.

—Esta mañana, antes de iros vosotros —prosiguió León González—, le entregasteis varios periódicos, ¿verdad?

—Eran ingleses —asintió Manfred—. Terrí no entiende ni una palabra de inglés, pero había unas fotografías y pensé que podía distraerse mirándolas.

—Y entre aquellos periódicos estaba el *Megaphone*, ¿verdad?

—Sí…, ¡claro! —recordó Manfred de repente.

—La oferta de la recompensa, junto con el anuncio del indulto, estaban impresos en español.

Manfred tenía la mirada perdida en el vacío.

—Sí, lo recuerdo —asintió lentamente—. Lo leí después.

—Fue muy ingenioso —comentó Poiccart aprobadoramente.

—Noté que estaba bastante excitado, pero lo achaqué a lo que le habíamos contado anoche sobre el método que hemos adoptado para eliminar a Ramón y al papel que le hemos asignado en el asunto.

León varió de tema al ver aproximarse al camarero con los refrescos.

—Es inconcebible que un caballo en el que se apuesta tanto dinero no haya sido enviado a Inglaterra al menos con un mes de antelación.

—Nunca se ha oído que se haga pasar la cuarentena al caballo favorito de una gran carrera —repuso Manfred severamente.

El camarero se alejó.

—Esta tarde salimos a dar el acostumbrado paseo —prosiguió González— y llegamos a Regent Street. Terrí se detenía cada pocos segundos para mirar los escaparates. De repente, estando parados ante el escaparate de un establecimiento fotográfico…, lo eché de

menos. Había cientos de personas en la calle, pero no se veía a Terrí… He estado buscándolo desde entonces.

León dio un sorbo a su bebida y consultó su reloj.

Sus dos compañeros no hicieron ni dijeron nada.

Un observador minucioso, no obstante, habría visto que las manos de Poiccart y de Manfred se elevaban hacia el botón superior de sus chaquetas[30].

—Quizá no sea para tanto —sonrió González.

Por fin, Manfred habló.

—Toda la culpa es mía —comenzó, pero calló ante un ademán de Poiccart.

—Si alguna culpa existe, yo estoy completamente exento de ella, ¿no es cierto?—dijo, y soltó una breve carcajada—. No, George, es demasiado tarde para hablar de culpas. Hemos subestimado la astucia del español, la eficiencia de los periodistas ingleses y…, y…

—…y nos olvidamos de la chica de Jerez —concluyó León.

TRANSCURRIERON CINCO MINUTOS en silencio, cada cual embebido en sus pensamientos.

—Tengo un automóvil no lejos de aquí —expresó González al cabo—. Vosotros me citasteis aquí a Las once; la lancha está en Burnham-on-Crouch… Podemos estar en Francia al amanecer.

—¿Cuál es tu opinión personal? —preguntó Manfred, mirándolo fijo a los ojos.

—Debemos quedarnos y terminar el trabajo —declaró León.

—Opino lo mismo —manifestó Poiccart con resolución.

Manfred llamó al camarero.

—¿Tiene la última edición de los diarios de la tarde?

El camarero respondió que podría conseguirlos. Volvió con dos periódicos.

Manfred repasó las páginas atentamente, y dejó los ejemplares a un lado.

—En éstos no hay nada —anunció—. Si Terrí ha acudido a la policía, tendremos que escondernos e idear otro método para el ataque, o bien atacar ahora mismo. Al fin y al cabo, Terrí nos ha dicho todo lo que necesitábamos saber, pero…

—Eso sería injusto para Ramón —fue Poiccart el que concluyó

la frase, en un tono que ponía fin brusco a aquella posibilidad—. Todavía le quedan dos días de plazo, y aún ha de recibir una última advertencia.

—Entonces es preciso encontrar a Terrí.

Fue Manfred quien habló, y a continuación se puso de pie, siendo imitado por Poiccart y González.

—Si Terrí no ha acudido a la policía…, ¿adonde ha ido?

La entonación con que León formuló la pregunta sugería ya la respuesta.

—A la redacción del periódico que publicó el anuncio en español —respondió Manfred, e instintivamente los tres hombres supieron que ésta era la solución correcta.

—Tu automóvil nos será útil —observó Manfred, y los tres salieron del bar.

EN EL DESPACHO DEL REDACTOR JEFE, Terrí se hallaba frente a los dos periodistas.

—¿Terrí?—repitió Welby—. No me suena ese apellido. ¿De dónde viene usted? ¿Dónde vive?

—Vengo de Jerez, en Andalucía; de las bodegas de Sieno.

—No pregunto eso —le interrumpió Welby—. De dónde viene ahora, de qué parte de Londres.

Terrí levantó las manos desesperadamente.

—¿Cómo puedo saberlo? Hay tantas calles, tantas casas, tanta gente… Bueno, vivo aquí en Londres, y tenía que matar a un hombre, a un ministro, porque ha hecho una ley muy mala… Ellos no me dijeron…

—¿Ellos? ¿Quiénes? —preguntó ávidamente el redactor jefe.

—Los otros tres.

—¿Sus nombres?

Terrí dirigió una mirada suspicaz a su inquisidor.

—Hay una recompensa —gruñó—, y un perdón. Quiero tener ambas cosas antes de decir…

El redactor jefe pasó detrás de su escritorio.

—Si usted es uno de los Cuatro tendrá la recompensa… y ahora mismo una parte de ella.

Pulsó un timbre y se presentó un botones.

—Ve a la sala de composición y dile al jefe de la imprenta que

no deje marchar a ninguno de sus empleados hasta que yo dé la orden.

Abajo, en el sótano, las rotativas atronaban el espacio, haciendo volar las primeras noticias de la edición matutina.

—Ahora… —el redactor jefe se volvió hacia Terrí, que, inquieto, cambiaba constantemente su postura sobre los pies—, ahora, cuente todo cuanto sepa.

Terrí no respondió, manteniendo los ojos fijos en el suelo.

—Hay una recompensa y un perdón —musitó tercamente.

—¡Basta!—le atajó Welby—. Recibirá la recompensa y también el perdón. Vamos, diga de una vez, ¿quiénes son los Cuatro Hombres Justos, quiénes son los otros tres? ¿Dónde se los puede encontrar?

—Aquí —resonó una voz a sus espaldas; y Welby se volvió en el instante en que un desconocido, tras cerrar la puerta, se encaraba con los tres hombres…, un desconocido vestido de smoking y enmascarado hasta la barbilla.

En la mano, que colgaba a un costado, había un revólver.

—Yo soy uno de ellos —precisó con tranquilidad—. Hay otros dos aguardando fuera de este edificio.

—¿Cómo ha logrado llegar hasta aquí?… ¿Qué es lo que se propone? —demandó el redactor jefe al tiempo que alargaba la mano hacia un cajón abierto del escritorio.

—Aparte la mano de ahí —y el fino cañón del revólver se levantó con una sacudida—. Cómo llegué hasta aquí, el portero se lo explicará cuando recobre el conocimiento. El motivo de mi visita es que deseo salvar mi vida…, deseo bastante razonable. Si Terrí habla, es posible que yo sea hombre muerto… y por lo tanto estoy decidido a impedir que hable. No tengo nada contra ustedes, caballeros, pero si alguno me hace frente lo mataré —estableció sin ambages.

Habíase expresado en inglés. Terrí, con los ojos desmesuradamente abiertos y la nariz aleteante, se acurrucó contra la pared, respirando aceleradamente.

—Tú —continuó el enmascarado, dirigiéndose en español al aterrado delator— hubieras traicionado a tus camaradas… Hubieras destruido un noble propósito. Por tanto, es justo que mueras.

Levantó el arma a la altura del pecho de Terrí, quien cayó de

rodillas, articulando a duras penas una plegaria.

—¡Dios mío…, no! ¡No! —gritó el redactor jefe, saltando hacia adelante.

El revólver se volvió hacia él.

—Caballero —dijo el desconocido, y su voz se ahogó hasta ser casi un susurro—, por el amor de Dios, no me obligue a matarle a usted.

—Usted no cometerá un asesinato a sangre fría —exclamó el jefe de redacción, blanco de ira, avanzando un paso más. Welby lo contuvo.

—¿Qué vas a adelantar?—preguntó el corresponsal en voz baja —; él está resuelto a hacerlo… No podemos hacer nada.

—Pueden hacer algo —replicó el desconocido, dejando caer a un lado el brazo que sostenía el revólver.

Hubo una llamada a la puerta.

—Digan que están ocupados —y el revólver apuntó a Terrí, que era una sollozante, temblorosa mole junto a la pared.

—No interrumpan ahora —voceó el redactor jefe—. Estoy ocupado.

—Las rotativas esperan —informó la voz del botones.

—Y ahora —dijo el redactor jefe cuando los pasos del muchacho se hubieron alejado—, ¿qué podemos hacer?

—Pueden salvar la vida de este hombre.

—¿Cómo?

—Dándome su palabra de honor de que nos dejarán marchar a los dos, y que no darán ninguna voz de alarma ni saldrán de este despacho antes de un cuarto de hora.

El redactor jefe titubeó.



—¿Cómo sabremos que no cometerá usted el asesinato tan pronto como estén fuera de aquí?

El otro rio bajo su máscara.

—¿Cómo puedo saber que tan pronto como salgamos de esta habitación no pedirán socorro?

—Yo le daría mi palabra —respondió firmemente el jefe de redactores.

—Y yo la mía —fue la tranquila réplica—. Y jamás he faltado a ella.

EL REDACTOR JEFE luchaba consigo mismo. En sus manos tenía la noticia más sensacional en lo que iba de siglo. Un minuto más, y le habrían sacado a Terrí el secreto de los Cuatro.

Incluso ahora, un movimiento atrevido podría salvarlo todo… y las rotativas esperaban…, pero la mano que empuñaba el revólver era la mano de un hombre resuelto, y el redactor jefe cedió.

—Accedo…, pero con mi más firme protesta —advirtió—. Y le

prevengo que su arresto y su castigo serán inevitables.

—Siento —objetó el enmascarado haciendo una ligera reverencia— no compartir su opinión… Nada es inevitable, salvo la muerte. Vamos, Terrí —añadió, en español—. Te doy mi palabra de caballero de que no te haré ningún daño.

Terrí vaciló y, de pronto, avanzó hacia la puerta, cabizbajo y con la mirada fija en el suelo.

El enmascarado abrió la puerta unos centímetros, prestó atención, y en aquel momento el redactor jefe tuvo la inspiración de su vida.

—Oiga —dijo apresuradamente, dejando que el periodista se impusiera al hombre—, cuando lleguen a su domicilio, ¿,será tan amable de escribirnos un artículo sobre ustedes? No es necesario que nos dé detalles incriminatorios, ya sabe… Algo respecto a sus aspiraciones… a su *raison d'être.*

—Caballero —respondió el enmascarado, y en su voz había una nota de admiración—, reconozco en usted a un artista. El artículo será entregado mañana.

Tras abrir la puerta, los dos hombres salieron al oscuro pasillo.

6. LAS PISTAS

CARTELES DE COLOR ROJO sangre, enronquecidos vendedores de periódicos, arrolladores titulares y columna tras columna de letra impresa dijeron al mundo, al día siguiente, cuán cerca habían estado los Cuatro de ser capturados. Los pasajeros de los trenes se inclinaban hacia los periódicos que sostenían sobre sus rodillas, comentando lo que habrían hecho de estar en el lugar del redactor jefe del Megaphone. La gente dejó de hablar de guerras, de hambres, de sequías, de accidentes de tráfico, de política, de los crímenes ordinarios de cada día y del emperador alemán, para dedicar su atención al tema del momento. ¿Cumplirían los Cuatro Hombres Justos su promesa y asesinarían al día siguiente al ministro de Asuntos Exteriores?

No se hablaba de otra cosa. Nada menos que un asesinato anunciado hacía un mes y que, a menos que ocurriese algún imprevisto, iba a cometerse al día siguiente.

No era de extrañar, pues, que la prensa de Londres dedicase su mayor espacio a discutir la aparición de Terrí y su recaptura.

«… no resulta muy fácil de comprender», decía el Telegram, «por qué, teniendo a esos canallas en sus manos, ciertos periodistas relacionados con un sensacional colega de medio penique les permitieron irse en libertad para que puedan llevar a cabo sus malvados designios contra un ilustre hombre de Estado cuya intachable… Empleamos el término condicional si debido a que, desafortunadamente, en estos días de periodismo barato, no pueden aceptarse sin reservas todas las noticias emanadas del sanctasanctórum de esos amantes del sensacionalismo; por tanto, afirmamos que si, como se ha asegurado, esos forajidos visitaron realmente la redacción de un colega en la noche de ayer…»

A mediodía, Scotland Yard hizo circular ampliamente una nota

apresuradamente impresa:

MIL LIBRAS DE RECOMPENSA

> *SE BUSCA, por sospecharse que está relacionado con una organización criminal conocida como «Los Cuatro Hombres Justos», a MIGUEL TERRI, alias SAIMONT, alias EL CHICO, natural de Jerez, España; un español que no habla inglés. Estatura, un metro setenta y tres. Ojos pardos, cabello rubio, bigote ligeramente moreno, cara ancha. Señales: cicatriz blanca en una mejilla, antigua cuchillada en el tórax. Figura rechoncha.*
>
> *La mencionada recompensa se dará a cualquier persona o personas que faciliten información conducente a la identificación y captura del llamado Terrí y de la banda conocida como «Los Cuatro Hombres Justos».*

De lo cual podemos inferir que, actuando de acuerdo con la información proporcionada por el redactor jefe y su ayudante a las dos de la madrugada, el Cable Directo con España estuvo muy ocupado. Se obligó a saltar de sus camas a importantes personajes de Madrid, y el historial de Terrí, según estaba archivado en el Departamento, fue reconstruido gracias a los registros de sus casilleros en beneficio de un enérgico comisario de Policía.

Sir Philip Ramón, que estaba escribiendo en su despacho de Portland Place, encontraba difícil concentrarse en la carta que tenía ante él.

Era una misiva dirigida a su agente de Branfell, la inmensa finca donde, en los años en que no se dedicaba a la política, hacía vida de hacendado.

Sir Philip no tenía esposa, ni prometida ni hijos.

«… Si por algún azar esos hombres lograsen su propósito, ya me he ocupado ampliamente no sólo de usted, sino de todos los que me han prestado sus fieles servicios», escribía, de lo cual puede inferirse el tono de la carta.

DURANTE LAS ULTIMAS SEMANAS, los sentimientos de Sir Philip hacia las posibles consecuencias de su proceder habían experimentado un cambio.

La irritación por el constante espionaje, amistoso por una parte, amenazador por otra, habían engendrado en él un resentimiento tan amargo que todos sus temores se habían disipado. Su mente estaba poseída de la inquebrantable determinación de llevar a término la medida que tenía entre manos, de desbaratar los propósitos de los Cuatro Hombres Justos y de vindicar la integridad de un ministro de la Corona. «Sería absurdo», escribió

en un artículo titulado «Individualismo y Servicio Público», inserto unos meses más tarde en la Quaterly Review, «sería monstruoso suponer que la crítica incidental procedente de una fuente carente totalmente de autoridad pueda afectar, o de algún modo, influir, a un miembro del Gobierno en su concepto de la legislación necesaria para los millones de ciudadanos confiados a su tutela. Él es el instrumento, debidamente elegido, para poner en forma tangible los deseos y los anhelos de quienes naturalmente vuelven su mirada hacia él esperando, no sólo que provea los medios y los métodos que mejoren sus condiciones de vida, o que aligere las restricciones impuestas a las relaciones del comercio internacional, sino que ofrezca protección contra los riesgos que pueden comportar otras necesidades vitales, aparte de las comerciales… En tal caso, un ministro de la Corona que se precie debidamente de sus responsabilidades, deja de existir como hombre para pasar a ser un mero autómata despojado del factor humano».

Sir Philip Ramón tenía muy pocos amigos. No poseía ninguna de las cualidades que tornan popular a un hombre. Era un individuo honrado, consciente, fuerte. Era la criatura de sangre fría, cínica, que una existencia desprovista de amor había hecho de él. No tenía entusiasmo alguno… ni inspiraba ninguno. Cuando estaba persuadido de que un proceder era menos erróneo que cualquier otro, lo adoptaba. Satisfecho con que una medida era beneficiosa a la corta o a la larga para sus semejantes, la defendía contra viento y marea hasta su resultado final. Podía decirse de él que no tenía ambiciones… solamente objetivos. Era el miembro peligroso del Gabinete, al que dominaba con mano maestra, pues ignoraba el significado de la bendita palabra «compromiso».

Si tenía alguna opinión sobre cualquier materia bajo el sol, esa opinión había de ser necesariamente la de sus colegas.

Cuatro veces, en la breve historia de su administración, los titulares «Se rumorea la dimisión de un ministro del Gabinete» habían llenado los tablones de los periódicos, y cada vez, el

ministro cuya dimisión fue finalmente aceptada había sido el miembro cuyos puntos de vista habían chocado con los del ministro de Asuntos Exteriores. Tanto en las cosas pequeñas como en las grandes tenía sus propios criterios.

Se había negado por completo a ocupar su residencia oficial, y el número 44 de Downing Street se convirtió en mitad oficina, mitad palacio. Su hogar era la casa de Portland Place, y de allí salía en coche todas las mañanas, pasando por delante del reloj de la Guardia Montada cuando éste daba la última campanada de las diez.

Un teléfono privado conectaba su despacho de Portland Place con la residencia oficial, siendo éste todo su contacto con la casa de Downing Street, la ocupación de la cual había constituido la ambición de los más destacados representantes de su partido.

Ahora, no obstante, al aproximarse el día en que habían de verse los resultados de todos sus esfuerzos, la Policía insistió en que trasladase su residencia a Downing Street.

Aquí, decían, la tarea de proteger al ministro se simplificaría. Conocían bien el número 44 de dicha calle. Podrían vigilar mejor sus cercanías y, además, el trayecto (¡peligroso trayecto!) entre Portland Place y Asuntos Exteriores quedaría eliminado.

Costó muchas presiones y súplicas inducir a sir Philip a dar incluso este paso, y sólo cedió cuando se le aseguró que la vigilancia a que estaba sujeto le resultaría menos perceptible.

—A usted no le gusta hallar a mis hombres al otro lado de la puerta cuando se está afeitando —dijo el superintendente Falmouth en tono contundente—. Puso usted objeciones a la presencia de uno de mis muchachos en su cuarto de aseo la otra mañana, y se quejó por tener que soportar la presencia de un detective de paisano en su coche… Bien, sir Philip, le prometo que en Downing Street ni siquiera los verá.

Esto puso punto y final a las argumentaciones.

Hasta justamente antes de abandonar Portland Place para ocupar su nueva residencia no se sentó a escribir a su agente, mientras el superintendente esperaba en el antedespacho.

El teléfono situado junto al codo de sir Philip emitió un suave zumbido (odiaba los timbres), y la voz de su secretario particular le preguntó con cierta ansiedad cuánto tardaría aún.

—Tenemos sesenta agentes de servicio en el 44 —prosiguió el

joven y eficiente secretario—, y hoy y mañana estaremos… —y sir Philip escuchó con creciente impaciencia el recital.

—Me maravilla que no haya adquirido una caja de caudales para encerrarme dentro —rezongó, poniendo término a la conversación.

Hubo una llamada a la puerta y Falmouth asomó la cabeza.

—No quiero meterle prisa, señor —murmuró—, pero…

El ministro del Exterior se marchó a Downing Street con algo notablemente parecido a la cólera. Pues no estaba habituado a que le metieran prisas, o a que lo cuidasen, ni a recibir órdenes a diestro y siniestro. Aún le irritó más el ver a los ya familiares ciclistas a cada lado del coche y el reconocer cada pocos metros a un obvio policía de paisano admirando las vistas de la acera; y cuando llegó a Downing Street y vio que impedían el paso a todos los carruajes menos al suyo y que se había congregado una enorme multitud de morbosos mirones para aclamarlo a la entrada, se sintió como nunca en su vida se había sentido… humillado.

Halló a su secretario esperándolo en su despacho privado, provisto del esquema del discurso de introducción a la segunda lectura del Acta de Extradición.

—Estamos completamente seguros de que la Oposición ofrecerá una gran resistencia —informó el secretario—, pero Mainland ha hecho una llamada especial a todos los nuestros, y espera conseguir una mayoría de treinta y seis… como mínimo.

Ramón repasó las notas y las encontró confortantes. Le devolvían la vieja sensación de seguridad e importancia. Al fin y al cabo, él era un gran ministro del Estado. Desde luego, aquellas amenazas eran absurdas por completo (la Policía era la culpable del revuelo armado; y, por supuesto, la prensa). Sí, eso es lo que había sido todo… un espejismo sensacionalista de los periódicos.

Había algo optimista, algo casi cordial, en su semblante, cuando se volvió con media sonrisa hacia su secretario.

—Bien, ¿qué se sabe de mis desconocidos amigos…, como se llaman a sí mismos los muy canallas… los Cuatro Hombres Justos?

Aunque así hablara, estaba interpretando un papel. No había olvidado aquella denominación, que no se apartaba de su mente ni de día ni de noche.

El secretario titubeó. Entre su superior y él, los Cuatro Hombres Justos habían sido hasta entonces un tema tabú.

—Oh… no hemos oído de ellos mucho más de lo que usted haya podido leer —respondió en tono inseguro el secretario—. Sí, se sabe ya quién es Terrí, mas no se ha conseguido localizar a sus tres compañeros.

El ministro frunció los labios.

—Me conceden hasta mañana por la noche para retractarme —declaró.

—¿Ha vuelto a tener noticias suyas?

—La más breve de las notas —informó sir Philip con ligereza.

—¿Y en caso de que no se retracte…?

—Cumplirán su promesa —respondió sir Philip lacónicamente, pues la expresión «Y en caso de que no se retracte…» le había transmitido al corazón un frío cuya razón no acababa de comprender.

EN LA HABITACION DE ARRIBA del taller de Carnaby Street, Terrí, sumiso, hosco, temeroso, estaba sentado frente a los Tres.

—Quiero que entiendas claramente—decía Manfred— que no te guardamos rencor por lo que has hecho. Opino, y lo mismo opina el señor Poiccart, que el señor González hizo bien en respetar tu vida y volver a traerte con nosotros.

Terrí bajó la mirada ante la sonrisa semifestiva del hablante.

—Mañana por la noche harás lo que acordamos hacer… si todavía sigue siendo necesario. Después, te irás..; —calló.

—¿Adónde? —exigió Terrí, súbitamente encolerizado—. ¿Adónde, en nombre del Cielo? Les he dicho mi nombre y sabrán quién soy sólo con escribir a la Policía española. ¿Adónde podré ir?

Se incorporó de un salto, lanzando a los tres una mirada asesina. Sus manos temblaban de rabia, y su sólido esqueleto estaba siendo sacudido por la intensidad de su ira.

—Tú mismo te has traicionado —replicó Manfred en voz baja—, y ése es tu castigo. Pero nosotros encontraremos un sitio para ti, una nueva España bajo otro firmamento…, donde te estará aguardando la chica de Jerez.

Terrí paseó su mirada suspicazmente de uno a otro. ¿Se estarían divirtiendo a su costa?

No había sonrisas en sus rostros. González lo miraba con ojos inquisitivos y penetrantes, como si hubiese visto algún significado oculto en sus palabras.

—¿Lo juran? —preguntó Terrí roncamente—. ¿Lo juran por el…?

—Te lo prometo… y si quieres, lo juraré —le interrumpió Manfred—. Y ahora —prosiguió, cambiando la voz—, ¿sabes ya lo que se espera de ti mañana por la noche…, sabes lo que tienes que hacer?

Terrí asintió.

—No ha de haber ninguna pega…, ningún fallo. Tú, yo, Poiccart y González mataremos a ese hombre injusto de un modo que el mundo no puede sospechar… Una ejecución tal que asombrará a la humanidad. Una muerte rápida, una muerte segura, una muerte que se deslizará a través de estrechas hendiduras, que pasará junto a los guardianes sin ser vista. Ah, nunca se ha hecho nada semejante sobre la faz de la Tierra, nada que… —se detuvo en seco, encendidas las mejillas y encandilados los ojos, y se encontró con la mirada de sus dos compañeros. Poiccart, impasible, semejante a una esfinge; León, interesado y analítico. La cara de Manfred adquirió un matiz más pálido.

—Lo siento —murmuró casi con humildad—. Por un momento he olvidado la causa y el fin, debido a lo ingenioso del método.

Alzó una mano en son de disculpa.

—Es comprensible —razonó Poiccart con gravedad.

León presionó amistosamente el brazo de Manfred.

Durante un momento guardaron un silencio embarazoso, que rompió Manfred echándose a reír.

—¡Manos a la obra! —exclamó, y encabezó el grupo en dirección al improvisado laboratorio.

UNA VEZ DENTRO, Terrí se despojó de la chaqueta. Ahora estaba en su terreno, y, dejando de ser el prisionero acobardado, pasó a tomar la iniciativa del grupo, dirigiendo a los otros, dando instrucciones e impartiendo órdenes hasta ganarse a los hombres que, minutos antes, le causaban tan intenso terror.

Quedaba mucho por hacer, mucho que ensayar, mucho que calcular, muchas pequeñas sumas que trazar en el papel, pues en el asesinato de sir Philip Ramón intervendrían al servicio de los Cuatro los recursos de la ciencia.

—Voy a inspeccionar la zona —manifestó de repente Manfred, y, tras desaparecer por el estudio, volvió con una escala de madera.

La desplegó en el lóbrego pasillo y ascendió ágilmente. Empujó una trampilla que daba paso al tejado del edificio.

Se izó con cuidado, reptó por la plomiza superficie y, poniéndose de pie cautelosamente, se asomó sobre el bajo parapeto.

Se hallaba en el centro de un círculo de casi un kilómetro de radio, compuesto de tejados irregulares. Más allá de la circunferencia de su horizonte, Londres surgía cual lúgubre aparición a través del humo y la niebla. Abajo, la calle estaba muy frecuentada. Manfred inspeccionó velozmente el tejado con sus chimeneas, su poco ornamental poste de telégrafo, su suelo plomizo y sus canalones oxidados; después, por medio de unos prismáticos de campaña, examinó larga y concienzudamente la vista hacia el sur. Volvió a arrastrarse hacia la trampilla, la levantó, y fue dejándose caer con sumo cuidado hasta que sus pies tocaron el último peldaño de la escalera. Luego descendió rápidamente, dejando cerrada la trampilla.

—¿Y qué…? —preguntó Terrí con cierta nota triunfal en la voz.

—Veo que lo has clasificado bien —concedió Manfred.

—Es mejor así…, puesto que trabajaremos en la oscuridad —explicó Terrí.

—¿Viste entonces…? —comenzó Poiccart.

Manfred asintió.

—Muy borrosamente… Las Casas del Parlamento sólo se divisan vagamente, y Downing Street parece un amasijo de tejados.

Terrí había vuelto a la tarea que estaba reclamando su atención. Fuese cual fuese su oficio, era un trabajador diestro.

De algún modo sentía la necesidad de ofrecer a aquellos hombres lo mejor de sí mismo. En los días pasados habíase visto forzado a reconocer la superioridad de ellos, y ahora sentía el afán de hacer valer su destreza, su individualidad, y de ganarse la estima de unos individuos que le habían hecho sentir su pequeñez.

Manfred y los otros dos se mantenían apartados de Terrí, observándolo en silencio. León, con expresión perpleja, mantenía sus ojos fijos en el rostro del trabajador. El, el científico, el fisiognomista (su traducción de la *Fisiognomía* de Lequetius era estimada como la más pulcra), intentaba reconciliar la imagen del criminal con la del artesano.

Terrí no tardó mucho en finalizar su labor.

—Todo listo —anunció con una abierta sonrisa de satisfacción —. Dejen que encuentre a su ministro del Exterior, concédanme un minuto de charla con él, y al minuto siguiente es hombre muerto.

Su rostro, repulsivo en reposo, era ahora demoníaco. Traía al recuerdo algunos de los toros más fieros de su país, siendo aún más terrible por la ansiedad de sangre que parecía palpitar en las aletas de su nariz.

Los rostros de los otros ofrecían un curioso contraste. Ni un músculo se movía. No había ni exultación ni alegría en sus expresiones… Sólo había ese algo curioso que entra sigilosamente en el semblante del juez cuando pronuncia la inexorable sentencia de la ley. Terrí captó ese algo, que le heló hasta la médula de los huesos.

Levantó las manos con violencia, como intentando ahuyentar aquellos pétreos semblantes.

—Basta! ¡Basta! —chilló—. No miren así, en nombre de Dios… ¡No, no!

Se cubrió el rostro con manos temblorosas.

—¿De qué modo, Terrí? —inquirió León suavemente.

Terrí movió la cabeza.

—No sé explicarlo… Como el juez de Granada cuando dice…, cuando dice: «¡Que se cumpla la sentencia!»

—Si producimos esa impresión —dijo Manfred con severidad— es porque somos jueces… y no sólo jueces, sino ejecutores de nuestras sentencias.

—Pensé que habían quedado ustedes complacidos —gimoteó Terrí.

—Lo has hecho bien —observó Manfred gravemente.

—¡Muy bien, muy bien! —corroboraron los otros.

—Quiera Dios que tengamos éxito —añadió Manfred solemnemente, y Terrí contempló asombrado a este curioso individuo.

EL SUPERINTENDENTE FALMOUTH comunicó al comisario aquella tarde que habían acabado de adoptarse todas las disposiciones encaminadas a la protección del ministro amenazado.

—He llenado el 44 de Downing Street —informó—; hay prácticamente un hombre en cada habitación. He apostado a cuatro de nuestros mejores agentes en el tejado, a otros en el sótano, a otros en las cocinas.

—¿Y los sirvientes? —quiso saber el comisario.

—Sir Philip ha traído a su propia servidumbre del campo, y ahora no hay una sola persona en la casa, desde el secretario particular hasta el portero, cuyos datos e historial no conozca de la A a la Z.

El comisario exhaló un suspiro de ansiedad.

—Me alegraré cuando concluya todo mañana. ¿Cuáles son los últimos preparativos?

—No ha habido cambios, señor, después de lo que dispusimos la mañana en que se instaló sir Philip. El permanecerá en el 44 todo el día de mañana hasta las ocho y media, se dirigirá a la Cámara a las nueve para la segunda votación del Acta y regresará a las once.

—He dado órdenes para que desvíen el tráfico a lo largo del Embankment entre las nueve menos cuarto y las nueve y cuarto, y lo mismo a las once —manifestó el comisario—. Cuatro coches cerrados irán desde Downing Street a la Cámara, y sir Philip los seguirá en un auto inmediatamente detrás.

Hubo una llamada a la puerta (la conversación tenía lugar en el despacho del comisario), y entró un agente. Dejó una tarjeta sobre la mesa.

—El señor José de Silva —leyó el comisario—. Es el jefe de la Policía española —explicó al superintendente, y agregó—: Hágale pasar, por favor.

El señor De Silva, hombrecillo de elásticos movimientos, barbudo y de nariz pronunciada, saludó a los ingleses con la exagerada cortesía que es peculiar en los círculos oficiales españoles.



—Lamento haberle hecho venir —se excusó el comisario, después de haber estrechado la mano de su visitante y haberle presentado a Falmouth—, pero pensé que podría ayudarnos en nuestra investigación sobre Terrí.

—Por suerte me hallaba en París —dijo el español—. Sí, conozco a Terrí, y me asombra sobremanera que se halle en tan distinguida compañía. ¿Si conozco a los Cuatro?—sus hombros subieron hasta sus orejas—. ¿Quién no? Hubo un caso en Málaga, ¿sabe? (…) Terrí no es un gran criminal. Me quedé de una pieza al saber que se había unido a la banda.

—A propósito —dijo el comisario, cogiendo una copia de la ficha policial que yacía sobre su escritorio, y pasando la vista sobre ella—, los suyos omitieron decir (aunque realmente no tenga gran importancia) cuál es el oficio de Terrí.

El policía español frunció el ceño.

—¡El oficio de Terrí! Permítanme recordar —hizo memoria durante un instante—. ¿El oficio de Terrí? Me parece que no lo sé, si bien tengo idea de que tiene algo que ver con la goma. Su primer delito consistió en robar goma; pero si desean saberlo con

seguridad…

El comisario se echó a reír.

—Carece por completo de importancia —dijo con ligereza.

7. EL MENSAJERO DE LOS CUATRO

AUN QUEDABA OTRA MISIVA por entregar al sentenciado ministro. En la última que había recibido figuraban las siguientes palabras: «Recibirá usted un aviso más, y para asegurarnos de que no se extraviará, nuestro próximo y último mensaje será entregado en sus manos por uno de nosotros en persona.»

Este párrafo proporcionó a la Policía más alivio que ningún otro episodio ocurrido desde el comienzo del caso. Tenían una curiosa fe en la honestidad de los Cuatro Hombres; reconocían que no eran criminales ordinarios y que sus promesas eran inviolables. Además, si hubieran pensado de otro modo, no hubieran adoptado tan elaboradas precauciones para salvaguardar la seguridad de sir Philip. La honestidad era la más terrible característica de los Cuatro.

En este caso, tal honestidad servía para alimentar la débil esperanza de que los hombres que hacían reto al establecimiento de la ley tratarían de superarse a sí mismos. La carta que contenía este párrafo era la misma a que sir Philip se refiriera con tanta ligereza en su conversación con su secretario. Había llegado por correo, llevando en el estampillado la marca de «Balham, 12.15».

—Hay una cuestión: ¿debemos tenerle a usted rodeado por completo, de modo que a esos hombres les resulte absolutamente imposible llevar a término su amenaza —preguntó el superintendente Falmouth con cierta perplejidad—; o debemos relajar en apariencia nuestra vigilancia con el fin de atraer a alguno de los Cuatro a su ruina?

La pregunta iba dirigida a sir Philip Ramón, que estaba acurrucado en las holgadas profundidades del sillón de su despacho.

—¿Quiere usted utilizarme como cebo? —preguntó secamente.

—No exactamente, señor —protestó el detective—; sólo queremos dar a esos hombres una oportunidad…

—Lo comprendo perfectamente —le atajó el ministro, dejando entrever algo de irritación.

El detective prosiguió:

—Ahora sabemos cómo fue introducida la máquina infernal en la Cámara—. El día del ultraje vieron entrar a un viejo miembro, el señor Bascoe, el parlamentario de North Torrington.

—¿Y qué? —preguntó sir Philip, sorprendido.

—Aquel día, el señor Bascoe nunca estuvo a menos de cien kilómetros de la Cámara de los Comunes —afirmó el detective pausadamente—. Posiblemente nunca lo hubiésemos descubierto, pues su nombre no figuraba en la lista de votantes. Hemos estado trabajando a conciencia en el caso desde entonces, y hace sólo un par de días que hicimos el descubrimiento.

Sir Philip saltó de su sillón y comenzó a pasear por la estancia con evidentes muestras de nerviosismo.

—Entonces, evidentemente se hallan bien familiarizados con las condiciones de vida en Inglaterra —afirmó más que preguntó.

—Es evidente; conocen bien el terreno que pisan, y ése es uno de los peligros de la situación.

—Pero —objetó el otro frunciendo el entrecejo— usted me aseguró que no existían peligros, verdaderos peligros.

—Ahí está el peligro, señor —repuso el detective, mirando fijamente al ministro y bajando la voz al proseguir—. Hombres capaces de tales disfraces no son criminales ordinarios. Ignoro cuál es su juego, pero sea cual sea, lo están jugando a conciencia. Uno de ellos es evidentemente un maestro en ese arte, y es precisamente al que temo… hoy.

Sir Philip sacudió la cabeza impacientemente.

—Estoy harto de todo esto, harto, sí —y desbrozó el borde del escritorio con la palma abierta—. Detectives y disfraces y asesinos enmascarados logran que el ambiente sea, por todos los demonios, el de un melodrama.

—Debe usted armarse de paciencia durante uno o dos días —dijo el policía, y añadió—: Aún no hemos concretado un plan para hoy.

—Obre como le parezca… ¿Podré ir a la Cámara esta noche?

—No; eso no entra en nuestro programa.

Sir Philip reflexionó unos instantes.

—Supongo que estas disposiciones se mantienen en secreto…

—Por completo.

—¿Quién las conoce?

—Usted, el comisario, su secretario y yo.

—¿Nadie más?

—Nadie más. No es probable que emane ningún riesgo por ese lado. Si su seguridad dependiese del secreto de sus movimientos, iría todo viento en popa.

—¿Se han consignado por escrito dichas disposiciones?

—No, señor; nada se ha escrito. Nuestros planes han sido trazados y comunicados verbalmente. Ni siquiera el Primer Ministro los conoce.

Sir Philip exhaló un suspiro de alivio.

—No está mal —aprobó, al tiempo que el detective se incorporaba para marcharse.

—Debo ver al comisario. Estaré ausente menos de media hora. Le aconsejo que, mientras tanto, no salga de su despacho.

Sir Philip le siguió a la antesala, donde estaba Hamilton, el secretario.

—He tenido una incómoda sensación —confesó Falmouth al tiempo que se le acercaba con un largo abrigo uno de sus hombres, que le ayudó a ponerse la prenda—, una especie de sentimiento instintivo que me dice que durante estos dos últimos días me han estado espiando, y por eso me sirvo de un automóvil para efectuar mis traslados. —Hundió la mano en un bolsillo y extrajo unas gafas de conductor[31]. Se echó a reír con cierto rubor al ajustárselas—. Este es el único disfraz que uso, y puedo asegurar, sir Philip —añadió con algo de pesar—, que ésta es la primera vez en mis veinticinco años de servicio que hago una puerilidad de detective de comedia.

TRAS LA MARCHA de Falmouth, el ministro del Exterior volvió a su despacho.

Odiaba la soledad: le asustaba. El que hubiera dos docenas de detectives al alcance de su voz no disminuía su sentimiento de soledad. El terror producido por los Cuatro le acompañaba en todo momento, habiendo afectado de tal modo sus nervios que el más leve ruido le irritaba. Jugueteó con el cortaplumas de su escritorio.

Trazó unas líneas al azar sobre un secante, y le molestó el comprobar que las líneas habían adquirido la forma de números compuestos con la cifra 4.

¿Merecía la pena el Acta? ¿Valía aquel sacrificio? ¿Tan importante era? Se hacía estas preguntas una y otra vez, añadiendo inmediatamente: «¿Qué sacrificio? ¿Qué riesgo?»

—Estoy temiendo las consecuencias más de lo debido —musitó, arrojando a un lado la pluma y volviéndose de costado contra el escritorio—. No existe ninguna certeza de que vayan a cumplir sus palabras. Bah, es imposible que…

Sonó una llamada en la puerta.

—Hola, superintendente —saludó el *ministro del Exterior al entrar el autor de la llamada—. ¿De vuelta ya?*

El detective, quitándose vigorosamente el polvillo de su bigote con un pañuelo, extrajo del bolsillo un sobre azul, de aspecto oficial.

—Me ha parecido más conveniente dejar esto a su cuidado —dijo en un susurro—. Se me ha ocurrido justamente cuando acababa de salir. Puede haber accidentes de tráfico, ya sabe.

El ministro cogió el sobre.

—¿Qué es?

—Algo que supondría un gran desastre para mí si por algún azar fuese encontrado en mi poder —dijo el detective, volviéndose para marcharse.

—¿Qué he de hacer con este sobre?

—Me haría un inmenso favor si lo guardase en su escritorio hasta que yo regrese—; y el detective salió a la antesala, cerró la puerta a sus espaldas y, tras corresponder al saludo del agente de paisano que custodiaba la salida, se dirigió al auto que le aguardaba.

Sir Philip miró desconcertado el sobre.

Llevaba la anotación «Confidencial», y la dirección «Departamento A, CID., Scotland Yard»[32]*.*

«Algún informe confidencial», pensó sir Philip, y una irritante duda sobre la posibilidad de que contuviese detalles sobre las disposiciones adoptadas por la Policía para protegerlo, turbó su mente. Casualmente su presentimiento era acertado. El sobre contenía realmente aquellos detalles.

Guardó la carta en un cajón de su escritorio y cogió unos papeles.

Eran copias del Acta por cuya aprobación se estaba exponiendo a tantos riesgos.

No era un documento largo. Las cláusulas eran pocas; los objetivos, brevemente descritos en el preámbulo, estaban concisamente expuestos. No cabía el temor de que el Acta quedase sin aprobación al día siguiente. La mayoría del Gobierno estaba asegurada. Habían sido atraídos a la ciudad muchos simpatizantes, los descarriados habían sido vueltos al redil, ruegos y amenazas habían contribuido a concentrar las rápidamente menguantes fuerzas de la administración en este esfuerzo único de legislación; y lo que las frenéticas súplicas de los disciplinarios del partido no habían logrado, la curiosidad lo consiguió, ya que los miembros de los dos partidos se dirigían apresuradamente a la ciudad para presenciar una escena que quizá fuese historia, y, como muchos temían, tragedia.

Sir Philip, al tiempo que estudiaba la copia, iba formando mecánicamente en su mente su línea de ataque…, pues, tragedia o no, aquel Acta chocaba con demasiados intereses en la Cámara como para que se llegase a su aprobación sin un tormentoso debate. Era un artista de la dialéctica, un brillante casuista, un acuñador de frases que se grababan y que escocían. No había nada que temer en el debate. Si al menos… Le hería pensar en los Cuatro Hombres Justos. No tanto por el hecho de que amenazasen su vida (había llegado a superar esto) como por el mero pensamiento de que se hubiera presentado un nuevo factor en sus cálculos, una nueva y aterradora fuerza que no podía derrotarse con argumentos ni dejarse de lado con una frase sarcástica, contra la cual no se podía intrigar y con la que no se podían hacer ajustes parlamentarios. No pensaba en compromiso alguno. La posibilidad de entrar en tratos con su enemigo jamás se le había pasado por la imaginación.

—¡Seguiré hasta el final!—exclamó, no una sino una veintena de veces—. ¡Seguiré hasta el final! —y ahora, a medida que se acercaba el momento final, su determinación de concluir con esta nueva fuerza era más poderosa que nunca.

EL TELEFONO ZUMBO suavemente junto a su codo (estaba sentado frente a su escritorio, con la cabeza entre las manos), y cogió el receptor. La voz de su ayuda de cámara le recordó que había dado las instrucciones finales para el cierre de su casa de Portland Place.

Durante dos o tres días, o hasta que el terror se hubiese disipado, quería que aquella casa estuviese vacía. No estaba dispuesto a poner en peligro las vidas de sus criados. Si los Cuatro se proponían llevar adelante su plan, lo harían sin riesgos de fallo,

y, si el método a emplear fuese una bomba, tal vez, para estar doblemente seguros de su triunfo, sincronizaran una explosión en Downing Street con otra en Portland Place.

Había terminado de hablar, y estaba volviendo el auricular a su sitio cuando una llamada a la puerta anunció la llegada del superintendente.

Miró ansiosamente al ministro.

—¿No ha venido nadie, señor?

Sir Philip sonrió:

—Si con esa pregunta se refiere a si los Cuatro han entregado su ultimátum en persona, puedo tranquilizar su mente… No lo han hecho.

El semblante del detective evidenció su alivio.

—¡Gracias al Cielo!—exclamó con fervor—. Tuve el horrible presentimiento de que algo iba a suceder durante mi ausencia. Pero le traigo novedades, señor.

—¿De veras?

—Sí, señor. El comisario ha recibido un extenso cablegrama de América. Desde que se cometieron los dos asesinatos en aquel continente, uno de los hombres de Pinkerton[33] está dedicado a recopilar datos. Lleva años recomponiendo el conjunto de pruebas fragmentarias que va consiguiendo, y éste es su cablegrama.

Falmouth extrajo un papel del bolsillo y, tras alisarlo sobre el escritorio, leyó:

> *Pinkerton, Chicago, al Comisario de Policía, Scotland Yard, Londres.*
>
> *Advierta a Ramón que los Cuatro nunca faltan a sus promesas. Si han amenazado con matar de cierto modo en un momento dado, serán puntuales. Tenemos pruebas de esta peculiaridad. Tras la muerte de Anderson se descubrió una libreta que, evidentemente, había caído por la ventana del cuarto. Sólo tenía escritas tres páginas, encabezadas con el título «Seis métodos de ejecución». El escrito estaba iniciado con la letra «C». Prevengan a Ramón contra lo siguiente: beber café en cualquier forma, abrir cartas o paquetes, usar jabón que no haya sido manufacturado bajo la mirada de un agente de confianza, sentarse en una habitación donde no haya policías*

día y noche. Examinen su dormitorio; comprueben si existe alguna posibilidad de que se introduzcan gases. Enviamos a dos detectives a bordo del «Lucarna», para colaborar.

El detective terminó la lectura. Sabía que «colaborar» no era la última palabra del mensaje original. Había habido una ominosa postdata: «Tememos que lleguen demasiado tarde.»

—¿Entonces usted cree…? —preguntó el hombre de Estado.

—¿Que el peligro reside en hacer una de las cosas contra las que nos previene Pinkerton?—completó el detective—. Bueno, la policía americana nunca habla por hablar. Basan estas advertencias en algún informe fidedigno, por cuyo motivo tomo en serio su mensaje.

Sonó una seca llamada en el panel de la puerta, y, sin aguardar a la invitación, el secretario privado entró en la estancia, agitando excitadamente un periódico.

—¡Miren esto! —proclamó—. ¡Lean esto! Los Cuatro han admitido su fracaso.

—¡Cómo! —gritó el detective, alcanzando el diario.

—¿Qué significa esto? —inquirió sir Philip secamente.

—Sólo una cosa, señor: que esos bribones, al parecer, acaban de publicar un artículo sobre su «misión».

—¿En qué periódico?

—En el *Megaphone*. Parece ser que, cuando uno de ellos capturó allí a Terrí, el jefe de redacción pidió al enmascarado que escribiese un artículo sobre ellos… Aquí está. En él reconocen su derrota y… y…

El detective, tras echar una ojeada al periódico, atajó el incoherente discurso del secretario.

—«El Credo de los Cuatro Hombres Justos» —leyó—. ¿Dónde está la confesión de su fracaso?

—A mitad de la columna… He señalado los párrafos… Aquí —y el joven apuntó con dedo tembloroso unos renglones.

—«No dejaremos nada al azar —leyó el detective—. Si ocurre el más leve fallo, si el detalle más insignificante de nuestro plan fracasa, admitiremos nuestra derrota. Tan seguros estamos de que nuestra presencia en la Tierra es necesaria para realizar un gran plan, tan persuadidos estamos de que somos los indispensables instrumentos de una divina providencia, que no osamos, en favor

de nuestra propia causa, correr riesgos innecesarios. Es esencial, por tanto, que los diversos preliminares de cada una de las ejecuciones se lleven a cabo por completo. Como ejemplo, será necesario para nosotros entregar nuestro último aviso a sir Philip Ramón; y, para que quede reforzado dicho aviso, es esencial que, según nuestro código, le sea entregado por uno de nosotros en persona. Se han tomado todas las medidas necesarias para que este punto del programa sea llevado a efecto. Mas son tales las extraordinarias exigencias de nuestro sistema que, a menos que dicho aviso pueda ser entregado a sir Philip de acuerdo con lo prometido, y antes de las ocho en punto de esta noche, nuestro proyecto se derrumbaría y tendríamos que olvidarnos de la ejecución planeada.»

Falmouth dejó de leer, mostrando visible decepción en cada línea de su rostro.

—Pensé, caballero, por el modo en que lo enfocaba, que había descubierto algo nuevo. Ya había leído todo esto, pues enviaron una copia del artículo al Yard tan pronto como fue recibido.

El secretario, impaciente, dio un golpecito en el escritorio con el pulgar.

—¿No lo comprende? —exclamó—. ¿No comprende que ya no es necesario seguir custodiando a sir Philip, que no hay ya necesidad de usarlo como cebo, o, de hecho, hacer nada, si hemos de creer a esos hombres…? Mire la hora…

La mano del superintendente voló hasta su bolsillo; extrajo su reloj, miró la esfera y lanzó un silbido.

—¡Las ocho y media, por Dios! —musitó, atónito, y los tres miraron en sorprendido silencio.

Sir Philip rompió dicho silencio.

—¿No será una treta para hacernos quitar la guardia? —preguntó roncamente.

—No lo creo —respondió lentamente Falmouth—. Estoy seguro de que no lo es, así como de que no relajaré mi vigilancia… Pero creo en la firmeza de palabra de esos hombres. No sé por qué digo esto, ya que llevo veinticinco años tratando con delincuentes y jamás he depositado un gramo de fe en la palabra del mejor de ellos; pero, por alguna razón, no puedo dejar de creer en la palabra de esos individuos. Si no han logrado entregar su último mensaje, no volverán a darnos problemas.

Ramón paseaba por su despacho con andar nervioso y rápido.

—Me gustaría creer eso —musitó—. Me gustaría tener la fe de ustedes.

—Una llamada a la puerta.

—Un telegrama urgente para sir Philip —dijo un ujier de cabellos grises.

El ministro alargó la mano, pero el detective se interpuso con celeridad.

—Acuérdense del cable de Pinkerton, señor —previno, y rasgó el castaño sobre.

> *Acabado de recibir un telegrama en Charing Cross, hora 7,52. Dice: Hemos entregado nuestro último mensaje al ministro del Exterior. Firmado: Cuatro. Fin. ¿Es verdad? Redactor jefe Megaphone.*

—¿Qué significa esto? —preguntó Falmouth, presa del desconcierto.

—¡Significa, mi querido Falmouth —replicó malhumoradamente sir Philip— que sus nobles Cuatro son unos mentirosos y unos fanfarrones, además de unos asesinos; y significa también, espero, un fin a su ridícula fe en la honestidad de ellos!

Falmouth no contestó, pero su semblante estaba nublado. Se mordió los labios con perplejidad.

—¿No vino nadie después de marcharme? —indagó.

—Nadie.

—¿No ha visto a nadie, aparte de su secretario y de mí?

—Absolutamente nadie ha hablado conmigo, ni se me ha aproximado a menos de una docena de metros —respondió Ramón secamente.

Falmouth sacudió la cabeza con desaliento.

—Bien… Yo… ¿Ahora dónde estamos? —preguntó más para sí que para los demás, y se dirigió a la puerta.

Fue en aquel momento cuando sir Philip se acordó del sobre dejado a su cuidado.

—Será mejor que se lleve sus preciosos documentos —dijo, abriendo el cajón y arrojando sobre la mesa el sobre dejado a su cargo.

Falmouth parecía desconcertado.

—¿Qué es esto? —preguntó, cogiendo el sobre.

—Temo que el trauma de verse defraudado por mis perseguidores le haya aturdido algo —dijo sir Philip, y añadió mordazmente—: Tendré que rogar al comisario que me envíe un detective con una apreciación más realista de la mentalidad criminal, y con menos fe infantil en el honor de los asesinos.

—A este respecto, señor —manifestó Falmouth, impasible ante aquel exabrupto—, debe usted obrar como mejor le parezca. Por mi parte, tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber; y no tengo más severo supervisor de mi trabajo que yo mismo. Pero lo que más ansío en estos momentos es oír a qué se refiere exactamente al decir que dejé unos papeles a su cuidado.

El ministro de la Corona fulminó con la mirada al imperturbable policía.

—Me refiero, caballero —expresó en tono desabrido—, al sobre que dejó a mi cargo cuando volvió.

El superintendente abrió desmesuradamente los ojos.

—Yo… no… volví…—afirmó con voz estrangulada—. Ni he dejado en sus manos ningún papel.

Cogió el sobre, lo rasgó y halló otro sobre. Al observar el color gris verdoso de éste, profirió un agudo grito.

—¡Este es el mensaje de los Cuatro!

El ministro se tambaleó, dando un paso atrás, blanco hasta los labios.

—¿Y el hombre que lo entregó? —jadeó.

—Era uno de los Cuatro Hombres Justos —dijo el detective con acento siniestro—. Han cumplido su palabra. —Se dirigió rápidamente a la puerta, pasó a la antesala y llamó al agente de paisano que estaba de guardia a la salida.

—¿Se acuerda de cuando me marché? —le preguntó.

—Sí, señor…, de las dos veces.

—¿Dos veces, eh?—exclamó el superintendente con amargura —. ¿Y cuál era mi aspecto la segunda vez?

Su subordinado quedó desconcertado ante el tono de la pregunta.

—El de siempre, señor —tartajeó.

—¿Cómo iba vestido?

El policía hizo memoria.

—Con su abrigo largo, señor.

—Supongo que llevaba puestas las gafas de conductor.

—Exacto, señor.

—Me lo figuré —mascculló Falmouth salvajemente, y bajó con celeridad la ancha escalinata de mármol que *conducía al vestíbulo. Allí, le saludaron los cuatro agentes de servicio.*

—¿Se acuerda de mi salida? —preguntó al sargento de servicio.

—Sí, señor… Las dos veces.

—¡Malditas sean sus «dos veces»!—rabió el superintendente—. ¿Qué tiempo transcurrió entre mi primera salida y mi regreso?

—Cinco minutos, señor —respondió el sargento, estupefacto.

—Tuvieron el tiempo justo para hacerlo —musitó Falmouth para sí, y añadió en voz alta—: ¿Regresé en mi auto?

—Sí, señor.

—Ah… —la esperanza brotó en el pecho del superintendente—. ¿Se fijó en su matrícula? —inquirió, casi temiendo oír la respuesta.

—¡Sí!

Falmouth hubiera abrazado de buena gana al impasible sargento.

—¡Estupendo! ¿Cuál era?

—A 17164.

El superintendente tomó rápida nota mental del número.

—Jackson —llamó, y uno de los agentes avanzó y saludó.

—Vaya al Yard y descubra en el registro de automóviles al propietario de esta matrícula. Cuando lo haya averiguado, vaya a ver a dicho propietario; exíjale que le explique todos sus movimientos, y si es necesario, deténgalo.

Falmouth volvió al despacho de sir Philip. Halló al político paseándose todavía con agitación por la estancia, al secretario tamborileando con los dedos sobre el escritorio, y el sobre aún sin abrir.

—Lo que temía —explicó Falmouht—. El individuo que usted vio era uno de los Cuatro haciéndose pasar por mí. Escogió la hora admirablemente, y hasta engañó a mis hombres. Esos Cuatro lograron hacerse con un auto igual en todo al mío, incluso en el color, y, tras acechar su oportunidad, llegaron a Downing Street unos minutos después de salir yo. Bien, existe una última posibilidad de capturarlo… Afortunadamente, el sargento de servicio tomó nota de la matrícula del auto, y podríamos dar con él gracias a ese dato… Hola.

En el umbral se hallaba un ujier.

—¿Recibiría el superintendente al detective Jackson?

Falmouth halló al agente aguardándolo en el vestíbulo inferior.

—Disculpe, señor —musitó Jackson, después de cuadrarse y saludar —, pero ¿no existe ningún error en esa matrícula?

—¿Por qué? —preguntó Falmouth severamente.

—Porque… A 17164 es el número de su automóvil, señor.

8. LA LIBRETA

EL aviso final era breve y carecía de rodeos.

> *Le concedemos de plazo hasta mañana por la noche para reconsiderar su actitud en el asunto del Acta de Extradición. Si a las seis no se publica ninguna nota en la prensa de la tarde anunciando su retractación ante tal medida no tendremos más remedio que cumplir nuestra promesa. Usted morirá a las ocho de la noche. Adjuntamos, para que le sirva de ilustración, una concisa tabla de las disposiciones secretas tomadas por la policía para su seguridad de mañana. Adiós.*
>
> *(firmado) LOS CUATRO HOMBRES JUSTOS*

Sir Philip leyó dos veces la nota sin un estremecimiento. También leyó la hoja en la que estaban consignados, con la extraña caligrafía extranjera, los detalles que la policía no se había atrevido a poner por escrito.

—Tiene que haber una filtración —dijo, y sus dos ansiosos oyentes vieron cómo el rostro del ministro adquiría un tinte grisáceo y se congestionaba.

—Esos detalles solamente los conocíamos cuatro personas —murmuró el detective con calma—, y apostaría mi vida a que no han salido de los labios del comisario ni de los míos.

—¡Ni de los míos! —se defendió enfáticamente Hamilton.

Sir Philip se encogió de hombros, esbozando una sonrisa fatigada.

—Bah, ¿qué importa eso?… Ellos los conocen. Mediante qué sibilino método averiguaron el secreto es algo que ni sé ni me importa. La cuestión es: ¿estaré debidamente protegido mañana a las ocho de la noche?

Falmouth apretó los dientes.

—O sale usted vivo de este trance, o por Dios que matarán a dos —dijo, y había en sus pupilas una chispa de feroz determinación.

LA NOTICIA DE QUE HABIA LLEGADO al gran estadista otra carta estuvo en las calles a las diez de la noche. Circuló por los clubs y los teatros, y, en los entreactos, caballeros de grave compostura discutieron en los vestíbulos el peligro que corría Ramón. La Cámara de los Comunes hervía de excitación. Una fuerte Cámara se había congregado, esperando que el ministro se hubiese retractado; pero todos los asistentes se sintieron defraudados, pues resultó evidente, después del descanso de la cena, que sir Philip no tenía intenciones de mostrarse en público aquella noche.

—¿Puedo preguntarle al honorable Primer Ministro si es intención del Gobierno de Su Majestad proceder con el Acta de Extradición (Ofensas Públicas) —preguntó el miembro radical de West Deptford—, y si no ha considerado, en vista de las extraordinarias condiciones en que ha nacido dicha Acta, la conveniencia de posponer la votación de tal medida?

La pregunta fue saludada con un coro de «muy bien…, eso, eso», y el Primer Ministro se levantó lentamente y dirigió una mirada divertida al que la había formulado.

—No conozco ninguna circunstancia que sea capaz de impedir que mi honorable amigo, que por desgracia no está presente esta noche, promueva la segunda ronda de votaciones de dicha Acta mañana —manifestó, y volvió a sentarse.



—¿Por qué diablos sonreiría? —refunfuñó West Deptford, dirigiéndose a su vecino de asiento.

—El Primer Ministro se siente endiabladamente incómodo —dijo el otro sabiamente—. Un miembro del Gabinete me dijo hoy que el viejo J. K. se sentía endiabladamente incómodo. «Fíjese bien en mis palabras», me dijo. «Este asunto de los Cuatro Hombres Justos le hace sentirse al Premier endiabladamente incómodo.» —Y el honorable miembro de la Cámara se hundió en su asiento, permitiendo que West Deptford digiriese sus profundas palabras.

—He hecho cuanto he podido para persuadir a Ramón de que retire el Acta —decía el Premier—, pero se muestra inflexible, y lo más penoso es que cree en lo más hondo de su corazón que esos sujetos se proponen cumplir su palabra.

—Es monstruoso —exclamó acaloradamente el ministro de Colonias—. Es inconcebible que tal estado de cosas pueda durar. Ataca la raíz de todas las *cosas, desequilibra todos los ajustes de la civilización.*

—Es una idea poética —dijo el flemático Premier—, y el punto de vista de los Cuatro es completamente lógico. Pensemos en el enorme poder que para bien o para mal se concede con frecuencia a un solo

individuo: un capitalista controlando los mercados mundiales, un especulador acumulando en sus almacenes algodón o trigo mientras los molinos están parados y la gente desfallece de hambre, tiranos y déspotas con los destinos de las naciones entre el pulgar y el índice…, y después pensemos en esos cuatro hombres a los que nadie conoce; vagas, sombrías figuras que se pasean trágica y majestuosamente por el mundo, condenando y ejecutando al capitalista, al especulador, a los tiranos…, a todas las fuerzas del mal, a todos cuantos se hallan más allá del alcance de la ley. Hemos dicho de tales seres, quienes estamos inspirados por el misticismo, que Dios los juzgará. He aquí a hombres que se arrogan el derecho divino de un juicio superior. Si logramos atraparlos, terminarán sus vidas, de modo poco pintoresco, en una pequeña celda de la prisión de Pentonville, y el mundo jamás volverá a saber cuán grandes artistas son, una vez muertos.

—¿Pero… Ramón…?

El Premier sonrió.

—Creo que en este caso esos hombres se han excedido. De haberse contentado con matar primero y explicar el motivo después, no dudo que Ramón estaría ya muerto. Pero han enviado aviso tras aviso, exponiéndose una docena de veces. Nada sé de los preparativos adoptados por la policía, pero me imagino que mañana por la noche será tan difícil acercarse a una docena de metros de Ramón como lo sería para un prisionero de la Siberia cenar con el zar.

—¿No hay alguna posibilidad de que Ramón retire el Acta? —insistió el de Colonias.

El Premier negó con la cabeza.

—Absolutamente ninguna.

En aquel momento se incorporó en la fila delantera un miembro de la Oposición para introducir una enmienda a una cláusula que estaba bajo debate, y esto puso fin a la conversación.

Al saberse que sir Philip no aparecería aquella noche, la Cámara se vació en un abrir y cerrar de ojos, y los parlamentarios se reunieron en grupos en el salón de fumar y el vestíbulo para discutir el asunto que ocupaba el primer plano en el ánimo de todos.

EN LOS ALREDEDORES DEL PATIO del Palacio se había congregado una gran muchedumbre, como suele suceder en Londres, con la remota esperanza de conseguir un atisbo del hombre cuyo nombre pronunciaban todas las bocas. Vendedores callejeros vendían su

retrato, individuos desharrapados que pregonaban las verdaderas andanzas de los Cuatro Hombres Justos hicieron su agosto, y cantantes itinerantes, intercalando improvisados versos en su repertorio, declamaban el valor del osado ministro que se atrevía a resistir a las amenazas de quienes eran cobardes extranjeros y depravados anarquistas.

Había en esta humilde lírica alabanzas para sir Philip, que trataba de impedir que los extranjeros quitaran el pan de la boca a los trabajadores honrados.

El humor que de ello se desprendía divirtió mucho a Manfred, quien, con Poiccart, había recorrido el Embankment hasta llegar a Westminster, y, tras despedir el coche de punto, fueron andando hacia Whitehall.

—Opino que esos versos sobre los «depravados anarquistas extranjeros», o algo así, que «quitan el pan de la boca a los obreros de casa», son notablemente buenos —rió Manfred.

Los dos vestían de etiqueta, y Poiccart lucía en su ojal el brillante distintivo de Chevalier de la Légion d'Honneur[34]*.*

—Dudo que en Londres haya habido tanta sensación desde…, ¿desde cuándo? —continuó Manfred.

La torva sonrisa de Poiccart fue captada por su amigo, que sonrió con simpatía.

—¿Y bien…?

—Le hice la misma pregunta al maitre d'hótel —murmuró lentamente, como quien es reacio a compartir una broma—, y comparó esta agitación con los horribles crímenes del East End[35].

Manfred se detuvo en seco y miró con horror a su acompañante.

—¡Cielo santo!—exclamó con aflicción—. ¡Nunca se me hubiera ocurrido que pudieran compararnos con… él!

Reanudaron el paseo.

—Esto forma parte del eterno bathos —señaló Poiccart con calma—. Ni siquiera De Quincey[36] enseñó nada a los ingleses. El Dios de la Justicia sólo tiene aquí un intérprete, que vive en un asilo de Lancashire, y es un aventajado discípulo del llorado Marwood, cuyo sistema de pensamiento él ha mejorado.

Estaban atravesando la parte de Whitehall situada a la altura de Scotland Yard.

Un individuo que deambulaba arrastrando los pies, cabizbajo y con las manos hundidas hasta el fondo de los bolsillos de un

andrajoso abrigo, les dirigió una imperceptible mirada de soslayo, se detuvo cuando ellos hubieron pasado y los miró cuando se alejaban. Dio media vuelta y aceleró su arrastrado paso en seguimiento de ellos. Un apiñamiento de gente y el al parecer incesante tráfico obligaron a Manfred y Poiccart a detenerse en la esquina de Cockspur Street, en espera de una oportunidad para cruzar la calzada. Se vieron sujetos a apretujones cuando el torbellino de peatones que esperaban se espesó, pero al final consiguieron *cruzar, y se dirigieron hacia St. Martin's Lane.*

La comparación hecha por Poiccart aún flotaba en la mente de Manfred.

—Esta noche habrá muchos espectadores en el Majesty, aplaudiendo a Bruto cuando pregunta: «¿Qué miserable tocó su cuerpo y lo hirió que al obrar así no estuviera haciendo justicia?»[37]*. No encontrarás un solo historiador serio ni ningún hombre de mediana inteligencia que, al preguntársele si no hubiese sido una bendición de Dios para el mundo que hubiesen asesinado a Bonaparte a su regreso de Egipto, no respondiera sin vacilar: «Sí.» Pero nosotros…, ¡nosotros somos asesinos!*

—No le habrían erigido ninguna estatua al asesino de Napoleón —afirmó Poiccart tranquilamente—, como tampoco se venera a Felton, que mató a un libertino y corrompido ministro de Carlos I[38]*. Es posible que la posteridad nos haga justicia —añadió con un dejo de burla—. Por mi parte, estoy satisfecho con la aprobación de mi conciencia.*

Tiró el cigarro que estaba fumando y metió una mano en el bolsillo interior de su abrigo para coger otro. Retiró la mano sin el cigarro y llamó con un silbido a un coche de punto que pasaba.

Manfred lo miró sorprendido.

—¿Qué te ocurre? Pensé que deseabas dar un paseo…

Sin embargo, subió al carruaje, seguido por Poiccart, que dio las señas por la trampilla.

—A la estación de Baker Street.

El coche estaba ya traqueteando por Shaftesbury Avenue antes de que Poiccart ofreciese una explicación.

—Me han robado —dijo en voz baja—. Me falta el reloj, pero eso no importa. La libreta donde apunté las instrucciones para Terrí ha desaparecido…, ¡y esto sí importa!

—Debe de haber sido un ratero vulgar, ya que se llevó el reloj.

Poiccart se palpó velozmente todos los bolsillos.

—No falta nada más. Puede haberse tratado, como dices, de un

carterista, que se contentará con el reloj y arrojará el cuaderno a la primera boca de alcantarilla que encuentre; pero también puede haber sido un agente de policía.

—¿Hay algo en el cuaderno que te identifique? —inquirió aprensivamente Manfred.

—Nada —fue la pronto respuesta—; pero, a menos que la policía sea ciega, comprendería los cálculos y los planes. Puede que no llegue a sus manos, pero en caso contrario, y si el ratero fuese capaz de reconocemos, nos veríamos en un mal paso.

El coche se detuvo en la estación de Baker Street y del mismo saltaron al suelo los dos hombres.

—Iré hacia el este —dijo Poiccart—. Nos encontraremos por la mañana. Por entonces, ya sabré si el cuaderno está o no en Scotland Yard. Buenas noches.

Sin más despedida, los dos amigos se separaron.

SI BILLY MARKS no hubiese tomado unos tragos de más se habría sentido plenamente satisfecho con su trabajo de aquella noche. Lleno, no obstante, de aquella engañosa y líquida confianza que hace descarriarse a tantos hombres honestos, Billy pensó que sería un pecado desdeñar las oportunidades que los dioses le estaban concediendo. La excitación provocada por las amenazas de los Cuatro Hombres Justos había llevado a todo el Londres suburbano a Westminster, y en el lado Surrey del puente, Billy encontró a centenares de pacientes habitantes de los suburbios aguardando los medios de transporte hacia Streatham, Camberwell Clapham y Greenwich.

Como la noche era relativamente joven, Billy decidió trabajar los tranvías.

Birló el monedero a una robusta anciana de negro, un reloj Waterbury a un caballero con sombrero de copa, un espejito de un elegante bolso femenino, y decidió concluir sus operaciones con la exploración de un bolsillo alto de una joven dama.

La exploración de Billy resultó un éxito. Un monedero y un pañuelo de encaje fueron su recompensa, y se dispuso a efectuar una modesta retirada. Fue entonces cuando una amable voz llegó hasta sus oídos.

—¡Hola, Billy!

Conocía la voz, y momentáneamente se sintió mal.

—Hola, señor Howard —exclamó con fingida alegría—. ¿Cómo está, señor? ¡Qué sorpresa verlo![39].

—¿Adónde te diriges, Billy? —preguntó el afable señor Howard, cogiendo amistosamente al ratero por el brazo.

—A casa —respondió el virtuoso Billy.

—Ah, a casa… —exclamó el señor Howard, apartando al reacio Billy de la multitud—. Hogar, dulce hogar… —llamó a otro joven, al que parecía conocer—. Sube a ese vagón, Porter, y mira si alguien ha perdido algo. Si encuentras a alguien, que te acompañe.

El joven obedeció.

—Y ahora —prosiguió el señor Howard, siempre manteniendo a Billy amistosamente cogido por el brazo—, cuéntame cómo te ha tratado el mundo.

—Oiga, señor Howard —dijo Billy seriamente—, ¿cuál es su juego? ¿Adónde me lleva?

—El juego es el viejo juego —respondió tristemente el señor Howard—, el viejo juego de siempre, Billy, y te llevo al mismo y dulce lugar de siempre.

—Esta vez se ha equivocado, jefe —exclamó Billy fieramente, y resonó un leve tintineo en el suelo.

—Permíteme, Billy —dijo el señor Howard, agachándose rápidamente y recogiendo el monedero que Billy había dejado caer.

En la comisaría, el sargento de servicio, desde detrás del mostrador, fingió recibir con gran júbilo la llegada de Billy, y el carcelero, que pasó las manos a través de sus bien disimulados bolsillos y lo encerró tras unas rejas de hierro, lo saludó como a un amigo.

—Reloj de oro, cadena de oro, tres monederos, dos pañuelos y una libreta de tafilete rojo —informó el carcelero.

El sargento asintió aprobadoramente.

—Buen día de trabajo, William[40]

—comentó.

—¿Qué me caerá esta vez? —inquirió el preso, y el señor Howard, que era un agente de paisano encargado de completar pruebas para la acusación de Billy, opinó que nueve lunas.

—¡Vamos! —exclamó Billy Marks, consternado.

—En realidad —intervino el sargento—, eres un pícaro y un vago, Billy, además de un ladronzuelo, y esta vez te has excedido a ti mismo… Número Ocho.

Esto último iba dirigido al carcelero, que se llevó a Billy hacia las celdas a pesar de las vigorosas protestas del ratero contra una fuerza de policía que sólo sabía dar en la cresta a pobres ganapanes como él, siendo en cambio incapaz de tocar un solo pelo a asesinos tan sanguinarios como los Cuatro Hombres Justos.

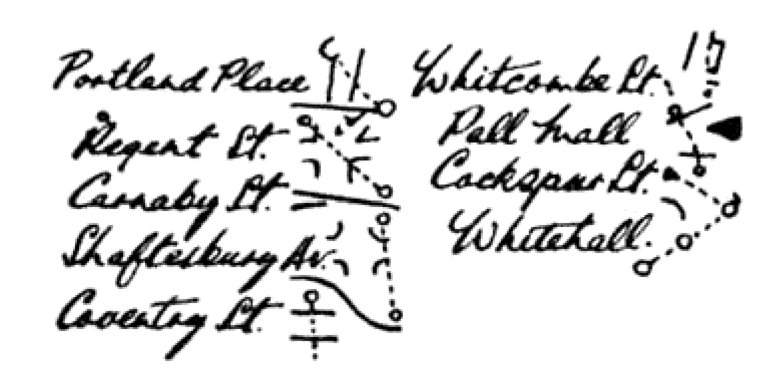
—¿Para qué pagamos contribuciones municipales e impuestos? —demandó indignado Billy a través de las rejas.

—No lo dirás por los que pagas tú, Billy —replicó el carcelero al tiempo que cerraba doblemente la puerta.

En la sala de cargos, Howard y el sargento estaban examinando el botín, y tres perjudicados que había encontrado P. C. Porter estaban haciendo reclamación de sus pertenencias.

—Con esto tenemos ya distribuidos todos los objetos, excepto el reloj de oro y la libreta —dijo el sargento cuando los reclamantes se hubieron marchado—. Un reloj de oro, Elgin semicazador, número 5029090, y un cuadernito carente de señas que sólo tiene escritas tres páginas. No entiendo esto.

El sargento entregó el cuaderno a Howard. La página que intrigaba al primero contenía simplemente una lista de calles. Junto al nombre de cada calle había garabateado un signo cabalístico.



—Parece el diario de un trapero —comentó Howard—. ¿Qué hay en las otras páginas?

Volvieron la hoja. La página siguiente estaba llena de números.

—Hum… —gruñó el sargento con desaliento, y pasó la hoja. El contenido de la siguiente página era comprensible y legible, aunque evidentemente lo habían escrito muy deprisa, como si lo hubieran

tomado al dictado.

—El tipo que escribió esto debía de tener que coger un tren —observó el ocurrente señor Howard, indicando las abreviaturas:

> *No dejará DS excepto por Com. Irá a Com. en coche (primero 4 berlinas de anzuelo), 8,30. A 2 600 p. hab. desv. tráf. Embank, 80 pols. dentro de DS. 1 cada habt., 3 cada pas., 6 sót., 6 tej. Todas puer. abier. permitir vean uno a otro, todos pols. con revól. Nadie excep. F y H acercar a R. En Com. galería llena pols., todo prensa con pase. 200 pols. en pas. Si neces. batallón guardias a disposición.*

Howard lo leyó con gran detenimiento.

—¿Qué demonios significa este galimatías? —preguntó el sargento, desalentado.

Fue en aquel preciso momento cuando el agente Howard se ganó su ascenso.

—Déjeme ese cuaderno sólo diez minutos —pidió con voz excitada.

El sargento se lo entregó, mirándolo intrigado.

—Creo que podré dar con el dueño de esto —afirmó Howard con la mano temblándole al tomar el cuaderno, y, apisonando su sombrero contra su cabeza, salió a la calle corriendo como alma que lleva el diablo.

No detuvo su frenética carrera hasta llegar a la calle principal, donde saltó a un cabriolé al tiempo que daba una acelerada orden al cochero.

—A Whitehall… ¡y corra como un relámpago! —bramó, y minutos después daba su recado al inspector de servicio en el cordón que custodiaba los accesos a Downing Street.

—Agente Howard, 946 L. reserva —se presentó—. Tengo un mensaje importante para el superintendente Falmouth.

El superintendente, cuyo semblante presentaba los estigmas de la derrota y la fatiga, escuchó el informe del agente.

—Tengo la impresión —concluyó Howard, falto de aliento—, de que esto está relacionado con su caso, señor D. S. es Downing Street, y… —presentó el cuaderno y Falmouth se lo arrebató.

Leyó unas pocas palabras y emitió una exclamación de triunfo.

—¡Nuestras instrucciones secretas! —proclamó, y cogiendo al agente por un brazo lo arrastró hasta el vestíbulo.

—¿Está mi coche fuera?—preguntó, y en respuesta a un silbato apareció un auto—. Monte, Howard.

El automóvil se deslizó por Whitehall.

—¿Quién es el ladrón? —quiso saber el superintendente.

—Billy Marks, señor. Es posible que no lo conozca, pero en Lambeth es un tipo muy popular.

—Oh, sí —se apresuró a asentir Falmouth—. Conozco de sobra a Billy… Veremos qué nos dice.

EL AUTO APARCO FRENTE a la comisaría y los dos hombres saltaron a tierra.

El sargento se puso de pie al reconocer al famoso Falmouth, y saludó respetuosamente.

—Quiero ver al preso Marks —dijo el superintendente sin preámbulos, y Billy, despertado de su sueño, entró pestañeando en la sala de cargos.

—Escucha, Billy, tengo unas palabras que decirte.

—¡Diantre, si es el señor Falmouth!—exclamó el atónito Billy al tiempo que una sombra de temor se cernía sobre su semblante—. ¡Y no tengo nada que ver con ese asunto de Oxton, bien lo sabe Dios!

—Tranquilo, Billy. No te acuso de nada, y si respondes a mis preguntas con veracidad es posible que a cambio salgas libre de la presente acusación y consigas una recompensa.

Billy reaccionó con suspicacia.

—No pienso dar ningún soplo, si se refiere a eso, señor —manifestó hoscamente.

—No pido eso —dijo el superintendente con impaciencia—. Quiero saber dónde encontraste este cuadernito —y lo exhibió.

Billy desplegó una abierta sonrisa.

—Lo encontré en la acera —mintió.

—¡Quiero la verdad! —tronó Falmouth.

—Bien… —rectificó Billy haciendo una mueca de disgusto—, lo afané.

—¿A quién?

—No me paré a preguntarle el nombre —fue la insolente

respuesta.

Falmouth respiró profundamente.

—Escúchame bien —dijo bajando la voz—, ¿has oído hablar de los Cuatro Hombres Justos?

Billy asintió, abriendo al máximo los ojos.

—¡Bien!—exclamó Falmouth con voz impresionante—, el hombre a quien pertenece este cuaderno es uno de ellos.

—¡Qué! —gritó Billy.

—Para su captura se ofrece una recompensa de mil libras. Si tu descripción conduce al arresto de ese personaje, son tuyas.

Billy Marks quedó paralizado al pensarlo.

—¿Mil…, mil libras?—murmuró, atolondrado—. ¡Y pensar que pude hacerlo capturar tan fácilmente!

—¡Vamos, vamos!—le urgió el superintendente—. Todavía puedes atraparlo… Dinos cuál era su aspecto.

Billy arrugó la frente en honda concentración.

—Parecía un señorito —expresó, intentando recordar, en medio del caos de su mente, una imagen de su víctima—. Iba vestido de etiqueta, con camisa blanca, bonitos zapatos de charol…

—Su cara…, ¡su cara! —exigió el policía.

—Su cara?—exclamó Billy con genuina imaginación—. ¿Cómo puedo saber cómo era? ¿Voy a pararme a mirar la cara de un fulano a quien le estoy birlando el reloj?

9. LA CODICIA DE BILLY MARKS

—¡MALDITO IMBECIL! ¡IDIOTA DEL INFIERNO!—tronó el detective, asiendo a Billy por el cuello de la camisa y zarandeándolo como a una rata—. ¿Te atreves a decirme que tuviste a uno de los Cuatro Hombres Justos en tus manos y ni siquiera te tomaste la molestia de mirarlo?

—¡Déjeme en paz!—gritó en tono de desafío—. ¿Cómo podía saber que era uno de los Cuatro Hombres Justos, y cómo sabe usted que lo era? —añadió, con un mohín de astucia. Su mente estaba entrando rápidamente en acción. Veía en esta asombrosa declaración del detective una ocasión de hacer fortuna a costa de la situación que minutos antes considerara singularmente desdichada.



—Lo cierto es que los vi de refilón —murmuró—. Ellos…

—¿Los viste? ¿A ellos?—dijo al instante Falmouth—. ¿Cuántos eran?

—Eso no importa —dijo Billy poniendo cara larga. Sentía la fuerza de su posición.

—Billy —le amonestó el detective gravemente—. Hablo en serio. Si sabes algo tendrás que decírnoslo.

—¡Ajajá! —exclamó el prisionero en tono desafiante—. Conque ¿tendré que decirlo, eh? Bien, conozco la ley tan bien como usted… No puede obligar a hablar a un fulano si éste no quiere… No puede…

Falmouth hizo señas a los otros policías para que se retirasen, y, cuando ni él ni Billy podían ser escuchados por aquéllos, susurró:

—Harry Moss salió la semana pasada.

Billy enrojeció y bajó la mirada.

—No conozco a ningún Harry Moss —musitó cínicamente.

—Harry Moss salió la semana pasada —repitió Falmouth con sequedad—, después de cumplir tres años por robo con escalo…,

tres años y diez azotes.

—No sé nada de eso —dijo Billy Marks, siguiendo en sus trece.

—Logró huir y la policía no dio con su pista —prosiguió el superintendente, sin apiadarse de su oyente—, y no hubieran podido echarle el guante a no ser…, a no ser por «una información recibida». Gracias a esto lo sacaron una noche de su cama, en Leman Street.

Billy se pasó la lengua por sus resecos labios, pero no habló.

—A Harry Moss le gustaría mucho saber a quién le debe esos tres años… y los diez latigazos. Los hombres que han probado el gato tienen una gran memoria, Billy.

—¡Esto no es jugar limpio, señor Falmouth!—exclamó el ratero con voz gruesa—. Yo…, yo estaba sin blanca…, y Harry Moss no era comparsa mío…, y la poli quería saber si…

—Y la poli también quiere saber cosas ahora —le cortó Falmouth.

Billy Marks tardó unos momentos en decidirse.

—Le diré todo lo que hay que decir —concedió al fin, y se aclaró la garganta. El superintendente lo detuvo con la mano.

—Aquí no —llamó al sargento de servicio—. Sargento, deje libre a Billy Marks, bajo mi responsabilidad.

El humorismo de la situación no se le escapó a Billy, que desplegó una amplia sonrisa ovejuna, recobrando sus ánimos.

—La primera vez que la poli responde por mí —observó.

El automóvil condujo al superintendente y a Billy a Scotland Yard, y ya en el despacho del primero, el ratero se dispuso a descargarse de culpas.

—Antes de empezar —dijo Falmouth—, quiero advertirte que debes ser lo más conciso posible. Cada minuto es precioso.

Billy contó su historia. A pesar de la advertencia, hubo florilegios, que el superintendente se vio obligado a escuchar pacientemente.

Al fin, el carterista llegó al punto álgido de la narración.

—Eran dos, uno alto y otro menos alto. Oí que uno decía: «Mi querido George…» Esto lo dijo el pequeño, el mismo a quien le quité el «tictac» y la libreta. —De repente preguntó—: ¿Había algo en la libreta?

—Continúa.

—Bien —siguió Billy—, los seguí hasta el final de la calle, y estaban esperando poder cruzar hacia Charing Cross Road cuando me hice con el reloj, ¿comprende?

—¿Qué hora era?

—Las diez y media…, aunque también podían ser las once.

—¿No les viste las caras?

El ladrón negó enfáticamente con la cabeza.

—Que no pueda nunca levantarme de esta silla si miento, señor Falmouth. No les vi la cara.

El superintendente se incorporó suspirando.

—Temo que no me has ayudado mucho, Billy —murmuró pesarosamente—. ¿Notaste si llevaban barba, o si estaban bien afeitados, o si…?

—Podría decirle una mentira fácilmente, señor Falmouth —interrumpió Billy con sinceridad—, y podría fabricar un cuento con el que usted picaría, pero me estoy portando como un caballero con usted.

El detective, reconociendo la sinceridad del otro, asintió.

—Has hecho lo que has podido, Billy —concedió—. Te diré lo que vas a hacer. Tú eres la única persona del mundo que ha visto a alguno de los Cuatro Hombres Justos… y vives para poder contarlo. Ahora bien, aunque no recuerdes su rostro, tal vez si volvieses a ver por la calle a tu víctima la reconocerías. Puede haber algún detalle en su andar, algún modo especial de llevar las manos…, algo, en fin, que no puedes recordar ahora, pero que reconocerías si volvieras a verlo. Por consiguiente, aceptaré la responsabilidad de dejarte en libertad hasta pasado mañana. Quiero que encuentres al hombre a quien robaste. Aquí tiene un soberano. Vete a casa, duerme un poco, sal a la calle cuanto antes y marcha hacia la zona céntrica, con los ojos muy abiertos —el superintendente se aproximó al escritorio y escribió unas palabras en una tarjeta—. Toma esto. Si ves al individuo o a su compañero, síguelos, muestra esta tarjeta al primer policía que veas, señálale el hombre y te acostarás mil libras más rico que cuando te levantaste.

Billy cogió la tarjeta.

—Si en algún momento me necesitas, aquí encontrarás a alguien que sabrá indicarte dónde estoy. Buenas noches —y Billy salió a la calle con la mente como un tiovivo y con una autorización policial escrita en una tarjeta de visita que guardaba en un bolsillo de su

chaleco.

LA MAÑANA QUE IBA A SER testigo de grandes acontecimientos amaneció clara y brillante sobre Londres. Manfred, que, en contra de su costumbre, había pasado la noche en el taller de Carnaby Street, contemplaba la aurora desde la azotea del edificio.

Yacía boca arriba, sobre una alfombra, con la cabeza recostada en sus manos. La aurora, con su luz blanca y despiadada, ponía al descubierto su enérgico rostro, arrugado y ojeroso. Las hebras blancas de su bien recortada barba quedaban acentuadas por aquella luz. Parecía fatigado y descorazonado, de un modo tan poco usual en él que González, que había subido por la trampilla unos minutos antes de salir el sol, estuvo tan próximo a alarmarse como su carácter flemático le permitía. Le tocó en un brazo y Manfred se sobresaltó.

—¿Qué sucede? —preguntó León suavemente.

La sonrisa y el movimiento de cabeza de Manfred no tranquilizaron a González.

—¿Es por Poiccart y el ladrón?

—Sí —asintió Manfred. Y añadió—: ¿Has sentido en alguno de nuestros casos anteriores la misma sensación que en éste?

Hablaban en tono próximo al susurro. González tendió la mirada al frente, pensativamente.

—Sí —admitió—, una vez… En el caso de la mujer de Varsovia. Recuerda cuán fácil parecía todo, y cómo una circunstancia tras otra fue embrollando los hechos…, hasta que comencé a sentir la sensación, al igual que ahora, de que fracasaríamos.

—¡No, no, no! —exclamó Manfred ferozmente—. ¡No hay que hablar de fracaso, León, ni pensar en ello tampoco!

Se arrastró hacia la trampa y descendió al corredor, seguido de León.

—¿Y Terrí? —inquirió.

—Duerme.

Se disponían a entrar en el estudio, y Manfred tenía ya la mano en el pomo de la puerta, cuando sonaron unas pisadas en la planta baja.

—¿Quién hay ahí? —gritó Manfred, y un silbido suave les hizo bajar las escaleras como relámpagos.

—¡Poiccart! —exclamó Manfred.

En efecto, era Poiccart, sin afeitar, sucio y alicaído.

—¡Habla! —le urgió Manfred, con rudeza casi brutal.

—Vamos arriba —dijo Poiccart secamente.

Ascendieron la polvorienta escalera, y no pronunciaron ni una palabra hasta llegar a la salita de estar.

Entonces habló Poiccart.

—Hasta las estrellas en su curso luchan contra nosotros —comenzó, dejándose caer en el único asiento cómodo de la estancia y arrojando el sombrero a un rincón—. El tipo que me robó la libreta ha sido arrestado. Es un delincuente bastante conocido, un descuidero habitual, y por desgracia estaba anoche bajo vigilancia. Hallaron la libreta en su poder, y no hubiese ocurrido nada a no ser por un agente de policía de sagacidad poco acostumbrada, que asoció el contenido con nosotros.

»Cuando me separé de ti —miró a Manfred—, marché a casa, me cambié de ropa y me dirigí a Downing Street. Me mezclé entre los curiosos que se agrupaban ante la entrada de la residencia ministerial. Sabía que Falmouth estaba allí, de modo que tenía la seguridad de que si efectuaba algún descubrimiento lo comunicarían inmediatamente a Downing Street. Por otra parte, estaba prácticamente seguro de que mi ladrón era un carterista vulgar y que si teníamos algo que temer se debería solamente a su arresto. Mientras estaba allí, llegó un coche, del que se apeó un individuo con muestras de gran excitación. Era obviamente un policía. Apenas había tenido yo el tiempo justo para parar un coche de punto, cuando salieron a toda prisa Falmouth y el recién llegado. Los seguí en el coche lo más deprisa posible, aunque sin despertar la curiosidad del conductor. Naturalmente, permití que nos llevaran bastante delantera, pero su destino era tan claro como la luz. Despedí el coche en la esquina de la calle donde está la comisaría, y unos pasos más allá, tal como esperaba, el automóvil de Falmouth estaba aparcado frente a la entrada.

»Conseguí echar un fugaz vistazo a la sala de declaraciones, y a pesar de que temía que llevaran a cabo el interrogatorio en una celda, tuve la gran suerte de que hubieran elegido aquella sala. Vi a Falmouth, al policía y al prisionero. Este es un tipo de rostro depravado, mentón largo y mirada huidiza… No, no, León, no me preguntes por su fisonomía ahora… El vistazo que eché tuvo

solamente propósitos fotográficos… Deseaba poder reconocerlo en cualquier otra ocasión.

»En aquella fracción de segundo capté la ira de Falmouth y la expresión retadora del ladrón, y comprendí que no podría reconocemos.

—Ah… —suspiró Manfred, aliviado, lo que marcó una pausa en el discurso de Poiccart.

—De todos modos, quise asegurarme —prosiguió aquél unos instantes después—. Retrocedí sobre mis pasos. De repente, oí a mis espaldas el zumbido del auto, que se adelantó. Distinguí a Falmouth y al ladrón, y supuse que se lo llevaban a Scotland Yard.

»Me pareció conveniente volver a mi vez a Scotland Yard; sentí curiosidad por saber qué intentaba hacer la policía con su nuevo recluta. Me aposté en un lugar desde donde podía divisar la entrada de la calle, y aguardé. Un rato después el ratero salió solo. Su andar era ligero y decidido. Un vistazo que capté de su semblante me reveló una extraña mezcla de perplejidad y júbilo. Torció por el Embankment y lo seguí de cerca.

—Corrías el peligro de que la policía le siguiese a él —observó González.

—En cuanto a eso, me sentía perfectamente tranquilo —replicó Poiccart—. Hice una inspección muy cuidadosa antes de actuar. Al parecer, la policía se contentó con dejarlo vagar libremente. Cuando llegó a la escalinata del Temple, se detuvo y miró con indecisión a derecha e izquierda, como si no estuviese muy seguro de lo que debía hacer. En aquel momento me aproximé, pasé por su lado y seguidamente di media vuelta, hurgándome los bolsillos.

»—¿Sería tan amable de darme fuego? —pedí.

»Fue muy afable. Sacó una caja de cerillas y me la ofreció.

»Saqué una, las rasqué y encendí mi cigarro, sosteniendo la cerilla en tal posición que él pudiera verme el rostro a la luz de la llama.

—Una medida prudente —comentó Manfred con gravedad.

—También yo pude ver su cara, y con el rabillo del ojo observé cómo examinaba mis facciones una a una. Sin embargo, no dio señal alguna de haberme reconocido y empecé a hablar con él. Permanecimos allí unos momentos y luego, como por mutuo acuerdo, echamos a andar en dirección a Blackfiars y atravesamos el puente, charlando de modo intrascendente sobre la pobreza

general, el tiempo y las noticias de la prensa. Al otro lado del puente hay un tenderete donde sirven café. Decidí entonces dar mi siguiente paso. Le invité a un café, y cuando nos pusieron delante las tazas, puse un soberano sobre el mostrador. El dueño del negocio sacudió la cabeza y alegó que no tenía cambio.

«—¿No tendrá cambio su amigo? —preguntó.

»Fue entonces cuando la vanidad del ladronzuelo me reveló lo que yo quería saber. Sacó del bolsillo, con aire indiferente…, un soberano.

»—Es todo lo que llevo —dijo con voz cansina.

»Encontré en mis bolsillos unas monedas de cobre y pagué. Necesitaba pensar con rapidez. Aquel individuo había dicho algo a la policía, algo que valía un soberano… ¿Qué era? No podía ser una descripción de nosotros, puesto que me habría reconocido cuando encendí el cigarro, o, al menos, estando allí, bajo la luz de la improvisada cafetería. Y, de repente, un frío temor me asaltó. Quizá me había reconocido y, con su astucia de pícaro, me estaba entreteniendo hasta poder conseguir la ayuda de un agente.»

Poiccart hizo una pausa momentánea y sacó del bolsillo una ampolla, que puso con cuidado sobre la mesa.

—Estuvo más cerca de la muerte que en ningún otro momento de su vida —prosiguió calmosamente—, pero en cierto modo mis sospechas se desvanecieron. Durante nuestro paseo habíamos pasado por delante de tres policías, y él no había aprovechado esta oportunidad.

»Se tomó el café y dijo:

»—Debo ir yendo ya para casa.

»—¿Tan pronto?—exclamé sonriendo; luego añadí—: En realidad, también yo debería estar de regreso para casa. Mañana me espera mucho trabajo.

»Me miró de reojo.

»—También a mí —afirmó sonriendo—, aunque no sé si podré hacerlo.

»Habíamos dejado el tenderete y en aquel momento estábamos parados bajo un farol, en la esquina de la calle.

»Sabía que sólo disponía de unos instantes para obtener la información que necesitaba… de manera que obré con osadía, yendo directamente al grano.

»—¿Qué le parecen esos Cuatro Hombres Justos? —le pregunté, en

el preciso momento en que se disponía a marcharse. Dio media vuelta inmediatamente.

»—¿Y usted qué opina de ellos? —inquirió a su vez.

»A partir de aquí, poco a poco, fui entrelazando la conversación hasta Ilegal al tema de la identidad de los Cuatro. Él estaba ansioso por hablar de ellos y por saber lo que yo pensaba, pero lo que más le interesaba era la cuestión de la recompensa. Sí, esto le absorbía, y de repente se inclinó hacia mí, y, dándome unos golpecitos en el pecho con su sucio índice, empezó a establecer hipótesis.

Poiccart se echó a reír…, pero su carcajada terminó con un soñoliento bostezo.

—Ya conocéis esa clase de preguntas —agregó—, y sabéis cuán ingenuos son los iletrados cuando tratan de disimular su identidad por medio de elaboradas hipótesis. Bien, he aquí la historia. El (se llama Billy Marks) cree que podría llegar a reconocer a uno de nosotros por un azar de la memoria. Para posibilitarle hacer esto lo han dejado en libertad provisional…, y hoy tendrá que explorar Londres, según dijo.

—Pues tendrá un día muy ajetreado —rió Manfred.

—Exacto —asintió Poiccart—, pero oíd el resto. Nos separamos y me encaminé hacia el oeste[41], completamente tranquilo por lo que a nuestra seguridad respecta. Fui hasta el mercado de Covent Garden, pues ya sabéis que ése es uno de los sitios de Londres donde puede ser uno visto a las cuatro de la mañana sin despertar sospechas.

»Estaba dando una vuelta por el mercado, observando ociosamente el bullicio que reina en él a aquellas horas, cuando, por alguna causa que no sé explicar, giré repentinamente sobre mis talones ¡y me hallé frente a frente con Billy Marks! Sonrió ovejunamente y me saludó con la cabeza. Sin esperar a que le preguntara las razones de su presencia allí, empezó a explicármelas.

»Acepté sus razones sin más, y por segunda vez le invité a café. Al principio vaciló, mas después aceptó. Cuando nos hubieron servido el café, apartó su taza de mí lo más lejos posible, y entonces comprendí que me había equivocado con el señor Marks, que había subestimado su inteligencia, que todo el tiempo que estuvo explayándose conmigo me estuvo reconociendo, y que había hecho todo lo posible para ahuyentar mis sospechas.

—¿Pero por qué…? —empezó Manfred.

—Eso es lo que me pregunté —le interrumpió Poiccart—. ¿Por qué no hizo que me arrestasen?—se volvió hacia León, que escuchaba en

silencio—. Dinos tú, León, ¿por qué?

—La explicación es simple —respondió González pausadamente—. ¿Por qué nos traicionó Terrí?… Codicia, la segunda fuerza más poderosa de la civilización. Duda algo de la recompensa. Tal vez no se fía de la palabra de la policía…, como es frecuente entre delincuentes. Quizá desee tener testigos —León se dirigió a la pared, donde estaba colgado su abrigo. Se lo abrochó pensativamente, se pasó una mano por la suave barbilla, y se metió en un bolsillo la ampolla que estaba sobre la mesa—. Supongo que le habrás dado esquinazo…

Poiccart asintió.

—¿Dónde vive?

—En el 700 de Red Cross Street, en el Borough. Es una pensión barata.

León cogió un lápiz de la mesa y esbozó rápidamente una cara sobre el margen de un periódico.

—¿Se le parece? —preguntó.

—Sí, mucho —asintió, sorprendido—. ¿Lo conoces?

—No —negó León con ligereza—; para tal hombre, tal rostro.

Se detuvo en el umbral.

—Creo que es necesario —en sus palabras había una nota interrogativa, dirigida principalmente a Manfred, que, cruzados los brazos y fruncido el ceño, miraba fijamente el suelo.

Por toda respuesta, Manfred extendió su apretado puño.

León vio el pulgar hacia abajo y salió de la habitación.

BILLY MARKS SE HALLABA en un dilema. Por medio del truco más ingenuo del mundo, su presa se le había escurrido de entre los dedos. Cuando Poiccart, deteniéndose ante las pulimentadas puertas del hotel más lujoso de Londres, hasta donde habían llegado, observó casualmente que tardaría sólo un segundo y desapareció por el vestíbulo, Billy se quedó anonadado. No estaba preparado para aquella contingencia. Había seguido al sospechoso desde Blackfiars; estaba casi seguro de que se trataba del individuo al que había desvalijado. Hubiera podido, de haberlo deseado, llamar al primer agente que vio para que arrestase a su presa; pero las sospechas del ladrón, el miedo a tener que compartir la recompensa con el agente que le ayudase, le hicieron contenerse. Y además, podría no tratarse del mismo individuo, decíase Billy para sus adentros, y no obstante…

Poiccart era un químico; un individuo que encontraba su gozo en precipitados malsanos; que mezclaba pestilentes compuestos; que destilaba, filtraba, carbonataba, oxidaba y hacía toda guisa de operaciones en aparatos de cristal, con los productos vegetales, animales y minerales de la Tierra.

Billy había salido de Scotland Yard en busca de un hombre que tenía una mano descolorida. Sí, de haber temido menos la traición de la policía, hubiese puesto en manos de ésta una marca de identificación altamente valiosa.

Parece una excusa muy pobre alegar en favor de Billy que fue sólo su codicia lo que le frenó cuando se halló frente a frente del hombre que buscaba. Y, sin embargo, así fue. Además, existía una operación de multiplicar muy sencilla. Si un Hombre Justo valía mil libras, ¿cuál era el valor comercial de cuatro? Billy era un ladrón con cabeza para los negocios. En su trabajo diario no producía desperdicios. No era un conservador que se conformase con un solo ramo de su profesión. Lo mismo pescaba un reloj, que limpiaba una caja registradora, o pasaba florines falsos. Era una mariposa del crimen, revoloteando de una flor ilícita a otra, y no desdeñaba figurar como el «X» de alguna «información recibida».

Por eso, cuando Poiccart desapareció por detrás de las magníficas puertas del Royal Hotel, en Northumberland Avenue, Billy se quedó perplejo. Comprendió en un santiamén que su cautivo había entrado en un lugar adonde él no podía seguirlo sin poner sus cartas boca arriba, y que, si no ponía el remedio, existían muchas probabilidades de que su presa hubiese desaparecido para siempre.

Miró arriba y abajo de la calle. No había ningún policía a la vista. En el vestíbulo, un mozo en mangas de camisa estaba frotando los bronces. Era aún muy temprano; las calles estaban desiertas, y Billy, tras unos momentos de vacilación, dio un paso que jamás hubiese dado a una hora más convencional.

Empujó las puertas de vaivén y pasó al vestíbulo. El mozo lo miró, favoreciéndolo con un suspicaz fruncimiento.

—¿Qué quiere? —preguntó, desaprobando con la mirada el raído abrigo del visitante.

—Escucha, colega… —empezó Billy en su tono más conciliador.

Fue entonces cuando el musculoso brazo derecho del mozo lo asió por el cuello del abrigo, y Billy se vio dando trompicones en la

calle.

—Fuera…, largo de aquí —ordenó el mozo con firmeza.

Fue necesario este desaire para engendrar en Billy la energía precisa.

Se alisó el encarrujado abrigo, sacó del bolsillo la tarjeta firmada por Falmouth y volvió a la carga con dignidad.

—Soy policía —anunció, adoptando el aire que conocía tan bien —, y ¡mucho cuidado, joven, con interferirse en mi labor!

El mozo cogió la tarjeta y la examinó a conciencia.

—¿Qué desea? —preguntó en tono más cívico. Hubiera añadido «señor» si la palabra no se le hubiese atascado en la garganta. Si el recién llegado era un detective, pensó, el disfraz era perfecto.

—Necesito al caballero que entró antes de mí —dijo Billy.

El mozo se rascó la cabeza.

—¿Cuál es el número de su habitación?

—No importa el número de su habitación —gruñó Billy rápidamente—. ¿Hay alguna salida trasera en este hotel…, alguna salida que pueda utilizar un individuo? Sin contar la entrada principal.

—Una media docena.

Billy dejó oír un gemido ahogado.

—¿Puede mostrarme una?

El mozo le precedió fuera del vestíbulo. Una de las entradas de servicio daba a un callejón, y allí un barrendero dio a Billy la información temida. Cinco minutos antes, un hombre que respondía a la descripción dada por el ratero había salido, doblando hacia el Strand, y, luego de tomar un coche de punto, se había alejado en el mismo.

CHASQUEADO, Y CON LA AÑADIDA AMARGURA de saber que de haber actuado con más osadía se hubiera asegurado, al menos, una participación en las mil libras, caminó hasta el Embankment, maldiciendo el desatino que le había inducido a desaprovechar la fortuna que había estado a su alcance. Con las manos hundidas en los bolsillos, recorrió la agotadora longitud de los muelles del Támesis, repasando una y otra vez los incidentes de la noche, mascullando constantemente una espeluznante maldición de su error. Había transcurrido una hora desde que Poiccart le diera esquinazo, cuando se le ocurrió que todo no estaba perdido. Tenía

su descripción, había examinado su cara, rasgo a rasgo, y esto ya era algo. Más aún, pensó que si detenían a aquel individuo gracias a su descripción, todavía podría reclamar la recompensa…, o parte de ella. No se atrevía a presentarse a Falmouth con la historia de que toda la noche había estado en compañía del hombre en cuestión sin haberlo hecho arrestar. Falmouth no se lo creería, y además resultaba excesivamente casual que hubiese llegado a conversar con él.

Esta última idea asaltaba por primera vez la mente de Billy. ¿Por qué extraña casualidad se había encontrado con aquel hombre? ¿Era posible, y este pensamiento aterró a Billy Marks, que el individuo al que había robado le hubiese reconocido *a él* y que deliberadamente lo hubiese buscado con la intención de matarlo?

Un frío sudor corrió por la estrecha frente del ladrón. Esos tipos eran asesinos, crueles y despiadados asesinos. ¿Y si…?

Abandonó la contemplación de unas posibilidades tan poco gratas para fijarse en un hombre que cruzaba la calzada en dirección hacia él. Lo contempló con expresión titubeante. El que se le acercaba era un individuo de apariencia joven, bien afeitado, con facciones afiladas e implacables ojos azules. Cuando estuvo más cerca, Billy se dio cuenta de que su primera impresión había sido engañosa; aquel hombre no era tan joven como parecía. Le calculó unos cuarenta años. Se le acercó haciéndole una seña para que se detuviese, pues Billy comenzaba a alejarse.

—¿Te llamas Marks? —preguntó el desconocido en tono autoritario.

—Sí, señor —admitió el ladrón.

—¿Has visto al señor Falmouth?

—No, desde anoche —contestó Billy, sorprendido.

—Entonces, tienes que ir a verlo enseguida.

—¿Dónde está?

—En la comisaría de Kensington. Han arrestado a un tipo y quiere que tú lo identifiques.

El corazón de Billy dio un salto.

—¿Me darán alguna recompensa?—quiso saber—. En caso de que lo reconozca, claro.

El otro asintió y Billy recobró sus esperanzas.

—Debes seguirme —añadió el desconocido—, pero a cierta distancia. El señor Falmouth no quiere que nos vean juntos. Saca

un billete de primera clase para Kensington y entra en el compartimiento siguiente al mío… Vamos.

Se dio media vuelta y atravesó la calzada en dirección a Charing Cross. Billy lo siguió a distancia.

Encontró al desconocido paseando por el andén, y no dio muestras de reconocerlo. Llegó un tren y el ladrón siguió al otro por entre el enjambre de obreros que estaban apeándose. Su guía entró en un vagón de primera clase, vacío, y él, obedeciendo las instrucciones, penetró en el compartimiento contiguo al elegido por el otro.

Entre Charing Cross y Westminster, Billy tuvo tiempo de estudiar su situación. Entre Westminster y St. James Park, planeó las excusas que le daría al superintendente; entre el Park y Victoria, completó su justificación para reclamar una parte de la recompensa. Después, cuando el tren penetró en el túnel, iniciando el recorrido de cinco minutos hasta Sloane Square, Billy notó una corriente de aire, y al volver la cabeza vio al desconocido asomado a su compartimiento, cuya puerta mantenía semiabierta.

Billy se sobresaltó.

—Levanta el cristal de esa ventanilla —ordenó el hombre, y Billy, hipnotizado por el imperio de aquella voz, obedeció. En aquel instante oyó una rotura de cristales. Se volvió, emitiendo un colérico gruñido.

—¿Qué juego es éste? —exigió.



Por toda respuesta, el desconocido giró retrocediendo de un salto y desapareció cerrando suavemente la puerta.

—¿Qué juego es éste? —repitió Billy con voz adormilada.

Miró al suelo y vio una ampolla rota a sus pies. Junto a los cristales yacía un reluciente soberano. Lo contempló estúpidamente durante un instante, y después, justamente cuando el tranvía llegaba a la estación de Sloane Square, se agachó para recogerlo…

10. LOS TRES QUE MURIERON

UN VIAJERO QUE SELECCIONABA calmosamente su compartimiento, durante la parada del tren en Kensington, abrió la puerta de uno y retrocedió tambaleándose y tosiendo. Un solícito maletero y un alarmado funcionario se apresuraron a abrir la puerta, y un malsano olor a *almendras amargas*[42] *se expandió por el aire.*

Se reunió delante del compartimiento un pequeño grupo de curiosos, atisbando unos por encima del hombro de los otros, mientras el inspector de la estación hacía su investigación. Un rato después, llegaron unos camilleros, un médico y un policía. Entre todos sacaron en la camilla la encogida forma de un hombre muerto y la dejaron sobre el andén.

—¿Han encontrado algo? —interrogó el policía.

—Un soberano y una ampolla rota —fue la respuesta.

El policía revisó los bolsillos del muerto.

—Parece que no lleva encima ningún documento que lo identifique —murmuró al tiempo que efectuaba el registro—. Llevaba un billete de primera… Debe de tratarse de un suicidio. Aquí hay una tarjeta…

La volvió, la leyó y su rostro experimentó un cambio.

Dio unas instrucciones apresuradas y corrió hasta la oficina de telégrafos más próxima.

El superintendente Falmouth, que llevaba dormitando unas pocas horas en la casa de Downing Street, se despertó con desasosiego y la incómoda sensación de que, a pesar de todas sus precauciones, el día terminaría desastrosamente. Apenas acababa de vestirse, cuando le anunciaron la llegada del comisario.

—Ya tengo su informe, Falmouth —fue el saludo del recién llegado —. Obró acertadamente al soltar a Marks… ¿Ha sabido algo de él esta mañana?

—No.

—Hum… Me pregunto si… ¿No se le ha ocurrido a usted que los Cuatro pueden haber husmeado el peligro?

—Naturalmente, señor —asintió Falmouth, con cierta sorpresa.

—¿Ha considerado cuál puede ser, en tal caso, su probable línea de acción?

—N…no…, a menos que adopte la forma de un intento de salir del país.

—¿No se le ha ocurrido que, mientras ese Marks los está buscando, probablemente ellos lo busquen a él?

—Billy es listo —comentó Falmouth, no sin alguna inquietud.

—También ellos lo son —objetó el comisario, subrayando las palabras con un gesto enfático—. Le aconsejo que se ponga en contacto con Marks y haga que lo vigilen dos de sus mejores muchachos.

—Lo haré al momento. Temo que debiera haber adoptado antes esta precaución.

—Voy a ver a sir Philip —continuó el comisario, añadiendo con una sonrisa vacilante—: Me siento obligado a asustarlo un poco.

—¿Por qué motivo?

—Quisiéramos que retirase ese Acta. ¿Ha visto usted los periódicos de la mañana?

—No, señor.

—Opinan con unanimidad que debe abandonarse el Acta…, pues, según ellos, no es tan necesario como para dar lugar al riesgo de que el propio país se divida por su causa. Están realmente temerosos de las consecuencias. Y ¡por mi vida! que también yo estoy algo asustado.

SUBIO POR LAS ESCALERAS, y, al llegar al rellano, tuvo que decir una contraseña a uno de sus subordinados.

Se había introducido esta medida con motivo del episodio del «policía» disfrazado. El ministro del Exterior estaba ahora en una posición de asedio. En nadie se había de confiar. Había sido convenida una contraseña y se habían tomado las precauciones precisas para evitar una repetición del anterior error.

Tenía levantada la mano para llamar a la puerta del estudio, cuando sintió que le atenazaban el brazo. Se volvió y vio a Falmouth con el rostro lívido y la mirada sobresaltada.

—Han acabado con Billy —anunció el superintendente, falto de

aliento—. *Acaban* de encontrarlo en un vagón de ferrocarril, en Kensington.

El comisario silbó.

—¿Cómo lo hicieron? —inquirió.

Falmouth era la fatigada imagen de la derrota.

—Vapores de ácido prúsico[43]—dijo amargamente—. Son científicos. Escuche, señor; convenza a ese hombre de que retire esa maldita Acta —indicó la puerta del despacho de sir Philip—. No lo salvaremos. Siento en mis huesos que es un condenado a muerte.

—¡Tonterías!—repuso secamente el comisario—. Se está poniendo nervioso. No ha dormido bastante, Falmouth. Lo que ha dicho no es propio de usted. Tenemos que salvarlo.

Se apartó de la puerta del despacho y llamó a uno de los agentes apostados en el descansillo.

—Sargento, dígale al inspector Collins que haga correr una llamada de urgencia por toda la zona, pidiendo que reúnan inmediatamente las reservas. Voy a poner en torno a Ramón un cordón —agregó, dirigiéndose a Falmouth— de tal grosor, que nadie podrá llegar hasta él sin ser aplastado hasta morir.

Antes de una hora, pudo presenciarse en Londres una escena sin parangón en la historia de la metrópoli. De cada uno de los distritos acudió un pequeño ejército de policías. Llegaban en tren, en tranvía, en autobús, en cuantos vehículos y medios de tracción pudieron requisarse. Salían a torrentes de las estaciones, atravesaban en tropel las calles, hasta que Londres quedó pasmado al darse cuenta de la potencia de sus defensas cívicas.

Whitehall no tardó en quedar atestado de policías, de extremo a extremo. El parque de St. James se volvió negro por los uniformes. Automáticamente, Whitehall, Charles Street, Birdcage Walk y la punta oriental del Mall quedaron cerradas a todo tráfico por compactas falanges de policías a caballo. St. George Street pasó a manos de la policía, siendo ocupado el tejado de cada casa por un hombre uniformado. Todas las casas, todas las habitaciones de los alrededores de la residencia del ministro de Asuntos Exteriores fueron sometidas a un escrupuloso registro. Era como si hubieran proclamado la ley marcial, y hasta dos regimientos de Guardias estuvieron acuartelados todo el día, preparados para cualquier emergencia. En el despacho de sir Philip, el comisario, apoyado por Falmouth, efectuó su última súplica al obstinado individuo cuya

vida se hallaba amenazada.

—Le advierto, señor —le amonestó gravemente el comisario— que no podemos hacer más de lo que hemos hecho, y aún temo que no sea bastante. Esos cuatro hombres me producen el efecto de que son sobrenaturales. Temo horriblemente que, a pesar de todas nuestras precauciones, haya quedado algún cabo suelto; que hayamos descuidado algún detalle que ellos, con su diabólica astucia, puedan utilizar. La muerte de ese Marks me saca de quicio. Esos Cuatro parecen omnipresentes y omnipotentes. Le ruego, señor, por el amor de Dios, que reflexione bien antes de rechazar finalmente las condiciones de esos individuos. ¿Tan absolutamente necesaria es la adopción de ese Acta?—hizo una leve pausa, tras la cual preguntó con contundente franqueza—: ¿Merece su vida?

La crudeza de la pregunta hizo que sir Philip adoptase una expresión de disgusto. Aguardó unos segundos antes de responder, y cuando lo hizo, fue con voz grave y firme.

—No la retiraré —manifestó lentamente, con terca, obstinada uniformidad de tono—. No la retiraré en ninguna circunstancia.

»He ido ya demasiado lejos —prosiguió, levantando una mano para impedir que Falmouth hablase—. He atravesado la frontera del miedo e incluso de todo resentimiento. Ahora, la cuestión es para mí de mera justicia. ¿Estoy acertado al introducir una ley que eliminará de este país viveros de criminales peligrosamente inteligentes que, disfrutando de la inmunidad al arresto, inducen a los ingenuos a cometer actos de violencia y traición? ¿O tienen ellos la razón, y es ésta una medida injusta, un acto de tiranía, un resto de barbarie aislado en el mismo corazón del pensamiento del siglo veinte…, un anacronismo? Si ellos tienen razón, yo soy el equivocado. Llegando a esta encrucijada, me veo obligado a adoptar uno de los dos criterios del bien y del mal… y adopto el mío.

Enfrentó la perpleja mirada de sus dos oyentes con expresión tranquila, resuelta.

—Ustedes han obrado juiciosamente al adoptar sus medidas protectoras —prosiguió calmosamente—. Yo he sido un necio al molestarles para que me protejan.

—Todavía hemos de tomar nuevas precauciones —le interrumpió el comisario—. Entre las seis y las ocho y media de esta noche deseamos que permanezca usted en su despacho, y que

bajo ninguna circunstancia abra la puerta a nadie…, ni siquiera al señor Falmouth o a mí. Durante este tiempo, tendrá la puerta cerrada… —titubeó—. Aunque si prefiere que alguno de nosotros le haga compañía…

—No, no —le atajó el ministro rápidamente—. Después de la suplantación de personalidad de ayer, prefiero estar solo.

El comisario asintió.

—Esta habitación está a prueba de anarquistas —prosiguió, abarcando con la mano toda la estancia—. Durante la noche hemos efectuado una cuidadosa inspección, examinando los suelos, paredes y el techo, y hemos reforzado con planchas de acero los postigos de las ventanas.

Paseó la mirada por el cuarto con la expresión del hombre a quien cada objeto le resulta familiar.

De pronto, reparó en algo nuevo. Sobre la mesa había un jarro de porcelana azul lleno de rosas.

—Esto es una novedad —observó, inclinando la cabeza para aspirar la fragancia de las hermosas flores.

—Sí —respondió Ramón con ligereza—, esta mañana las han traído de mi finca.

El comisario arrancó un pétalo de una de las rosas y lo enrolló entre sus dedos.

—Parecen tan reales —comentó de manera paradójica— que podrían ser artificiales.

Mientras hablaba tuvo conciencia de que asociaba aquellas flores con… ¿con qué?

Bajó con lentitud por la noble escalinata de mármol, donde había un policía en cada peldaño, y fue dándole a conocer su opinión a Falmouth.

—No podemos censurar al ministro por su decisión. En realidad, hoy le admiro más que nunca. Pero —añadió con súbita solemnidad —estoy asustado…, sí, estoy asustado.

Falmouth se abstuvo de comentarios.

—La libreta no nos dice nada —prosiguió el comisario—, excepto la ruta que sir Philip hubiera tomado por calles laterales de haber estado ansioso por llegar a Downing Street inadvertido. La futilidad del plan es casi alarmante, pues es tal la evidencia de que se esconde una mente sumamente sutil detrás de la al parecer inocente lista de calles, que estoy convencido de que no hemos

penetrado el verdadero significado de esa lista.

SALIO A LA CALLE deslizándose entre apiñados grupos de policías El extraordinario carácter de las precauciones tomadas por la policía daba como resultado natural que el público ignorase lo que sucedía en Downing Street. A los periodistas les estaba prohibida la entrada en aquel círculo mágico, viéndose obligados, especialmente los reporteros de los diarios de la tarde, a depender de los comunicados ofrecidos a regañadientes por Scotland Yard. Las informaciones, por tanto, eran escasas, en tanto que las pistas y las teorías, que abundaban, eran variadas y sugestivas.

El Megaphone, periódico que se consideraba el más directamente interesado en las acciones de los Cuatro Justos, tensó todos sus nervios para obtener noticias sobre los últimos acontecimientos. Con la llegada del día fatal, la excitación alcanzó un grado extraordinario, y cada nueva edición de los diarios de la tarde se agotaba tan pronto como salía a la calle. Había poco material para satisfacer las exigencias de un público ávido de emociones, mas, pese a ella, era ofrecido. Fotografías del número 44 de Downing Street, retratos del ministro, planos de los alrededores del Ministerio de Asuntos Exteriores, junto con diagramas que ilustraban las precauciones de la policía, acompañaban a las columnas de letra impresa donde se narraba, no por primera vez sino por la duodécima al menos, la vida de los Cuatro Hombres según se desprendía de la relación de sus crímenes.

Y con la curiosidad en su punto candente, con todo Londres, toda Inglaterra, todo el mundo civilizado hablando de una sola y única cosa, cayó como una bomba la noticia de la muerte de Billy Marks.

Variadamente descrito como uno de los detectives interesados en el caso, como un policía extranjero, como el propio Falmouth disfrazado, la muerte de Marks dejó de ser un «Suicidio en un vagón de ferrocarril» para adquirir su importancia real. En menos de una hora, la historia de la tragedia, inexacta en sus detalles, veraz en su sustancia, llenó columnas y más columnas de la prensa. ¡Misterio sobre misterio! ¿Quién era aquel individuo mal trajeado? ¿Qué parte estaba tomando en aquel juego, cómo se había acercado a su muerte?, preguntó el mundo inmediatamente; y poco a poco, reconstruida por ubicuos periodistas, la historia fue siendo dada a

conocer. Mas por encima aún de esta noticia se comentaba la gran marcha de la policía a Whitehall. Esto era una evidencia de la seriedad con que las autoridades se tomaban el asunto.

«Desde mi ventajoso punto de observación», escribía Smith en el Megaphone, «pude divisar Whitehall en toda su longitud. Era el espectáculo más grandioso que Londres haya presenciado jamás. No vi sino un inmenso mar de cascos negros llenando la ancha calle de un extremo a otro. ¡Policías! ¡Todo el vecindario estaba negro de policías! Abarrotaban las calles laterales, atestaban el Park, formaban, no un cordón, sino una compacta masa a cuyo través era imposible pasar».

El comisario de policía no había dejado nada al azar. Si se hubieran sentido satisfechos pensando que la astucia podía vencerse con la astucia, la destreza con la destreza, la cautela con más cautela todavía, se habrían contentado con defender a su protegido sobre unas líneas convencionales. Pero estaban superándose a sí mismos. La apuesta era demasiado alta para fiarse sólo de la estrategia; no, aquel caso exigía la fuerza bruta. Es difícil, escribiendo tantos días después de aquel suceso, comprender hasta qué punto el terror hacia los Cuatro se había apoderado de la más admirable fuerza policíaca del mundo, apreciar el pánico que había hecho presa en un cuerpo famoso por la claridad de sus ideas.

LA MULTITUD QUE BLOQUEABA los accesos a Whitehall pronto comenzó a crecer al circular la noticia de la muerte de Billy, y poco después de las dos de aquella tarde, por orden del comisario, el *puente de Westminster quedó cerrado al tráfico y a los peatones. La sección del Embankment comprendida entre Westminster y el puente de Hungerford fue a continuación despejada de curiosos por la policía; se interceptó la Avenida Northumberland y para antes de las tres no quedaba, en un radio de unos quinientos metros en torno a la residencia oficial de sir Philip Ramón, ningún espacio sin controlar por los representantes de la ley. Los miembros del Parlamento eran escoltados hasta la Cámara por policías montados y, tomando sobre sí una gloria reflejada, eran aclamados por el gentío. Durante toda la tarde cien mil personas esperaron pacientemente sin ver nada, salvo, cuando se empinaban sobre las cabezas de la tropa policial, las agujas y las torres de la Madre de los Parlamentos, o las lisas fachadas de los edificios. En la plaza de Trafalgar, a lo largo del Malí hasta donde la policía se lo permitía, en la bajada de la calle Victoria, incluso (ocho*

personas) en el Dique de Albert, creciendo en volumen a cada momento, Londres esperaba, esperaba con paciencia, ordenadamente, contentándose con fijar su vista en nada, sin obtener a cambio de su cansancio otra satisfacción que la de estar tan próxima como era humanamente posible a la que iba a ser la escena de la tragedia. Un forastero recién llegado, desconcertado a la vista de la concurrencia, preguntó el motivo de la misma. Un individuo algo separado del enjambre del Embankment apuntó más allá del río con el tubo de su pipa.

—Estamos esperando a que maten a un hombre —dijo simplemente, como quien alude a una función familiar.

Por entre los apretados grupos de gente, los vendedores de periódicos hacían su agosto. Las hojas color rosa pasaban de mano en mano por encima de las cabezas de la muchedumbre. Cada media hora salía una nueva edición, una nueva hipótesis, una nueva descripción del ambiente, del que los mismos lectores formaban parte pintoresca, aunque ineficaz. El despeje del Embankment del Támesis produjo una edición; el cierre del puente de Westminster otra; el arresto de un socialista que trató de arengar a la multitud de Trafalgar Square, fue la causa de otra edición. Todas las incidencias del día quedaron fielmente registradas y fueron industriosamente devoradas.

Estuvieron esperando toda la tarde, revisando una y otra vez la historia de los Cuatro, teorizando, especulando, enjuiciando. Se habló del momento culminante como si de un espectáculo anunciado se tratase, en tanto contemplaban las tardas agujas del Big Ben[44] *que iban dejando atrás los remolones minutos. «Sólo dos horas más de espera», decían a las seis, y esa frase, o más bien el tono de complacida anticipación con que se decía, ponía de manifiesto el ánimo de la chusma; pues la chusma es siempre cruel, despiadada e implacable.*

Sonaron las siete, y el tormentoso murmullo cesó. Londres observaba en silencio, con latidos acelerados, el moroso movimiento en los cuadrantes del inmenso reloj durante la última hora.

En las disposiciones adoptadas en Downing Street se habían introducido ligeros cambios, y fue poco después de las siete cuando sir Philip abrió la puerta de su despacho, donde se hallaba solo, y llamó por señas al comisario y a Falmouth. Ambos se le acercaron, deteniéndose a unos pasos de la puerta.

El ministro estaba pálido, y en su rostro había líneas nuevas. Pero la mano que sostenía el periódico estaba firme, y el semblante se

asemejaba al de una esfinge.

—Voy ya a cerrar con llave la puerta —dijo sosegadamente—. Supongo que se están llevando a cabo todas las precauciones adoptadas…

—Sí, señor —respondió el comisario con el mismo tono voz.

Sir Philip iba a hablar, pero se contuvo.

Sin embargo lo hizo al cabo de unos instantes.

—De acuerdo con mis luces he sido un hombre justo —murmuró más bien para sí—. Suceda lo que suceda, estoy seguro de haber obrado bien… ¿Qué es esto?

Desde fuera, débilmente, llegaba un clamor.

—El pueblo., que lanza vivas en su honor —explicó Falmouth, que poco antes había realizado una ronda de inspección.

El ministro curvó desdeñosamente un labio, y el familiar ácido empapó su voz.

—Se sentirán terriblemente desilusionados si nada ocurre —dijo con amargura—. ¡El pueblo! ¡Dios me libre del pueblo, de su simpatía, de sus aplausos, de su insufrible piedad!

Dio media vuelta y desapareció tras la pesada puerta de su despacho, que cerró lentamente. Los dos policías oyeron el clic de la cerradura al girar la llave.

Falmouth consultó su reloj.

—Cuarenta minutos —fue su lacónico comentario.

LOS CUATRO HOMBRES permanecían de pie, en medio de la oscuridad.

—Casi es la hora —susurró la voz de Manfred, y Terrí arrastró los pies hacia adelante y buscó algo en el suelo.

—Déjenme encender una cerilla —refunfuñó.

—¡No!

Le detuvo la voz restallante de Poiccart. Fue González el que entonces se agachó y palpó el suelo con sus sensibles dedos.

Halló un alambre y lo puso en la mano de Terrí, siguió buscando, encontró otro y Terrí los unió diestramente.

—¿Aún no es la hora? —inquirió Terrí, falto de aliento a causa del esfuerzo realizado.

—Espera.



Manfred escrutaba la esfera luminosa de su reloj. Aguardaban en completo silencio.

—Es la hora —pronunció Manfred con solemnidad, y Terrí alargó la mano… y exhaló un quejido, cayendo desplomado.

Los tres oyeron el quejido, y sintieron más que vieron la tambaleante figura del joven, y a sus oídos llegó el sordo choque contra el suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró una voz trémula; era la de González.

Manfred estaba ya al lado de Terrí, palpándole por dentro de la camisa.

—Terrí ha cometido una torpeza y ha pagado las consecuencias —observó con voz queda.

—Pero Ramón…

—Ya veremos, ya veremos —le atajó Manfred, con una mano todavía sobre el corazón del caído.

AQUELLOS CUARENTA MINUTOS fueron los más largos de la vida de Falmouth. Había tratado de pasarlos más deprisa haciendo recuento de algunos de los famosos casos criminales en los que

había desempeñado el papel de protagonista. Pero se encontró con que su lengua se rezagaba tras su mente. Su habla se fue haciendo incoherente, casi histérica. Se había hecho correr la orden de que se hablase lo menos posible, y en tono nunca superior al susurro, de manera que reinaba un silencio absoluto, con excepción del murmullo sibilante ocasional producido al ser formulada y respondida alguna pregunta necesaria.

Había policías apostados en todas las habitaciones, en el tejado, en el sótano, en cada corredor, y todos estaban armados. Falmouth miró a su alrededor. Se hallaba sentado en el despacho del secretario, tras disponer que éste se marchase a la Cámara. Todas las puertas estaban abiertas de par en par y sujetas con cuñas, para que ningún grupo de policías estuviese fuera de la vista de otro.

—No entiendo qué es lo que puede suceder —susurró Falmouth por vigésima vez al comisario—. Es imposible que esos individuos lleven a cabo su amenaza…, absolutamente imposible.

—La cuestión, según yo la veo, es si cumplirán su otra promesa —repuso el comisario—: si, una vez hayan reconocido su fracaso, renunciarán definitivamente a su intento. Una cosa es segura —prosiguió—: si Ramón sale con vida de este trance, su podrida Acta será votada sin oposición.

Consultó su reloj (que tenía en la mano desde que sir Philip se había encerrado en su despacho).

—Faltan cinco minutos —anunció, suspirando con ansiedad.

Fue lentamente hacia la puerta del despacho de sir Philip y prestó oído atento.

—No oigo nada.

Los siguientes cinco minutos transcurrieron con más lentitud que todos los precedentes.

—Es exactamente la hora —musitó Falmouth con voz ahogada —. Hemos…

Retumbó en la distancia una campanada del Big Ben.

—¡La hora! —susurró el superintendente, y los dos hombres escucharon.

—Dos… —murmuró Falmouth, contando cada campanada.

—Tres…

—Cuatro…

—Cinco… ¿Qué ha sido eso? —murmuró rápidamente.

—No he oído nada… ¡Sí, he oído algo!—el comisario corrió

disparado hasta la puerta y se agachó para mirar por el agujero de la cerradura—. ¿Qué es eso? ¿Qué…?

Del interior del despacho llegó a los oídos de ambos policías un breve y agudo quejido de dolor, un golpe seco… y silencio.

—¡Rápido…, por aquí, muchachos! —gritó Falmouth, arrojándose con todo su peso contra la puerta.

La madera no cedió ni medio centímetro.

—¡Todos juntos!

Tres agentes corpulentos embistieron la puerta, que cedió, a punto de saltar de sus goznes.

Falmouth y el comisario entraron como una tromba en el despacho.

—¡Dios mío! —exclamó el superintendente, horrorizado.

Echada sobre la mesa a la que estuviera sentado yacía la figura del ministro.

Todos los papeles y objetos menudos que atestaban el escritorio estaban esparcidos por el suelo, como arrojados en una lucha.

El comisario se aproximó al caído y lo incorporó. Una ojeada a su rostro fue suficiente.

—¡Muerto! —susurró roncamente. Miró en torno suyo… Exceptuando a los policías que acababan de entrar y a sí mismo, la habitación estaba vacía.

11. UN RECORTE DE PERIODICO

LA SALA DEL TRIBUNAL volvía a estar atestada aquel día, aguardando la declaración del comisario adjunto de Policía y de sir Francis Katling, el célebre cirujano.

Antes de iniciar la encuesta, el coroner[45] observó que había recibido gran cantidad de cartas procedentes de toda clase de personas, conteniendo teorías, algunas de ellas especialmente fantásticas, en torno a la muerte de sir Philip Ramon.

—La policía me ha comunicado que está dispuesta a estudiar todas las sugerencias recibidas —continuó el coroner—, y que agradecerá cualquier opinión, por extraña que parezca.

El comisario adjunto fue el primer testigo llamado, y expuso detalladamente la historia de los sucesos que habían desembocado en el hallazgo del cadáver del ministro. A continuación, pasó a describir el aspecto de la habitación. Unas estanterías repletas de libros cubrían dos paredes del despacho; la tercera, orientada al suroeste, tenía tres ventanas, y la cuarta estaba ocupada por un marco que contenía unos mapas fijados por el sistema de rodillos.

—¿Estaban cerradas las ventanas?

—Sí.

—¿Adecuadamente protegidas?

—Sí, por medio de postigos plegables reforzados con acero.

—¿Existía algún indicio de que hubieran sido manipuladas?

—No, en absoluto.

—¿Ordenó usted un registro de la estancia?

—Sí, un registro minucioso.

El portavoz del jurado intervino:

—¿Inmediatamente?

—Sí; tan pronto se llevaron el cadáver sacamos todos los

muebles de la habitación, levantamos las alfombras y se inspeccionaron escrupulosamente el techo y las paredes.

—¿No se encontró nada? —inquirió a su vez el coroner.

—Nada.

—¿Hay chimeneas en el despacho?

—Sí.

—¿Existe alguna posibilidad de que alguien efectuase una entrada por ese medio?

—Ninguna.

—¿Ha leído usted los periódicos?

—Sí, algunos.

—¿Ha visto la sugerencia de que el difunto muriese debido a la introducción de un gas letal?

—Sí.

—¿Es esto posible?

—No lo creo.

—¿Encontró algún medio —volvió a intervenir el portavoz del jurado —por el que hubieran podido introducir un gas?

El testigo vaciló.

—Ninguno, excepto una vieja tubería de gas en desuso, que tenía un orificio de entrada por encima del escritorio, en el techo.

Sensación.

—¿Había algún indicio de la presencia de tal gas?

—Absolutamente ninguno.

—¿Ningún olor?

—Ninguno.

—Pero hay gases letales no perceptibles…

—Sí, en efecto.

—¿Analizaron la atmósfera en busca de ese gas? —inquirió el portavoz del jurado.

—No, pero entré en el despacho antes de que hubiera tenido tiempo de disiparse, y lo habría percibido.

—¿Se hallaba desordenada la habitación en alguna forma? —preguntó el coroner.

—No, a excepción de los papeles y objetos caídos del escritorio.

—¿Estaban, pues, revueltos los objetos del escritorio?

—Sí.

—¿Podría describir el aspecto exacto de la mesa?

—Sólo seguían en su posición acostumbrada algunos objetos pesados, como los candelabros de plata. En el suelo había gran cantidad de papeles, así como un tintero, una pluma, un florero roto y algunas rosas.

—¿Halló algo en la mano del finado?

—Sí, esto.

El comisario extrajo algo de una cartera y lo exhibió. Era un pequeño capullo de rosa marchito, de color negro. Un estremecimiento de horror sacudió a toda la sala.

—¿Es eso una rosa?

—Sí.

El coroner consultó el informe presentado por el comisario.

—¿Observó algo peculiar en aquella mano?

—Presentaba una mancha negra en el lugar donde había estado la flor.

Sensación.

—¿Puede explicar esa mancha?

—No.

—¿Qué medidas tomó usted —preguntó el portavoz del jurado— cuando descubrió la mancha?

—Ordené recoger cuidadosamente todas las flores y tanta agua como fue posible absorber con papeles secantes. Todo ello se envió al Ministerio del Interior para su análisis.

—¿Conoce el resultado de dicho análisis?

—Por lo que sé, no ha revelado nada.

—¿Se incluyeron en este análisis pétalos de la rosa que tiene usted en su poder?

—Sí.

El comisario pasó entonces a dar una relación de las disposiciones adoptadas por la policía para aquel trágico día. Era de todo punto imposible, destacó enfáticamente, que hubiese entrado o salido alguien del número 44 de Downing Street sin ser visto. Inmediatamente después del asesinato, todos los policías que allí estaban de servicio recibieron la orden de no moverse en absoluto. La mayoría de ellos, afirmó el testigo, estuvieron de servicio veintiséis horas seguidas.

Fue en aquel momento cuando se puso de manifiesto el rasgo más sensacional de la encuesta. Apareció con dramática

brusquedad y como resultado de una pregunta formulada por el coroner, que constantemente consultaba la declaración firmada por el comisario, la cual tenía delante.

—¿Conoce a un hombre llamado Terrí?

—Sí.

—¿Pertenecía a una banda que se da a sí misma el nombre de «Los Cuatro Hombres Justos»?

—Eso tengo entendido.

—¿Se ofrecía una recompensa por su detención?

—Sí.

—¿Era sospechoso de complicidad en el complot para asesinar a sir Philip Ramón?

—Sí.

—¿Ha sido encontrado?

—Sí.

Esta respuesta monosilábica extrajo un espontáneo grito de sorpresa de la abarrotada sala.

—¿Cuándo lo hallaron?

—Esta mañana.

—¿Dónde?

—En los Pantanos de Romney.

—¿Estaba muerto?

—Sí.

Sensación.

—¿Había algo especial en el cadáver?

Toda la sala aguardó la respuesta con la respiración suspendida.

—Sí. ¡En la palma de la mano derecha había una mancha semejante a la encontrada en la mano de sir Philip Ramón!

Un escalofrío corrió a través de la masa de espectadores.

—¿Hallaron asimismo una rosa en la mano?

—No.

—¿Hubo algún indicio —se interesó el portavoz del jurado— de cómo llegó ese Terrí al sitio donde fue descubierto?

—Ninguno.

El testigo añadió que en el cuerpo de Terrí no se habían encontrado papeles de ninguna clase.

SIR FRANCIS KATLING fue el testigo siguiente. Tras prestar

juramento, pidió permiso para declarar desde la mesa del procurador, sobre la cual había extendido las voluminosas notas de sus observaciones. Durante media hora se dedicó a dar una explicación puramente técnica de sus exámenes. Existían tres posibles causas de la muerte. Esta podía haber sido natural: la debilidad del corazón del finado era suficiente como para justificar esta causa; podía haber sido producida por asfixia; podía, finalmente, ser el resultado de un golpe que, por algún medio extraordinario, no hubiese dejado contusión visible.

—¿Había rastros de veneno?

—No.

—¿Ha oído la declaración del último testigo?

—Sí.

—¿Y la parte de dicha declaración que trata de una mancha negra?

—Sí.

—¿Examinó usted esa mancha?

—Sí.

—¿Ha elaborado alguna teoría al respecto?

—Tengo la impresión de que se debe a la presencia de algún ácido.

—¿Parecido al ácido carbólico, por ejemplo?

—No exactamente. No había indicios de ninguno de los ácidos normalmente expedidos en el comercio.

—¿Vio la mano de ese Terrí?

—Sí.

—¿Tenía su mancha las mismas características?

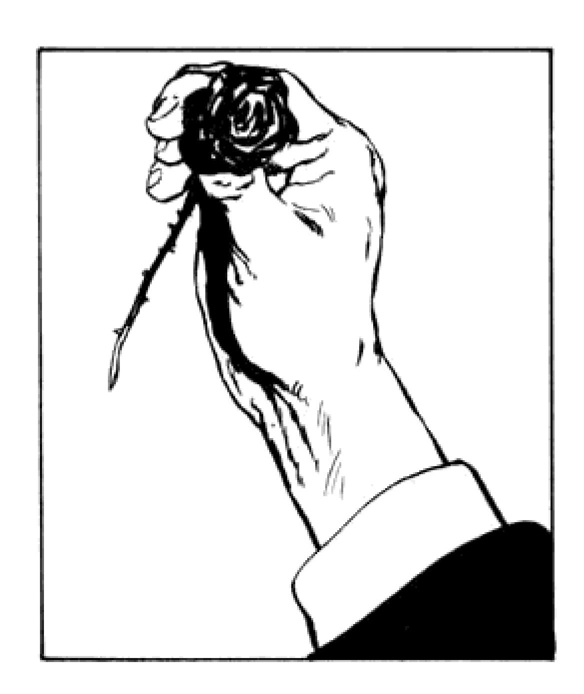
—Sí, pero era mayor y más irregular.

—¿Había indicios de algún ácido?

—Ninguno.

—¿Está enterado —intervino el portavoz del jurado —de las fantásticas teorías forjadas por la prensa y el público?

—Sí, les he prestado una gran atención.



—¿Y no halla nada en ellas que le induzca a creer que el finado encontró la muerte por alguno de los métodos sugeridos?

—No.

—¿Por un gas?

—Imposible. Habría sido detectado.

El coronar volvió a tomar las riendas del interrogatorio.

—La introducción en aquel despacho de un veneno sutil que asfixiase sin dejar huellas…, ¿sería posible acaso?

—Si existe tal tóxico, la ciencia médica lo desconoce.

—¿Ha visto la rosa encontrada en la mano de sir Philip?

—Sí.

—¿Puede formular alguna teoría al respecto?

—Ninguna en absoluto.

—¿Tampoco para la mancha negra?

—Tampoco.

El portavoz del jurado volvió a ponerse de pie.

—¿No se ha formado ninguna opinión definida respecto a la causa de la muerte?

—No. Me limito a someter a la consideración del jurado una de las tres sugerencias que ya he ofrecido.

—¿Cree usted en el hipnotismo?

—Sí, hasta cierto punto.

—¿En la sugestión hipnótica?

—También hasta cierto punto.

—¿Cabe la posibilidad de que la sugestión de una muerte tan insistentemente anunciada para una hora dada, sugestión persistente durante días y semanas, hubiera conducido a la muerte?

—Temo no entender bien su pregunta.

—¿Es posible que el finado haya sido víctima de una sugestión hipnótica?

—No lo creo factible.

—Usted ha hablado de un golpe que no deja contusiones —intervino el portavoz del jurado—. ¿Ha sido testigo alguna vez de un caso semejante?

—Sí, en dos ocasiones.

—¿Un golpe suficiente para causar la muerte?

—Sí.

—¿Sin dejar ninguna magulladura o señal de cualquier otra clase?

—Sí. En Japón intervine en un caso en el que produjeron la muerte instantánea de un individuo por medio de una presión especial aplicada a la garganta.

—¿Es corriente tal cosa?

—No; es algo extraordinario, tanto como para provocar un alboroto considerable en los círculos médicos. Este caso quedó registrado en el British Medical Journal, en 1896.

—¿No había contusión ni magulladura?

—Absolutamente ninguna.

A continuación, el famoso cirujano leyó un largo extracto del British Medical Journal en apoyo de su declaración.

—¿Diría usted que el finado falleció de ese modo?

—Es posible.

—¿Avanza esa afirmación como una posibilidad a tener en cuenta? —la pregunta partió del portavoz del jurado.

—Sí.

El interrogatorio del testigo finalizó con unas cuantas preguntas más de carácter técnico.

CUANDO EL CELEBRE CIRUJANO dejó el estrado de los testigos se produjo un murmullo en el que se traslucía una profunda decepción. Se había esperado que la declaración del experto en medicina arrojase luz en las zonas oscuras, pero lo cierto era que su testimonio en nada había descorrido el velo que ocultaba el misterio de la muerte de sir Philip Ramón.

El siguiente testigo fue el superintendente Falmouth, quien prestó declaración con voz clara y mesurada, aunque fue evidente que hablaba bajo el peso de una fuerte emoción.

Parecía sufrir indeciblemente por el fracaso de la policía en su misión de salvaguardar la vida del ministro asesinado. Era un secreto a voces que inmediatamente después de la tragedia, tanto él como el comisario adjunto presentaron sus dimisiones, las cuales, por orden expresa del Primer Ministro, les fueron denegadas.

El señor Falmouth repitió muchos de los detalles avanzados por el comisario, y refirió cómo se hallaba de servicio ante la puerta del despacho del ministro en el momento de la tragedia. Mientras repasaba los sucesos de aquella tarde, un silencio de muerte se cernió sobre la sala.

—¿Dice usted que oyó un ruido procedente del despacho?

—Sí.

—¿Qué clase de ruido?

—Bueno, resulta difícil describir lo que oí. Era uno de esos ruidos indefinidos parecidos al que produce una silla cuando la arrastran sobre una superficie blanda.

—¿Hubiera podido ser el ruido de una puerta o un panel al deslizarse?

—Sí.

Sensación.

—¿Es éste el ruido que describió en su informe?

—Sí.

—¿Descubrieron algún panel de pared deslizante’

—No.

—¿Alguna puerta corrediza?

—Tampoco.

—¿Hubiera sido posible que alguien estuviese escondido tras las estanterías de libros, o bien dentro de algún mueble?

—No, lo examinamos minuciosamente todo.

—¿Qué sucedió a continuación?

—Oí un clic y un quejido lanzado por sir Philip, e intenté forzar la puerta.

—¿Estaba cerrada? —preguntó el portavoz del jurado.

—Sí.

—¿Estaba solo sir Philip?

—Sí, por expreso deseo suyo.

—¿Efectuaron, después de la tragedia, un registro sistemático del interior y del exterior del edificio?

—Sí.

—¿Hicieron algún descubrimiento?

—Ninguno, excepto un detalle que es curioso en sí mismo, aunque es imposible que tenga relación con el caso.

—¿De qué se trata?

—Bueno, me refiero a la presencia de dos gorriones muertos en el alféizar de una de las ventanas del despacho.

—¿Fueron examinados?

—Sí, pero el cirujano que realizó la disección opinó que habían muerto de frío, y que habían caído desde el parapeto de arriba.

—¿Había algún rastro de veneno en esos pájaros?

—No pudo detectarse ninguno.

En aquel momento volvieron a llamar a sir Francis Katling. Había visto los pájaros. No había logrado detectar ningún rastro de veneno.

—Si tenemos en cuenta la posibilidad de la existencia de un gas del tipo ya mencionado en esta sala (un gas mortífero con la propiedad de disiparse rápidamente), ¿no habría podido matar a los dos gorriones el escape de una mínima cantidad del mismo?

—Sí, si estaban descansando en el alféizar.

—¿Relaciona esos pájaros con la tragedia? —inquirió el portavoz del jurado.

—Por supuesto que no —respondió con énfasis el testigo.

El superintendente Falmouth reanudó su declaración.

—¿Reparó en algún otro detalle curioso?

—En ninguno.

El coroner procedió entonces a interrogar al testigo respecto a las relaciones de Billy Marks con la policía.

—¿Hallaron en las manos de ese Marks una mancha parecida a las halladas en sir Philip Ramón y en Terrí?

—No.

12. CONCLUSION

FALMOUTH ESTABA SENTADO frente a la mesa escritorio del comisario jefe, con los dedos entrelazados ante él. Sobre la carpeta del escritorio yacía una delgada cuartilla gris.

El comisario volvió a tomarla en las manos y la leyó por segunda vez.

> *Cuando reciban esta nota (decía), nosotros, los que a falta de una denominación más feliz nos damos a conocer como «Los Cuatro Hombres Justos», nos habremos dispersado por Europa, y es poco probable que ustedes lleguen a dar con nuestro rastro. Sin espíritu de jactancia afirmamos: hemos consumado la misión que nos propusimos. No pecamos de hipócritas al insistir en que hemos dado este paso extremo forzados por la pura necesidad.*
>
> *La muerte de sir Philip Ramón bien puede considerarse como accidente, hemos de confesarlo. Terrí cometió un fallo técnico y pagó las consecuencias. Dependimos demasiado de sus conocimientos técnicos. Si efectúan un registro cuidadoso, resolverán pronto el misterio de la muerte de sir Philip Ramón… y comprobarán la veracidad de esa declaración. Adiós.*

—No nos dice nada —dijo el comisario.

Falmouth movió la cabeza con desesperanza.

—¡Registro!—exclamó con acrimonia—. Hemos registrado la casa de Downing Street desde la primera a la última baldosa… ¿Dónde más podríamos buscar?

—¿No hay ningún papel entre los documentos de sir Philip que pudiera ofrecernos alguna pista concebible?

—Ninguno que hayamos visto.

El comisario mordisqueó pensativamente el extremo de su pluma.

—¿Se ha examinado su casa de campo?

Falmouth frunció el entrecejo.

—No me pareció necesario.

—¿Ni tampoco la casa de Portland Place?

—Tampoco lo juzgué preciso, ya que estaba cerrada a la hora de cometerse el crimen.

El comisario se incorporó.

—Pruebe en la casa de Portland Place —aconsejó—. Ahora se halla en poder de los ejecutores testamentarios de sir Philip.

El superintendente alquiló un coche de punto, y un cuarto de hora después efectuaba una llamada en el lúgubre portal de la residencia urbana del difunto ministro del Exterior.

Un sirviente de grave continente abrió la puerta; era el mayordomo de sir Philip, a quien Falmouth ya conocía, el cual lo saludó con una reverente inclinación.

—Quiero registrar la casa, Perks. ¿Se ha tocado algo?

El hombre hizo un gesto negativo.

—No, señor Falmouth; todo está como lo dejó sir Philip. Ni siquiera han hecho el inventario los señores abogados.

Falmouth atravesó el helado vestíbulo para entrar en el confortable saloncito reservado para el mayordomo.

—Me gustaría empezar por el estudio.

—Temo que en ese caso habrá una dificultad, señor —objetó Perks respetuosamente.

—¿Por qué? —demandó Falmouth con acento severo.

—Es la única habitación de la casa de la que no tenemos llave. Sir Philip hizo instalar una cerradura de seguridad en su estudio, y siempre llevaba consigo la llave. Naturalmente, tratándose de un ministro del gabinete, y siendo extremadamente meticuloso, tenía fuertes escrúpulos a que entrasen en su estudio.

Falmouth reflexionó.

En Scotland Yard se habían depositado varias llaves halladas en el cadáver de sir Philip.

Garabateó una breve nota dirigida al comisario y envió un mensajero en coche al Yard.

Mientras esperaba sondeó al mayordomo.

—¿Dónde estaba usted, Perkins, cuando se cometió el asesinato?

—En la finca. Sir Philip envió fuera a todos los sirvientes, como recordará.

—¿Y esta casa…?

—Quedó vacía…, completamente vacía.

—¿Había alguna evidencia, cuando regresó, de que alguien hubiera efectuado una entrada?

—Ninguna, señor. Hubiera sido prácticamente imposible asaltar esta casa. Hay cables de alarma conectados con la comisaría más próxima, y las ventanas se cierran por un procedimiento automático.

—¿No habrá ninguna señal en las puertas o en las ventanas que le hiciera suponer que alguien había intentado entrar?

El mayordomo hizo un enfático gesto negativo con la cabeza.

—Ninguna. Durante el cumplimiento de mi deber diario reviso cuidadosamente la pintura de las puertas y ventanas, y hubiera notado cualquier marca de ese tipo.

MEDIA HORA MAS TARDE regresó el mensajero, en compañía de un agente de paisano, y Falmouth tomó de manos de éste un pequeño manojo de llaves. El mayordomo lo guió hasta el primer piso.

Indicó una pesada puerta de roble dotada de una cerradura diminuta. Falmouth probó una llave estrecha, que giró produciendo un clic, y la puerta se abrió silenciosamente.

Permaneció unos instantes en el umbral, pues la estancia estaba a oscuras.

—Olvidé —dijo Perkins— que las contraventanas están cerradas… ¿Las abro?

—Sí, por favor.

Momentos después, el cuarto quedó inundado de luz.

Era una estancia amueblada con sobriedad, de apariencia bastante similar a aquella donde el ministro había encontrado su fin. Despedía un rancio olor a cuero viejo, y tenía las paredes cubiertas por estanterías de libros. En el centro había un gran escritorio de caoba, con fajos de papeles pulcramente dispuestos.

Falmouth hizo un rápido y cuidadoso examen de este escritorio.

Tenía acumulada una espesa capa de polvo. A un extremo, al alcance del vacante sillón, había un teléfono.

—Sin timbre, claro —comentó Falmouth.

—En efecto —asintió el mayordomo—. A sir Philip no le gustaban los timbres. Hay un zumbador.

—Claro —murmuró Falmouth—. Recuerdo que… ¡Caramba!

Se inclinó ávidamente hacia adelante.

—Vaya, ¿qué le ha ocurrido al teléfono?

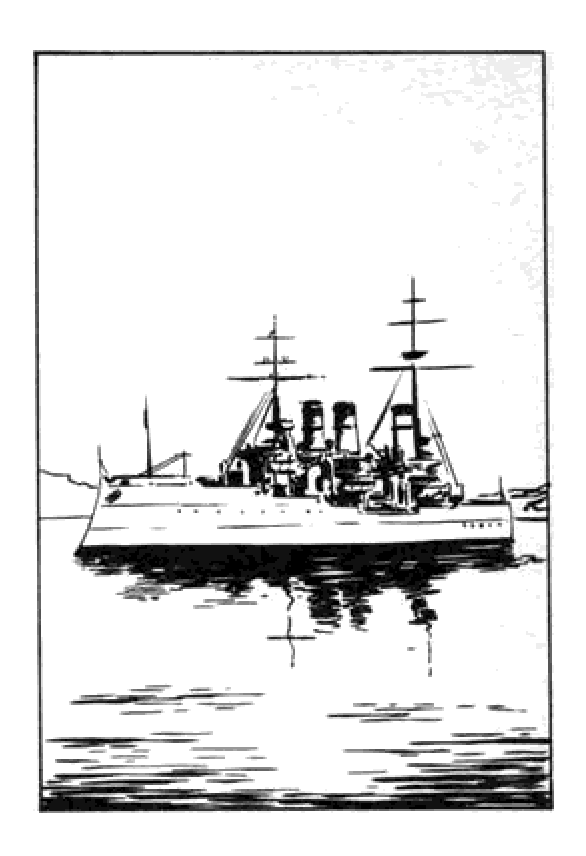
La pregunta estaba justificada, pues su acero estaba combado, torcido. Debajo de donde había estado el receptor de vulcanita, se veía un montoncito de ceniza negra, y el cordón que conectaba el aparato con el mundo exterior no era más que un cable retorcido y descolorido.

La parte de la mesa sobre la que el teléfono se apoyaba estaba chamuscada como bajo los efectos de un calentamiento súbito.

El superintendente respiró profundamente.

Se volvió hacia su subordinado.

—Vaya corriendo a la tienda de Miller el electricista, en Regent Street y pídale que venga al momento.



Estaba aún contemplando el teléfono cuando llegó el electricista.

—Señor Miller —dijo Falmouth lentamente—, ¿qué le ha ocurrido a este teléfono?

El electricista se ajustó sus quevedos e inspeccionó el arruinado aparato.

—Hum… Por lo visto, algún instalador de línea ha sido criminalmente descuidado.

—¿Instalador de línea? ¿Qué quiere decir? —preguntó Falmouth en tono perentorio.

—Me refiero a los obreros encargados de colocar los cables telefónicos.

Efectuó una segunda inspección.

—¿No lo ve?

Señaló el aparato.

—Ya veo que el teléfono está totalmente destruido…, pero ¿por

qué?

El electricista se agachó y cogió del suelo el chamuscado cable.

—Lo que quiero decir —explicó— es que alguien empalmó un cable de alto voltaje, probablemente un cable de la luz, a esta línea telefónica; y si se hubiese puesto alguien al… —calló de repente y su rostro se tomó blanco.

—¡Dios mío! —susurró—. ¡A sir Philip Ramón lo electrocutaron! 46.

Durante un rato ninguno habló. De pronto la mano de Falmouth marchó disparada al bolsillo y extrajo la pequeña libreta que Billy Marks había robado.

—¡Esta es la solución! —proclamó—. ¡Aquí está indicada la dirección que seguían los cables!… Pero ¿cómo es posible que el teléfono de Downing Street no quedase igualmente destruido.

El electricista, lívido y tembloroso, sacudió impacientemente la cabeza.

—Ya me he cansado de buscarle una explicación a los caprichos de la electricidad —comentó—. Además, la corriente, la fuerza completa de la corriente, pudo haber sido desviada (por ejemplo, pudo haberse formado un cortocircuito), pudo suceder cualquier cosa.

—¡Un momento!—exclamó ansiosamente Falmouth—. Suponga que el hombre que hizo el empalme hubiese cometido un fallo, y que hubiese recibido la corriente plena… ¿Habría dado eso lugar a lo que sucedió?

—Es posible…

—«Terrí cometió un fallo técnico… y pagó las consecuencias» —citó Falmouth pausadamente—. Los Hombres Justos tenían planeado telefonear al ministro y esperar a oír su voz antes de dar marcha a la corriente, pero por culpa del fallo de Terrí la conexión eléctrica se produjo antes de que tuvieran tiempo de hacer ponerse al teléfono a sir Philip… Este hubiera salvado su vida a no ser por el hecho de estar sosteniendo en la mano una rosa húmeda…, rosa que casualmente estaba rozando la parte metálica del teléfono y que le transmitió parte de la descarga…, suficiente para asustarlo… Tenía el corazón débil… ¡La chamusca- dura de la flor y de la mano, los gorriones muertos! ¡Cielo santo! ¡Está tan claro como la luz del día!

MAS TARDE UNA BRIGADA de policías registró el edificio de Carnaby Street, pero no encontraron nada…, nada a excepción de un cigarrillo a medio consumir que ostentaba la marca de un fabricante londinense y la matriz de un pasaje para Nueva York.

Tenía el sello «por R. M. S. Lucania». Era de primera clase, para tres pasajeros.

Cuando el Lucania arribó a Nueva York, lo registraron de proa a popa, pero no descubrieron a los Cuatro Hombres Justos.

Era González quien había puesto la «pista» para que la policía la encontrase.

NOTAS

[1] Capítulo décimo de La serpiente emplumada.

[2] De venta actual en librerías.

[3] «Thrilling a Nation. Reflections on the Writing of Mystery Stories» («Estremeciendo a una nación. Reflexiones sobre el arte de escribir relatos de misterio»), en John O'London's Weekly, diciembre de 1927.

[4] «Mystery Stories Today and Yesterday» («Historias de misterio de ayer y de hoy»), en The Bookman, diciembre de 1929.

[5] *Fragmento de Los cuatro hombres justos.*

[6] Discurso pronunciado el 11 de febrero de 1982 en el Club Internacional de la Prensa con motivo del cincuentenario de Wallace. Hoskins, compañero de Edgar, afirma haber tratado a este personaje.

[7] Carta fechada el 6 de noviembre de 1906.

[8] Publicado en junio de 1975 con motivo del centenario.

[9] Una filmografía y una bibliografía generales de Edgar Wallace, así como un estudio biográfico sobre este autor, van incluidos en su novela El círculo carmesí, publicada el presente año.

[10] Recuérdese que el presente libro se escribió en 1905.

[11] Médico y antropólogo italiano (1831-1910). Fue catedrático de la Universidad de Pavía, donde fundó el primer laboratorio de patología general de Europa. También fundó, ayudado por A. Zanetti, el museo mencionado por Edgar Wallace. Dentro del campo médico, sus intereses fueron múltiples, estando entre ellos la fisiognomía, ciencia auxiliar de la criminología. En su sentido más genérico, la fisiognomía estudia la conexión entre la psique de los

individuos y sus características físicas. En la época del presente relato se hallaba muy en boga. Se aplicó a la clasificación de los delincuentes. (Nota del traductor.)

12 Instrumento de ejecución consistente en un arco de hierro con que se sujeta, contra un *palo fijo, la garganta del condenado, oprimiéndola por medio de un tornillo de paso muy largo hasta conseguir la estrangulación. Según Barcia, la palabra* garrote *deriva de* garra, *de la cual es aumentativo. El Código Penal de 1882 introdujo en España la práctica de esta forma de ejecución*. (Nota del traductor.)

13 Scotland Yard (Patio de Escocia) es el nombre dado, por antonomasia, al Cuerpo de la policía de Londres. Al ser nombrado en 1662 comisario para inspeccionar el alumbrado, recogida de basuras, visita de tabernas después del toque de queda, etc., John Evelyn, sus agentes acostumbraban a reunirse y descansar en el patio de un antiguo palacio de la época de los anglosajones donde se recibía a los reyes de Escocia en sus visitas a Londres y el cual servía como una especie de cuartelillo de la escolta real escocesa. Respetando aquella tradición, la primera fuerza de policía de Londres, organizada a iniciativa del ministro sir Robert Peel, fue acuartelada en el mencionado palacio el 12 de agosto de 1829. (Nota del traductor.)

14 Espiritista profesional. Alusión a la explotación de la credulidad espiritista llevada a cabo por negociantes sin escrúpulos, muy abundantes en la época del presente relato. Con montajes trucados (mediante efectos de óptica, electromagnetismo, ventriloquia y mil recursos más) hacían creer a los ingenuos que podían establecer contacto con los difuntos. Wallace siempre tuvo aversión a este tipo de embaucadores, siendo más bien incrédulo en materia de espiritismo. Es de interés anecdótico para los aficionados a la narrativa detectivesca el saber que hubo una polémica entre nuestro autor y sir Arthur Conan Doyle (espiritista convencido), siendo el motivo de la disensión la potencial utilidad de los espíritus («sabuesos etéreos») como detectives. Wallace rechazó las extravagantes afirmaciones del creador de Sherlock Holmes en sus artículos «Edgar Wallace y los sabuesos etéreos» (Sunday News, 25 de agosto de 1929) y «Los médiums no pueden resolver misterios criminales» (publicación citada, 8 de septiembre de 1929). (Nota del traductor.)

15 Hombre de Estado inglés (1809-1898). Conservador en sus comienzos, pasó a ser líder del Partido Liberal. Fue Primer Ministro

en varias ocasiones. Intentó en vano hacer triunfar su proyecto de Home rule, que concedía un Parlamento a Irlanda. Fue también escritor, interesado como tal en las relaciones Iglesia-Estado y en la cultura homérica, entre otros temas. (Nota del traductor.)

16 Primer Ministro. (Nota del traductor.)

17 La palabra feniano es la castellanización del término inglés fenian, que a su vez procede de la fusión de dos vocablos: fiann (denominación de una organización guerrera irlandesa del siglo ni, acaudillada por el héroe Fionn) y Fene, uno de los nombres de la antigua población de Irlanda. La Fenian Brotherhood (Hermandad Feniana) fue una sociedad secreta fundada en Nueva York en 1856 por el patriota irlandés John O'Mahony (1816-1877), refugiado político. La Fenian Brotherhood se extendió al año siguiente a Irlanda, donde tomó el nombre de Irish Republican Brotherhood (Hermandad Republicana Irlandesa). Los fenianos, en su mayoría irlandeses, querían liberar a su patria del yugo inglés. Sus miembros se comunicaban entre sí por medio de un lenguaje misterioso y consignas alegóricas, y estaban unidos por terribles juramentos. De 1865 a 1868, la secta realizó numerosos atentados contra los hombres de Estado ingleses. (Nota del traductor.)

18 Antiguo nombre de la capital de Noruega, denominada Oslo desde 1925. (*Nota del traductor.*)

19 Calle donde se encuentra la residencia oficial del Primer Ministro inglés. (Nota del traductor.)

20 Calle de Londres donde se encuentran las redacciones y las agencias de los periódicos más importantes de Inglaterra. En ella estaba domiciliado el Club de la Prensa (actualmente en Shoe Lane, una de sus bocacalles), que Edgar Wallace llegaría a presidir.

21 Los hermanos corsos (Les fréres corsés, 1845) es una novela de Alejandro Dumas, padre, quien la dedicó a Próspero Merimée. (Nota del traductor.)

22 Antigua ciudad inglesa, muy próxima a Londres, con la que se halla fundida actualmente. (Nota del traductor.)

23 Filósofo estoico del siglo I. No escribió ningún libro, mas su doctrina nos ha llegado, en buena parte, a través de unos escritos de su discípulo Arriano de Nicomedia (*Disertaciones y Manual*). Su metafísica, poco clara (era más asertivo que demostrador), oscila entre el panteísmo y el monoteísmo. Intenta concebir la creación, incoherentemente, como una emanación panteísta, si bien, en el

capítulo 16 de la Disertación I, nos dice que basta una sola criatura para persuadirnos de la verdad de la Providencia. La muerte, como todo lo que nos sucede por voluntad de Dios, es buena. Hemos, pues, de aceptarla. Admiraba a los cristianos (a quienes denomina ora judíos, ora galileos) por su dominio de las pasiones, el cual, según reconoció, no era conseguido por los estoicos sino en teoría. No obstante, no llegó a conocer la teología cristiana. (*Nota del traductor.*)

24 El Crystal Palace (Palacio de Cristal), situado cerca de Londres, fue inaugurado en 1854, siendo su diseñador sir Joseph Paxton. Consta fundamentalmente de hierro y cristal. Sus jardines ocupan más de cien hectáreas, y se hallan dispuestos en terrazas adornadas con parterres, estatuas, fuentes y cascadas. (*Nota del traductor.*)

25 En 1904, año en que transcurre el relato, el poder adquisitivo de la peseta sufrió un fuerte bajón, tras el cual un kilogramo de pan costaba 52 céntimos, uno de patatas, 14 céntimos y uno de carne, 2,30 pesetas. (Nota del traductor.)

26 De los suburbios de Londres. Su habla es muy característica. (Nota del traductor.)

27 Término literario que designa el paso de lo sublime a lo ridículo o trivial. (Nota del traductor.)

28 Servia, o Serbia (Srbija), era un Estado de la región SE. de Europa. Su rey Alejandro I Obrenovich ascendió al trono en 1889, tras la abdicación forzosa de su padre Milano. Fue un monarca muy impopular. Casado con una dama de honor de la reina Natalia, llamada Draga Maschin, cundió el rumor en el ejército de que ésta pretendía el trono para su hermano. El descontento militar acabó en una conjura. En la madrugada del 11 de junio de 1903, el rey Alejandro, la reina Draga, sus dos hermanos, el presidente del Consejo de Ministros Markovich, el ministro de la Guerra Pavlovich y un gran número de sus partidarios fueron asesinados por los militares rebeldes, y el ejército proclamó rey al pretendiente Pedro Karageorgevich. Este múltiple asesinato motivó la ruptura de las relaciones diplomáticas de Servia con las grandes potencias. (Nota del traductor.)

29 Creadores, respectivamente, de Monsieur Lecoq y Sherlock Holmes, los detectives más célebres de la ficción del momento. (Nota del traductor.)

30 Estos botones eran de cianuro. (Nota del traductor.)

31 Tratase de motor-goggles, el mismo tipo de gafas que actualmente usan los motoristas. Recuérdese que gran parte de los autos de la época eran descubiertos. (Nota del traductor.)

32 CID son las siglas de Criminal Investiga- tion Department. (Nota del traductor.)

33 La agencia Pinkerton, de detectives privados, fue fundada en 1865 para suplir las deficiencias de la policía estatal, minada por la corrupción. En poco tiempo adquirió gran auge, llegando a contar con miles de agentes repartidos por todo el territorio de los Estados Unidos. La agencia adquirió gran renombre en Inglaterra gracias a la recuperación del cuadro de Gainsborough La duquesa de Devonshire, así como un millón de libras estafadas al Banco de Inglaterra. Su más célebre dirigente fue Robert Allan Pinkerton (1819-1884), hijo del fundador. En cierta ocasión, encargado de transportar veinticinco millones de dólares, fue asaltado en el tren por unos bandidos, que le robaron la caja de caudales… donde había únicamente papeles de periódico. Los billetes los llevaba fijos a la ropa interior. Escribió varios volúmenes de re cuerdos, como Thirty Years a Detective (Treinta años de detective), publicado en el año de su muerte. Sus hijos William Allan y Robert se encargaron de la dirección de la agencia. (Nota del traductor.)

34 La Légion d'Honneur es una orden fundada por Napoleón Bonaparte, siendo primer cónsul, mediante la ley del 29 del mes Floreal del año X (pintoresca denominación de la fecha 19 de mayo de 1802). En un principio pertenecieron a ella 6.000 personas escogidas entre militares, legisladores, magistrados, etc. La orden siguió subsistiendo pese a los cambios de régimen. El Gobierno decidió el 28 de octubre de 1870 que la condecoración de la Légion sólo sería conferida para premiar servicios militares o actos heroicos frente al enemigo. Los legionarios se clasificaban en grados, que iban ascendiendo por antigüedad. Se ingresaba por el grado de caballero (chevalier), para lo cual se exigía el requisito de haber prestado como mínimo quince años de servicios civiles o militares con distinción. (Nota del traductor.)

35 Alusión a una oleada de homicidios perpetrados al parecer por una misma persona, a quien la gente bautizó con el nombre de Jack el Destripador. El primero de los crímenes fue descubierto el 31 de agosto de 1888 en la calle actualmente denominada Durward, detrás de la estación de Metro de Whitechapel. La

víctima, una prostituta de edad madura, tenía la cabeza casi separada del tronco y el cuerpo abierto en canal. El asesino envió esta nota a los periódicos: «Me he lanzado contra las putas, y no pararé hasta que me atrapen.» El 30 de septiembre apareció el cuerpo, aun caliente, de la prostituta sueca Longliz, con una puñalada en la garganta. Aquella misma noche el asesino acabó con la también meretriz Catherine Eddowes en la plaza Mitre. Las entrañas y una oreja de la víctima estaban desparramadas junto a su cadáver. Faltaban los ovarios y los riñones. El 9 de noviembre el Destripador mató a la prostituta Mary Jane Kelly, de veinticuatro años, en el domicilio de ésta. Le cortó las orejas, la nariz y los senos, y le extrajo el corazón y los riñones, dejando estos órganos sobre la mesilla de noche. El asesino utilizaba con maestría consumada un instrumento sumamente afilado. Primeramente abría una cisura a punta de bisturí en el vientre de sus víctimas y luego rasgaba. Existen hipótesis variadas sobre la identidad de este personaje. En Point of Arrival, Chaim Bermant opina que fue un fanático religioso judío que se sentía ejecutor de la justicia talmúdica. Algo parecido sucede en la bien escrita novela de tensión The Lodger (El huésped), de Marie Belloc Lowndes, interpretación literaria del tema. Algunos afirmaron que se trataba de un cirujano, otros que un matarife, etc. (Nota del traductor.)

36 Thomas de Quincey (1785-1859) fue un ensayista misceláneo británico, recordado aún hoy por el El asesinato considerado como una de las Bellas Artes, raro exponente del humorismo inglés, donde justifica el asesinato desde criterios estéticos. De Quincey, siendo estudiante en Oxford, se acostumbró al opio, droga que tomó en un principio para calmar sus dolores de estómago y que siguió tomando como estimulante intelectual y como compensación de los sinsabores procurados por su agrio y nervioso temperamento. El opio le mantenía en un estado de ensueño continuado. Más adelante, durante un oasis de serenidad en que supo vencer esta pasión, utilizaría sus experiencias de drogadicto en la descripción de sueños espeluznantes. Recayó en los paraísos artificiales con motivo de la fuerte depresión subsiguiente a importantes pérdidas familiares. Otro de sus ensayos todavía leído es Confesiones de un inglés tomador de opio (Confessions of an English Opium Eater, Londres, 1821).

37 Palabras que Bruto, el asesino de Julio César, dirige a Casio en la escena tercera del cuarto de Julio César, de Shakespeare. El

párrafo completo dice: «¡Acordaos de marzo, acordaos de los idus de marzo! ¿No fue por hacer justicia por lo que corrió sangre del gran Julio? ¿Qué miserable tocó su cuerpo y lo hirió que al obrar así no estuviera haciendo justicia? ¡Qué! ¿Habrá alguno de nosotros, los que inmolamos el hombre más grande todo el universo porque amparó bandidos, que baje ahora sus dedos con bajo soborno y venda la elevada mansión de nuestros amplios honores por la vil basura que así puede obtenerse? ¡Antes que semejante romano, preferiría ser un perro y ladrar a la Luna! (Notas del traductor.)

38 John Felton (1595-1628) fue un militar inglés. En 1627 solicitó el mando de una compañía, que el duque de Buckingham le negó, así como toda oportunidad de ascenso. Estando el duque en Portsmouth reuniendo un ejército contra Francia, Felton pidió una entrevista con él, y aprovechando la ocasión lo asesinó. Este crimen rodeó a su autor de una aureola mítica de vengador del pueblo, harto de los abusos del corrompido favorito. Felton fue ejecutado el 28 de noviembre de aquel año. (Nota del traductor.)

39 El habla de Billy Marks responde a las características del inglés cockney, propio de los suburbios londinenses, que Wallace conocía tan bien. Lamentablemente muchas de estas características son intraducibles. (Nota del traductor.)

40 La palabra Billy es una de las formas familiares de William. (Nota del traductor.)

41 Se refiere en realidad al centro, no al oeste. El West End (Extremo Oeste) es el nombre tradicional de la parte más aristocrática de Londres, situada en la actualidad en el centro. Su origen se remonta a la época de Carlos I, monarca que prohibió edificar dentro del perímetro de tres millas alrededor del palacio de Westminster, hecho que impulsó a la alta sociedad a edificar sus mansiones y palacios al extremo occidental de la ciudad. En el extremo oriental (East End) fueron centrándose las actividades comerciales. (Nota del traductor.)

42 El olor a almendras amargas es característico del ácido prúsico. (Nota del traductor.)

43 El ácido prúsico (CHN), también denominado ácido cianhídrico y nitrilo fórmico, es un líquido altamente volátil, de reducida densidad (0,70). Sus vapores, de tensión elevada, pueden obtenerse descomponiendo una sal cianurada con ácido sulfúrico.

Este es el procedimiento utilizado en algunos Estados de Norteamérica para la ejecución de la pena de muerte (en las cámaras de gas). El ácido es de este modo absorbido por vía respiratoria, difundiéndose por todo el organismo. Forma un compuesto con el hierro presente en el fermento respiratorio de Warburg o citocromoxidasa, factor imprescindible para la respiración, el cual, aun permaneciendo capaz de captar el oxígeno, ya no lo es de cederlo al citocromo reducido. Por tanto, el nuevo oxígeno ya no es aprovechado, quedando bloqueada la respiración celular. Una pequeña cantidad de este ácido basta para producir la muerte. Fue también utilizado como medio de ejecución masiva en campos de exterminio nazis. (Nota del traductor.)

44 Big Ben es el nombre popular del reloj del Parlamento británico. Se llama Big (grande) a causa de sus enormes dimensiones, y Ben en honor de Benjamin Hall, constructor de su gigantesca campana. El reloj está en la Torre de San Esteban (de 97 metros de altura). Posee cuatro cuadrantes. (Nota del traductor.)

45 Oficial de la Corona que, asistido de un jurado, investiga los casos de muerte repentina. En caso de homicidio, entabla proceso judicial contra el presunto culpable; si se trata de suicidio, efectúa las investigaciones pertinentes. En Inglaterra hay tres clases: los de condado, los de municipio y los independientes o privilegiados. Los de condado eran elegidos antes de 1888 por los freeholders (propietarios de alodios, o sea, heredades libres de carga señorial), mas a partir de dicha fecha eran nombrados por el concejo del condado; los de municipio eran elegidos por los concejos municipales; los independientes eran nombrados por el monarca, y tenían jurisdicción especial. Los coroners tienen facultades para multar a los jurados y testigos que los desobedezcan. Tienen también el título de coroners los jueces del Tribunal Supremo. (Nota del traductor.)

46 Poco después de publicarse este libro, se procesó en el Brasil a un individuo por haber perpetrado un asesinato electrocutando a su víctima por teléfono. Había cometido el crimen un año antes. (Nota del traductor.)